Un placer insoportable

TANIA SÁNCHEZ



Un placer insoportable

Tania Sánchez

Copyright © 2023 Tania Sánchez.
Todos los derechos reservados.

La agonía física, biológica, natural de un cuerpo por hambre, sed o frío dura poco, muy poco. Pero la agonía del alma insatisfecha dura toda la vida.

Federico Gracía Lorca

Puedes engañar a muchos poco tiempo,
Puedes engañar a pocos mucho tiempo,
Pero no puedes engañar a todos todo el tiempo.

Un Bello Ragazzo

—No voy a poder hacerlo Laura… — se sujetaba la cabeza entre las manos — ¡No iré y ya está!... — levantó la mirada para mirar fijamente a su amiga sentada frente a ella — me puedo inventar cualquier excusa…

—Jimena… — Laura extendió las manos por encima de la mesa y sujetó las de su amiga entre las suyas — es la boda de tu hermano, no tienes escapatoria… tienes que ir.

—Mi hermano Cristóbal se casa con su novia de toda la vida… y Gonzalo, seguro que va con alguna novia de esas que él se liga, que son despampanantes, pero muy gilipollas… siempre se las ha dado de ligón… — decía Jimena mientras hacía pucheros infantiles al referirse a su hermano menor — no voy a poder soportar todos los comentarios sobre mi soltería… ¿Y qué hago cuando mi padre me mire con los ojos llenos de decepción?

—No creo que eso vaya a suceder… — esas palabras eran un intento casi desesperado por consolar a su amiga.

—¿No? — Jimena la miró y ladeó la cabeza — me fui para trabajar en lo que quería… y no he destacado en nada… y mi vida personal es un desastre… todos esperan que a estas alturas esté comprometida con alguien que valga la pena… — suspiró deshinchando por completo sus pulmones.

—No seas exagerada… — Laura sonreía al ver la desesperación injustificada de su amiga — el estudio funciona muy bien y sobre tu vida… creo que tengo la solución… — Laura comenzó a sonreír de forma casi maliciosa — deberías presentarte con un buenorro colgado del brazo, pero debe ser un auténtico perdonavidas… — Jimena intentaba gestionar la gran idea de su amiga — para que se jodan todos los que hablan sobre tu vida, que se mueran de envidia… y la gran boda de tu hermano, es el escenario perfecto para silenciar todos esos rumores.

—¿Y dónde encuentro un tío despampanante en menos de un mes?... y que, además, esté dispuesto a venir a la boda de mi hermano… — Jimena sonaba desesperada — como si fuese tan fácil encontrar a alguien así de rápido…

—Jimena, con todos los tíos con los que te codeas… alguno debes de conocer que esté a la altura.

—¿Para pasearme colgada de su brazo delante de toda mi familia?... ninguno… — Jimena se dejó caer sobre la mesa de forma dramática.

—Se nos tiene que ocurrir algo…

—¡Ven tú conmigo! — Jimena se levantó de golpe de la mesa y sonrió como si hubiese dado con la solución perfecta.

—Jimena, sé razonable, sería todavía peor que aparecieses con una mujer del brazo… te recuerdo que todo empezó así… además, yo también estoy invitada, que nos conocemos desde el colegio… tu familia jamás aceptará una relación fuera de… — Laura hizo un gesto de comillas con las manos — lo normal. Son demasiado tradicionales… si supiesen el estilo de vida que tienes aquí…

—No quiero ni pensarlo… — Jimena se sujetó la cabeza entre sus manos — Laura, ¿dónde encuentro un chico que quiera acompañarme a la boda de mi hermano? Es una locura.

—No hace falta que haya intenciones románticas, con que finja ser tu novio será suficiente… — Laura ladeó su cabeza y tamborileó en la mesa con sus dedos — ¿conocemos a alguien que se preste a ser tu acompañante a la boda del año?

—No seas exagerada, tampoco es una boda real… — Jimena bebió de su copa, acabándose de un solo trago el vino que le quedaba.

—¡Ay! Amiga… dos de las familias más pudientes de Sevilla, se unen en santo sacramento, ¡es todo un acontecimiento! — Laura narraba el evento con tono divertido, la repercusión de esta boda iba a ser más que comentada durante una larga temporada por toda la ciudad.

—¡*Ciao bellissimas*! — Massimo, el guapo novio italiano de Laura, se sentó en la mesa junto a ellas.

—Hola, Massimo — Jimena saludó con una desgana visible.

—Hola cariño — a diferencia de Laura, que le saludó con un efusivo beso y que Massimo supo corresponder con la misma intensidad.

—Es de mala educación, comer delante del hambriento — musitó Jimena muy molesta por la actitud de sus amigos.

—Jimenita, si tienes hambre, acabo de hacer una *crostata* riquísima, un postre típico italiano… —Massimo gesticulaba con las manos describiendo el postre como si lo tuviese frente a él — es una tarta hecha de *frolla* y rellena de mermelada casera de *ciliegia*… cereza, con trozos y todo… es *deliziosa* — la emoción que sentía por la cocina, se podía distinguir en el brillo de sus ojos.

A pesar del tiempo que Massimo llevaba en España, no podía evitar pensar en italiano, aunque hablase en español, consiguiendo una mezcla divertida de ambos idiomas.

—Laura, ¿no podías buscarte un novio que fuese zapatero? Tenía que ser cocinero y dueño del mejor restaurante italiano de todo Málaga… estoy engordando por su culpa.

—¿*Perché estai de mal humore*? — preguntó Massimo al descubrir una mirada triste en Jimena.

—Jimena necesita un novio para la boda de su hermano, todos van a ir con pareja… — Laura gesticulaba de forma exagerada y divertida — y ella no puede ser la solterona de Sevilla.

—*Ho capito*… — respondió Massimo con los ojos entrecerrando, escuchando atentamente a las dos amigas.

—Además, debería ser un hombre elegante, que sepa comportarse educadamente y que sepa estar a la altura de la situación… porque asistirá gente de alta alcurnia — Jimena espetaba con resignación cada palabra.

—¿Alcurnia? — preguntó Massimo.

—Clase alta, gente rica y bien posicionada — aclaró Laura cuando vio a su novio algo confundido.

—Aaahhh, ya… un *ragazzo scorta*, ¡esa es la *soluzione*! — exclamó Massimo luciendo una sonrisa enorme.

—¡¡Massimo!! ¡¿cómo voy a llevar a un chulo a la boda de mi hermano?! — Jimena respondió casi espantada por la proposición tan atrevida de Massimo.

—¡¡No!! No chulo, *ragazzo scorta*, no hay sexo — aclaró rápidamente el italiano.

—Massimo, cariño, explícate — sugirió Laura ante la confusión que presentaban ambas mujeres.

—Conozco a un *ragazzo bello*, que *acompagnia* a elegantes mujeres a fiestas y reuniones sociales, no hay sexo… es solo apariencia… es atractivo, *é molto educato*, culto…

—¿Y tú por qué conoces a chicos así? — Laura no disimulaba su sorpresa al descubrir que su

novio se codeaba con un mundo tan ambiguo.

—Viene *molto* al *mio ristorante*… invita a sus clientas a cenar… ¡Es italiano! — exclamó enarbolando una enorme sonrisa.

—Jimena, eso podría funcionar — Laura pensó rápido en los pros y contra de contratar a un hombre así y llegó a la conclusión de que no sería tan mala idea.

Ese chico podría ser la solución que buscaban.

—No sé, Laura… — a Jimena no le convencía nada la idea de llevar a un chico así frente a toda su familia.

—*Io* podría *parlare*… tener una cita, y así, lo conoces… — Massimo miró primero a Laura y luego dirigió su atención hacia Jimena.

—No pierdes nada — Laura intentaba animar a su amiga, ella sí que creía que, la propuesta de Massimo, podría dar resultado.

Jimena miró a Laura y luego a Massimo, alternando su atención a cada uno de ellos, dejándose vencer por su entusiasmo, si su mejor amiga y su novio, consideraban que era la mejor solución, ¿qué podía salir mal? Así que, le daría una oportunidad.

—De acuerdo, Massimo, habla con él… quedaremos aquí, luego de verlo y hablar con él, tomaré una decisión.

Jimena golpeaba con el boli sobre la mesa de manera repetitiva, mientras fijaba su mirada en la nada. Esa misma noche, Massimo había concertado una cita en su restaurante con el chico italiano, después de cenar con él, decidiría qué hacer. Sus dudas continuaban bombardeando su mente, ¿sería el chico adecuado para acompañarla a la boda de su hermano? Además de tener que buscar una solución a su soltería, estaba la guerra personal que tenía su hermano Gonzalo contra ella, debía atar bien los cabos para no darle ni un motivo a su hermano para que pudiese continuar con su campaña de desprestigiarla frente a su familia y, sobre todo, frente a su padre.

Gonzalo, su hermano pequeño, también había estudiado arquitectura, al igual que Jimena, los celos por ser mejor que ella, le habían cegado durante toda su vida. Jimena era una mujer inteligente y obstinada, peleaba por sus objetivos y, desde que era una niña, se había ganado la confianza de su padre, convirtiéndose, así, en su ojito derecho. Gonzalo siempre había tenido el complejo de inferioridad al estar siempre a la sombra de los méritos de Jimena, pero todo cambió el día que Gonzalo descubrió a Jimena besando a una compañera de universidad. Después de una rivalidad sin fundamento entre ellos, con aquel descubrimiento, Gonzalo se sintió con el poder suficiente para someter a su hermana. Así que hizo todo lo posible para alejarla de su casa y poder tener el camino libre para ocupar el puesto junto a su padre, ya que esa fue siempre su mayor ambición. Tenían caracteres muy opuestos, y aunque Jimena siempre evitaba los enfrentamientos, Gonzalo los provocaba casi a diario, después de una encarnecida discusión, Gonzalo obligó a Jimena a tomar la decisión de marcharse de Sevilla o se lo contaría a sus padres. Jimena, por miedo a ser repudiada por su propia familia y su pensamiento tradicional, accedió al chantaje de su hermano, debería rechazar ser la mano derecha de su padre una vez terminase la carrera, dejando así, vía libre para que Gonzalo se convirtiese en el subdirector de la empresa familiar. Cediendo así, de fácil, un futuro prometedor para su hermano Gonzalo, que se quedó en Sevilla a las órdenes de su padre, consiguiendo así, convertirse en su ojito derecho y desbancar a Jimena por irse a Málaga.

Al poco tiempo de vivir en Málaga, Jimena se dio cuenta de que alejarse de su familia, no fue tan mala decisión, los kilómetros que existían entre ellos, le daba la oportunidad de disfrutar de una vida llena de libertad. Sevilla nunca iba a poder ofrecerle esa oportunidad para descubrir quién era y vivir con total libertad de su sexualidad. Además de todo eso, descubrió que era capaz de prosperar en su trabajo, sin la protección de su apellido. Jimena siempre fue inteligente, educada, culta y muy sofisticada, y además de todas esas cualidades, era bellísima. No solo estaba logrando que el estudio de arquitectura, que había creado junto a su mejor amiga Laura, tuviese un recorrido envidiable y se estaba colocando entre los mejores de la zona, sino que también fue capaz de lograrlo sin ningún tipo de queja, tanto en el ámbito profesional como en el ámbito personal. Las calles de Málaga eran testigo de la libertad de la que Jimena gozaba, para disfrutar de su buen gusto por las mujeres. Así que la ausencia de remordimiento por alejarse de su familia, le concedía viajar ligera de equipaje. Volver a Sevilla, significaba moverse bajo el escrutinio de su familia, ser juzgada por el simple hecho de seguir soltera y, además, lidiar con la decepción de su padre por negarse a ocupar el puesto de vicepresidenta en la empresa familiar. Desde que Gonzalo se sentó en el gran sillón de piel a la derecha de su padre, la relación de Jimena con su hermano pequeño, prácticamente desapareció.

—Jimena, céntrate, estás ausente… — Laura llamó la atención de su amiga chasqueando los dedos frente a su cara — tenemos que entregar este proyecto antes del viernes o perderemos al cliente.

—Lo siento, estoy algo… — Jimena resoplaba algo decaída — distraída.

—¿Dónde tienes la cabeza?

—Esta noche voy al restaurante de Massimo, me ha citado con el chico de compañía — musitó Jimena casi en un susurro.

—¿Y estás nerviosa por cenar con un hombre? — Laura sonrió al ver el nerviosismo infantil en su amiga.

—No, no es eso… — Jimena se inclinó sobre la mesa y se apoyó con los dos brazos sobre el frío cristal — ¿y si no es el chico adecuado para llevar de acompañante a la boda?

—Pues buscaremos un plan b — Laura se encogió de hombros sin darle importancia a la preocupación de su amiga.

—Además… si a Gonzalo se le ocurre…

—Jimena, no puedes seguir así, han pasado seis años… — la interrumpió Laura sin dejar que Jimena terminase.

—Le tengo terror… — soltó de sopetón interrumpiendo a Laura — me da miedo pensar que sea capaz de abrir la boca y contarlo todo… destrozaría a mi familia… estoy segura de que volverá a chantajearme… — susurró más para ella misma que para Laura.

—Yo creo que tampoco es para tanto… — Laura miraba a su amiga mientras negaba levemente con la cabeza — tienes tu propia vida y eres una mujer adulta.

—Solo pensar en él y en lo que es capaz por su propio ego… — Jimena sonaba agobiada — se me acelera el corazón.

—Sí, a mí también, pero es por ganas de matarlo.

—Laura…

—¡¿Qué?! Estoy en todo mi derecho — Laura levantó los brazos — aún recuerdo en qué condiciones viniste a mi casa la noche que decidiste irte a Málaga después de su chantaje…

—Nunca te cayó bien, ¿verdad? — Jimena sonreía, a pesar de todo, le encantaba descubrir, cada vez que tenía ocasión, que Laura era su más fiel amiga.

—Siempre he pensado que se obsesionó con ocupar el sitio que te prometió tu padre y que te

corresponde por tu propio esfuerzo — Laura usó su tono más certero para revelar su verdad.

—Yo creo que vio la oportunidad y se aprovechó…

—Eso no lo exime de ser un depredador… además luego estuvo saliendo con la misma chica con la que te pillo besándote… — Laura miró fijamente a Jimena — eso se llama obsesión.

—Era una chica con algunas dudas… quizá salió con él para comparar y aclararse… — Jimena sonrió por primera vez desde esa mañana.

—¡Esa chica no tenía dudas! Fingió cada beso, cada caricia… — dijo Laura con el rostro muy serio, pero con un tono cómico.

—¡Oye! ¿No crees que alguien pueda enamorarse de mí? — Jimena fingía estar ofendida a pesar de su divertida sonrisa.

—Creo que cualquiera podría enamorarse de ti…. ¡Hasta yo podría enamorarme de ti! Pero lo nuestro no funcionaría, ya sabes… — Laura seguía riéndose con un tono cómico.

—¿Así que ahora tampoco soy capaz de hacer que una mujer tenga orgasmos?

—¡Oh querida! Estoy segura de que eres capaz de hacer llegar a cualquier mujer al clímax con tan solo mirarla… — Laura apoyó la espalda sobre el respaldo de la silla — es por Gonzalo, que tiene pinta de ser un inepto con las mujeres y no es capaz de encontrar el punto g… estoy segura.

—Eres una bruta — musitó Jimena entre risas por el comentario de su amiga.

—¿Podemos acabar con el proyecto ya? — Laura señaló los documentos esparcidos sobre la mesa del escritorio de Jimena — así luego te puedes ir a casa y relajarte un poco, debes llegar a tu cita con la mente despejada.

—¿Crees que será el hombre adecuado para acompañarme a la boda?

—Confío en el criterio de Massimo — Laura se señaló recorriendo cada curva de su cuerpo con su dedo índice — me eligió a mí.

—Creída… — Jimena comenzó a reír a carcajadas — pero no le resto mérito al chico… — Jimena hizo un gesto en el aire señalando a Laura de pies a cabeza — se llevó lo que me confundió durante toda la universidad… me volvías loca — Jimena rompió a carcajadas.

—Vas a hacer que me sonroje… — Laura negaba con la cabeza y volvía su atención a los documentos sobre la mesa — ¡Va! Acabemos esto y nos vamos a tomar esa cerveza juntas antes de tu cita.

Cada una abrió su carpeta dispuesta a completar el proyecto que debían entregar en dos días y el silencio reinó en el despacho de Jimena. De pronto, volvieron a sonar los golpecitos con el boli sobre la mesa, gesto que desesperaba a Laura, pero que reconocía a la perfección.

—Laura… ¿Te puedo pedir un favor? — musitó Jimena sin levantar la vista de los documentos que tenía entre sus manos.

—Iré al restaurante esta noche, estaré allí y cuando acabe tu cita con el chico italiano, te daré mi opinión, mi apoyo y hasta la mitad de mi postre.

Jimena levantó la mirada y mirando fijamente a Laura, esbozó una sonrisa sincera, aunque su amiga no levantó, ni lo más mínimo, la mirada de aquellos papeles mientras ella hablaba.

—Eres la mejor.

—Lo sé.

Un negocio más

Jimena se encontraba frente al espejo echando un último vistazo, había elegido un vestido negro de tirante ancho, con escote controlado, pero muy revelador. Quería comprobar que su elección había sido la adecuada para la una ocasión tan especial, o diferente. Plantarse delante del espejo durante unos minutos, era un gesto que se había convertido casi en un ritual antes de salir cada vez que tenía una cita, y podía presumir que, durante los últimos meses, había salido, prácticamente, cada fin de semana. Jimena recuperó, poco a poco, la libertad de vivir su vida, sintiendo cada vez una especie de euforia debido a la presión social a la que Gonzalo la tuvo sometida mientras vivió en Sevilla, por fin pudo disfrutar de su juventud. Jimena enseguida se acostumbró a divertirse con diferentes chicas cada sábado, descubrió que podía hacer lo que le apetecía lejos del escrutinio familiar, así que, buscó la forma de satisfacer sus instintos más primitivos. Pero esta vez era una cita diferente, Jimena se sentía inquieta, nerviosa, incluso algo preocupada y no era por cenar con un hombre, sino por cenar con una persona que se dedicaba a ser hombre de compañía y era algo que ella había entendido toda su vida como un prostituto de lujo.

—Vamos Jimena, eres una mujer adulta, no es más que es un hombre… — se repetía en voz alta frente al espejo — trata esta cena como una cena de negocios… — dio media vuelta para comprobar que el vestido encajaba a la perfección con cada una de sus curvas — no es más que un hombre cualquiera… esto es un negocio… nada más — intentó repetir varias veces para calmar sus nervios y evitar que le jugasen una mala pasada.

Un negocio más, eso era lo que realmente pretendía ser esa cena. Una simple transacción donde se ofrece un dinero a cambio de unos servicios, pero aun cuando ese negocio parecía ser tan simple, tenía más connotaciones de las que ella era consciente en ese momento.

—Bienvenida al Bella Italia. Buenas noches — el maître saludó a Jimena mientras le abría la puerta cortésmente.

—Gracias, buenas noches — Jimena sonrió amablemente ante la gentileza del chico — tengo una reserva a nombre de Jimena Martín-Doménech.

—Sí, claro, la amiga de Massimo, acompáñeme por favor, tiene una mesa exclusiva por órdenes del jefe.

—Muchas gracias, muy amable.

Jimena acompañó al maître en completo silencio hasta llegar a su mesa, su mente, en modo automático, la obligó a hacer un recorrido visual por todo el establecimiento para comprobar que no había nadie conocido y que la pudiese comprometer ante una cena de esas características. Se

sentó en la silla que estaba situada de frente a la puerta, su intención era poder ver quién entraba y, así, tener una primera impresión del chico italiano nada más cruzase por la puerta. Ojeaba la carta de vinos con curiosidad, viniendo de una familia con viñedos y bodega propia, era inevitable terminar siendo una gran amante del vino. Sabía que el restaurante de Massimo cuidaba hasta el último mínimo detalle, así que la carta de vinos estaba a la misma altura, tenía una elección de vinos que no podía decepcionar a nadie. Levantó la vista de la carta de vinos durante un segundo y se fijó en el chico moreno que acababa de cruzar la puerta, era un chico joven y muy atractivo. Sus ojos hicieron un recorrido rápido por toda su anatomía, descubriendo una musculatura perfecta. Simulando un auténtico cuerpo esculpido en mármol. El chico vestía con una camisa celeste abrochada solo hasta el penúltimo botón, dejando entrever una piel cuidadosamente bronceada, unos pantalones vaqueros ajustados hasta los tobillos, a pesar de la rigurosa tela, se distinguían a la perfección unas piernas musculadas y unas zapatillas blancas sin ningún detalle llamativo, muy sencillas. Era un auténtico dios. El chico se detuvo frente al maître, hablaron durante unos segundos y acto seguido, el chico giró la cabeza hacia donde se encontraba Jimena sentada y caminó sonriente con un paso firme y seguro hacia su mesa. Jimena se quedó inmóvil en su silla, pasmada mientras era testigo de la sensualidad que desprendía en cada paso, Massimo no había errado con la descripción del chico italiano. Su presencia imponía. Conforme sus pasos lo acercaban cada vez más a la mesa, la sonrisa que lucía el chico, se ensanchaba. Una sonrisa que resultaba encantadora. Sus miradas se cruzaron cuando tan solo faltaba poco más de un metro para llegar hasta la mesa y a Jimena le temblaron las rodillas mientras se ponía de pie para recibirlo educadamente. Sacudió la mano disimuladamente contra su vestido, en un intento desesperado para calmar sus miedos, luego la extendió acompañándola de una sonrisa igualmente encantadora.

—Buenas noches, usted debe ser la señorita Martín — el chico lucía una sonrisa tan seductora que no dejaba indiferente a nadie.

—Martín-Doménech — respondió Jimena ladeando la cabeza levemente.

—¿Disculpe? — el rostro del chico reflejaba confusión.

—Es Martín-Doménech — Jimena enarboló una enorme sonrisa — es un apellido compuesto, pero prefiero Jimena, a solas.

Los dos seguían manteniendo una batalla de sonrisas, se miraban fijamente y ninguno era capaz de apartar la mirada del otro.

—Lucca, encantado — el chico italiano respondió al saludo con la misma educación e imitando el gesto de Jimena.

Ambos tomaron asiento y sonrieron complacidos, la primera impresión que obtuvieron uno del otro, no fue nada decepcionante. Las miradas que se profesaban, ocupaban el silencio que les rodeaba de una forma seductora. Estaba claro que se estaban retando con la mirada, era un buen momento para medir sus fuerzas y designar al líder del negocio que se traían entre manos. Jimena iba a pronunciar sus primeras palabras, cuando el camarero la interrumpió y no tuvo más remedio que contener la intención en su garganta.

—¿Desearán algo de beber antes de tomarles nota?

—¿Vino? — sugirió Lucca y Jimena respondió asintiendo sin perder la sonrisa — ¿tinto?

—Bien — Jimena vio una oportunidad para ver cómo se desenvolvía Lucca.

—Por favor, una botella de Rivera del Duero — Lucca cerró la carta de vinos sin mirarla a penas y se la devolvió al camarero.

—Le parece bien un Vega de Cubillas del 17 — recomendó el camarero recogiendo la carta.

Lucca miró a Jimena a la espera de su aprobación ante la sugerencia del camarero. Jimena

sonrió y asintió dando por aceptable el vino.

—Perfecto, será un Vega de Cubillas entonces — Lucca se acomodó la servilleta sobre su regazo y apoyó los codos sobre la mesa — gracias.

El camarero se retiró dejándolos otra vez en un rotundo silencio, como Jimena no se decidía a volver al intento de hablar para romper el silencio, esta vez fue Lucca quien tomó la iniciativa.

—Ibas a decir algo antes de que el camarero nos interrumpiese, ¿no?

Jimena seguía con sus ojos firmes en los del chico italiano, se perdía en la profundidad de su expresión, su mirada se desvió hacia sus carnosos labios durante unos segundos, descubriendo lo seductores que resultaban. Estaba hipnotizada con la sensualidad que desprendían en sus movimientos al pronunciar cada palabra.

—Eres italiano, ¿verdad? — Lucca asintió con una sonrisa — hablas muy bien español — Jimena se aventuró a navegar por una conversación trivial.

—Gracias, es porque estudié en España.

—¿El qué? — Jimena preguntó inocentemente, mientras que el sumiller se acercaba con la botella de vino entre sus manos.

Lucca mostró una sonrisa más amplia ante la curiosidad de Jimena, era el momento en que debía marcar las reglas o no iba a resultar bien su encuentro. Y después de comprobar la belleza de Jimena más de cerca, le apetecía este trabajo por puro placer, no solo por el dinero. Con una mujer como Jimena, no le importaba disfrutar de su compañía y tener la posibilidad de tener a una mujer así entre sus brazos.

—Primera regla — Lucca se inclinó levemente hacia ella y bajó su voz dos tonos — nada sobre la vida personal, solo me limito a saber y a dar la información justa y necesaria para nuestro acuerdo.

Jimena se removió en su silla, su sonrisa desapareció, borrando el de golpe el ambiente cortés que se había generado, se sentía incómoda por la aclaración de Lucca. En ese preciso momento, fue consciente de que su cita solo era un negocio, no una cita de placer. El atractivo chico que tenía frente a ella, solo estaba interesado en el dinero a cambio de ser su acompañante y aparentar ser su pareja.

—Sí, perdón, no quería... — Jimena bajó la mirada.

—Tranquila, iremos paso a paso, hagamos esto sencillo… — el joven chico italiano, se desenvolvía con soltura, se le notaba la experiencia — me dijo Massimo que necesitas acompañante para una boda.

—No, bueno sí… — Jimena sonreía tímida — disculpa… mi cabeza va más deprisa que mi boca…

—Bien, no te preocupes, es fácil, sería un día aparentando… — Jimena lo interrumpió y Lucca la observó expectante.

—Realmente no, te explico… — Jimena se inclinó sobre la mesa, apoyando los codos — mi familia es algo… especial — gesticuló con las manos para acompañar su explicación — entre cena de compromiso, despedida, comida familiar, cena de solteros, boda civil y boda religiosa… será una semana aparentando ser pareja.

—Wwooww eso no me lo esperaba — Lucca sonrió y se apoyó sobre el respaldo de su silla.

Lucca abrió los ojos como platos, aunque le encantaba la idea de acompañar a una mujer como Jimena durante una boda, no esperaba pasar tanto tiempo fingiendo el papel de novio.

—Si crees que no es posible, lo entiendo… — Jimena continuaba gesticulando con las manos.

—No, no, no he dicho eso — levantó las manos y negó con la cabeza — solo digo que tendremos que hablar de las condiciones y los detalles… — Lucca se pasó los dedos por el pelo,

gesto que no pasó desapercibido para Jimena — pero… primero hablemos de fecha y lugar.

—Dentro de tres semanas, en una finca a unos cuantos kilómetros de Sevilla.

—De acuerdo… — Lucca asintió y respiró fuerte — el desplazamiento correrá por tu cuenta.

—Por supuesto — Jimena escuchaba atenta, sentía curiosidad por los detalles.

La batalla de miradas volvía a ser intensa entre ellos, era el momento de la auténtica negociación.

—¿Qué es lo que necesitas exactamente? — Lucca volvió a bajar varios tonos su voz — por qué Massimo me habló de una situación familiar peculiar…

—Sí, es por Gonzalo, su único propósito es ponerme a la familia en contra… — Jimena comenzó a jugar con la tela de su servilleta entre los dedos — solo quiere tenerme lejos… hace un tiempo me chantajeó… me descubrió en una situación… — sus mejillas se sonrojaron levemente — digamos… que era una situación comprometida…

—¿Gonzalo también está invitado a la boda? — preguntó sorprendido Lucca.

—Sí, Gonzalo es mi hermano pequeño… — Jimena bebió un sorbo de vino de su copa — y seguro que aparece con una mujer despampanante, que lucirá con orgullo e intentará marcar las distancias entre mi familia y yo.

—Vaya… con la inocencia del hermano menor… — dijo Lucca con una sonrisa de medio lado.

—Te aseguro que Gonzalo es muchas cosas, menos inocente — Jimena volvió a beber de su copa.

—Entonces, ¿es una cuestión de venganza? — preguntó Lucca algo confuso.

—No, no quiero venganza — Jimena dejó la copa sobre la mesa y miró a Lucca fijamente — quiero demostrarles a todos que soy feliz con mi vida… sobre todo, quiero que dejen de hablar de mí y de decirme cómo manejar mi vida.

—¿Y eres feliz con tu vida? — preguntó Lucca mientras le servía más vino a Jimena.

—Sí, lo soy — Jimena hablaba segura de sus palabras — simplemente no aceptan mi manera de vivir… mi familia es… — negó levemente con la cabeza — ellos son más tradicionales, les gustaría qué a mi edad, ya estuviese casada y con hijos.

—Entiendo — Lucca se recostó sobre el respaldo de su silla — entonces debo ser el novio perfecto y amoroso para que te vean bien y te dejen en paz.

—Correcto — Jimena movió su copa en el aire dando la confirmación a su deducción — y, además, está el tema de los invitados…

—No te preocupes por eso, soy un profesional y muy discreto — Lucca bebió el último sorbo de vino que quedaba en su copa — ¿cómo debo comportarme?

—¿Perdona? — la pregunta descolocó a Jimena.

—¿Qué clase de novio quieres que sea? — musitó Lucca mientras volvía a rellenar su copa.

—Pues debes ser un hombre que demuestre que me quiere, ser inteligente, seguro de sí mismo, sin caer en lo petulante, amable, humilde y un hombre que tiene muy claro lo que quiere… además de… — Jimena hizo un recorrido visual nada disimulado a su cuerpo, provocando en Lucca una sonrisa pícara — obviamente del físico… en pocas palabras, un hombre a la altura de las circunstancias.

—Muy bien, puedo cumplir con todas esas expectativas — Lucca volvió a beber de su copa después de volver a rellenarla.

Aunque su tono sonaba engreído, Jimena pensó realmente que sería capaz de cumplir con cada una de sus exigencias.

—¿Y me dirás cuánto son tus honorarios? — Jimena entrecerró los ojos.

—Mañana… — Lucca usó un tono de voz conciliador y eso tranquilizó a Jimena — tengo que pensarlo, normalmente mis servicios no duran más de cinco o seis horas, nunca una semana entera.

—Entonces, ¿aceptas venir conmigo a la boda? — Jimena sujetó su copa entre sus dedos y miró fijamente a Lucca.

—Sí, claro — Lucca sonrió y su mirada brillaba de deseo — será divertido.

—¿Divertido? — Jimena preguntó suspicaz ante las palabras de Lucca.

La mirada del chico italiano ardía descaradamente en picardía, ante la posibilidad de recorrer su cuerpo y hacerla vibrar de placer y eso lo haría gratis. Se daría el gusto de acostarse con la bella dama que tenía frente a él.

—Divertido, sí, pero no pecaminoso — Lucca usó un tono burlón, ante la mirada inquisidora de Jimena.

Si barajó, en algún momento, la posibilidad de intimar con Jimena, su actitud mató cualquier posibilidad por remota que fuese.

—Vaya… — musitó Jimena antes de volver a beber de su copa.

Lucca descubrió, sorprendido, un ápice de decepción en la mirada de Jimena.

—Imagino que Massimo te explicó que no tengo sexo con las clientas… — Lucca intentó desmontar la profunda mirada que Jimena le estaba regalando.

Lucca susurró las últimas palabras sin mucha credibilidad, ya que, en su mente, pensó en tener sexo con esta increíble mujer en cuanto la vio sonreír. Su belleza no pasó desapercibida para el italiano. Su mente le jugó la mala pasada de proyectar imágenes haciéndola suya en la misma mesa donde estaban cenando. Lucca se pasó la lengua por el labio inferior seductoramente, pese a su mirada fría y a su profesional distanciamiento sobre el tema de mantener sexo con clientas, pensó que con Jimena estaría encantado en hacer una excepción.

—Perfecto, tampoco estoy interesada… — Jimena desvió su mirada, no se sentía cómoda hablando sobre ese tema con un completo desconocido, por muy professional, que resultase ser Lucca.

—Muy bien… — Lucca sonreía complacido, pensando que había causado el efecto deseado en Jimena — confía en mí, obtendrás el resultado deseado.

—Perfecto.

—Un placer Jimena.

—Igualmente, Lucca.

Lucca se levantó alargando su mano para estrecharla con la de Jimena, dejó un suave beso en el dorso, consiguiendo que las mejillas de la dama se sonrojasen. Volvió así, a confirmar que estaba causando el efecto en Jimena que él pretendía. Se fue hacia la salida luciendo su mejor sonrisa, sabía que si jugaba bien sus cartas podría obtener mucho dinero de este negocio, además, Jimena era una mujer atractiva y muy sensual, nada tenía que ver con las mujeres ricas y aburridas que solían contratar sus servicios. Jimena sacó todo el aire que contuvo en sus pulmones en el momento de la despedida, los nervios por enfrentarse a su familia con un chico a quien pagaba por sus servicios, volvían a dominarla, pero había algo en su interior que le gritaba que era un plan perfecto.

—Bueno, ¿cómo ha ido? — preguntó de repente Laura, sacándola de su ensoñación.

Nada más vio salir a Lucca por la puerta, Laura se apresuró para ver a su amiga y comprobar como había ido la cita. Se sentó frente a ella, en el mismo sitio que había estado sentado Lucca durante la velada.

—Ha aceptado… pero hasta mañana no sabré lo que me va a costar… — Jimena sacudió

suavemente la tela del vestido que caía en su regazo, sentía como el calor se iba apoderando de ella — creo que es el chico perfecto para esto, ¿lo has visto?

—Querida… solo ver cómo era capaz de usar los cubiertos… me ha puesto a cien… — Laura fue acertada en sus palabras, provocando que rompiesen a reír a carcajadas.

Tienes razón

Jimena estaba absolutamente concentrada en los planos que había sobre su mesa, era un encargo que debía terminar ante de la hora de comer. Esa era su forma de gestionar la frustración, centraba todos sus pensamientos en algo que se le daba bien hacer, ya fuese unos planos, un diseño interior o incluso, en algunas ocasiones, cocinar. Había sido una mañana complicada para ella y Laura, un nuevo despacho de arquitectura les había robado un proyecto justo antes de la firma. La frustración no residía simplemente en la pérdida del proyecto, sino que, además, descubrieron que el estudio estaba dirigido desde la distancia por una multinacional inmobiliaria. Ellas conocían perfectamente las tretas que usaban ese tipo de empresa, dejando la profesionalidad de lado y simplemente centrándose en el beneficio. Ellas siempre habían sido competente y muy profesionales en cada uno de sus proyectos, su estudio de diseño estaba despegando gracias a una buena fama, ganada a base de esfuerzo y buenos resultados, pero no podían competir contra las grandes industrias. El pez grande se come al pez pequeño.

—¿Muerdes? — preguntó Laura abriendo lentamente la puerta mientras solo asomaba la cabeza por miedo a la reacción de su amiga.

Cuando Jimena perdía un proyecto de esa manera, se ponía tan irascible que ni ella misma se soportaba, era mejor darle tiempo y espacio para calmarse.

—Pasa — Jimena contestó sin levantar la vista de los planos que tenía frente a ella — pero no prometo nada — continuaba concentrada en su proyecto, era la única forma que conocía para gestionar su frustración, poco a poco, línea a línea, su rabia iba desapareciendo.

—Vamos, Jimena… — Laura se sentó sobre la mesa para poder hablar de frente con su amiga — por suerte el estudio nos va bien… — giró un plano que había sobre el escritorio y lo observó detenidamente — más que bien, diría yo.

—Sí, lo sé — Jimena levantó la vista de los planos y miró, al fin, a Laura — pero me da rabia que nos copien un proyecto y lo ofrezcan por debajo de su coste… — Jimena señaló a Laura con el lápiz que sostenía en su mano — tú y yo sabemos que esos números no salen…

—Bueno, ellos verán… — Laura se encogió de hombros — a ver si son capaces de sacar adelante ese proyecto con esas condiciones, nosotras somos concienzudas en nuestro trabajo y nunca hemos tenido queja alguna…

De pronto, el teléfono de Jimena sonó interrumpiendo la conversación, caminó despacio hasta su bolso, para ver quién era el responsable de dicha interrupción. Al coger el móvil entre sus manos, abrió el mensaje y se quedó boquiabierta, se apoyó sobre la mesa cuando sintió que sus piernas temblaron levemente.

—Jimena… ¿Qué sucede? — Laura se incorporó de la mesa mirándola con algo de preocupación bailando en sus ojos — ¿Quién es?

—Es un mensaje de Lucca — Jimena no apartaba los ojos de su teléfono — joder con la foto de su perfil… no es nada discreto el muchacho…

—¡¡A ver, quiero verla!! — Laura se apresuró a quitarle el móvil de las manos a Jimena — ¡¡joder!! Con el italiano.

—Recoge tu baba — Jimena empujó levemente a Laura — tú ya tienes un italiano para ti

solita — dijo de forma cómica y volviendo su mirada hacia el móvil…

—Te aseguro que debajo de la chaqueta de chef, no hay un cuerpo así… — Laura continuaba con el talante cómico — Massimo ni se acerca a esta escultura griega…

Ambas rompieron a reír a carcajadas, por fin Jimena se sintió más relajada, habían conseguido romper con la tensión acumulada causada por la pérdida del proyecto esa misma mañana.

—¡Ay amiga!… menudo cuerpo esculpido por los mismos dioses… — Laura le guiñó un ojo y comenzó a reírse cuando descubrió el sofoco en la cara de Jimena — vas a necesitar mucho autocontrol cuando estéis a solas en tu habitación…

—Laura, no digas tonterías… — Jimena intentó sonar formal, por lo menos todo lo formal que sus mejillas coloradas le permitían, tener un hombre así a tu disposición en la intimidad, sería difícil para cualquier persona — no discuto que está bueno, pero esto es solo un negocio para demostrarle a todo el mundo que mi vida es estable y conseguir que me dejen en paz, además, soy más de pechos y con menos barba… — las dos rieron ante los gestos de Jimena sobre unos pechos enormes.

—¿Cómo puedes estar tan impasible? Ante la idea de dormir con un tipo así… — Laura volvía a mirar fijamente la foto de Lucca de su perfil — yo con esta foto, casi me olvido de Massimo…

—Si causa ese efecto en ti… — Jimena sonreía satisfecha por acceder a la proposición de Massimo y llevar a un hombre como Lucca a la boda de su hermano — no quiero ni imaginarme el impacto que causará en los demás, cada vez me gusta más este plan.

Tres días más tarde, Lucca llamó por sorpresa a Jimena, a pesar del tema de conversación que mantenían, la disposición por parte de ambos a dejarse llevar por el deseo, era casi palpable. Acordaron concretar varias citas antes de viajar a Sevilla, así podrían romper el hielo y crear una confianza que diese la credibilidad que necesitaban para que su relación frente a los demás fuese creíble. Jimena se vio con la obligación de retrasar un día más su primera cita, se encontraba sumergida en medio de la presentación de un importante proyecto. Entre las incompatibilidades de sus agendas y la presentación de un proyecto importante, se quedaron sin días para planear bien una estrategia teatral para la boda. Solo tuvieron una cita dos días antes de la fecha señalada para viajar a Sevilla y quedarse en casa de los padres de Jimena. Esperaba que fuese tiempo suficiente para conocerse lo suficiente y no errar frente a toda su familia.

Esta vez, fue Lucca en llegar primero al restaurante. Jimena le propuso que se volviesen a ver en el restaurante de Massimo, ya que se sentía más cómoda en un lugar conocido. Lucca no debatió la propuesta y aceptó encantado. Habían reservado la misma mesa, la que se encontraba

al fondo del comedor, era un rincón muy acogedor y que, además, les permitía disfrutar de una intimidad perfecta para conocerse y elaborar un plan perfecto. A su llegada, Lucca observó, sin ningún pudor, cada paso que Jimena daba hacia su mesa. Saludó enarbolando una carismática sonrisa, Lucca se levantó, dio un paso hacía ella y, sin previo aviso, se acercó para dejarle un beso en su mejilla. Jimena se tensó, ese contacto previo, no se lo esperaba.

—Perdón si te he pillado por sorpresa… — Lucca se disculpó al ver la reacción de Jimena — creo que debemos superar la vergüenza…

—Entonces… ¿El beso no debería de haber sido en los labios? — preguntó Jimena con un grado notable de valentía.

Estaba dispuesta a poner toda la carne en el asador, desde la primera vez que vio a Lucca, sintió que era el mejor plan para acallar los rumores en su familia y, sobre todo, mantener alejado a Gonzalo. Si todos la veían con un hombre como Lucca, siempre podía excusarse en que lo que vio Gonzalo, solo fue una pillería de universidad. Lucca era su as bajo la manga para destruir la persuasión de su vil hermano.

—Tienes razón — sentenció Lucca.

Lucca, decidido al ver que Jimena le ofrecía vía libre para saciar su curiosidad llena de deseo por una mujer así, posó la mano en su cintura y se lanzó a unir sus labios. Comenzó siendo un beso casto, casi inocente, pero a medida que iban pasando los milisegundos, los matices de las intenciones ardientes que llevaba suscrita toda la acción, se fueron haciendo más presentes. El cuerpo de Jimena comenzó a desprender un calor inusual y la tendencia a dejarse llevar, provocaba más deseo sobre la piel de Lucca. Era una sensación de tormenta y fuego, disfrazada de calma y paciencia. Jimena reaccionó al ser consciente de a quién pertenecían esos labios y se separó del beso, los ojos de Lucca se clavaron en los suyos con una intensidad que era prácticamente palpable. Lucca tuvo que hacer un esfuerzo casi sobrehumano para no lanzarse a devorar esa boca una vez más y, así, demostrarle de su capacidad en el arte amatorio para hacerla vibrar con sus caricias. Jimena descifró sus intenciones en su mirada y dio, disimuladamente, un pequeño paso hacia atrás, le regaló una sonrisa cómplice y se sentó en su silla. Respiró y tosió para aclarar su mente, a fin de cuentas, no creía que hubiese nadie impasible ante un hombre con ese porte. Jimena sabía que no podría llegar a cruzar esa línea jamás, pero no podía negar que era agradable besarlo.

Una vez que el primer obstáculo había sido superado y abrieron la puerta a la complicidad, Jimena se centró en describir a su familia y a una parte de los invitados, durante la cena. Para ella era importante que Lucca se desenvolviese con naturalidad entre los invitados más importantes, eso eliminaría cualquier sospecha de quién era realmente el chico italiano. Describió detalladamente a cada miembro de su familia, Lucca se mostraba atento a la conversación y hacía las preguntas pertinentes para que no se le escapase ningún detalle. Resultó que los dos eran esclavos de la perfección. Jimena necesitaba que su plan no tuviese fisuras para que diese el resultado que esperaba y poder tranquilizar todas las desavenencias con su familia y permitiesen, de cierto modo, que tuviese la vida que ella quería tener en Málaga. Tenía una misión clara y su compañero de estrategia encajaba a la perfección en él. Jimena fue consciente, después de una larga conversación, de que Lucca era correcto en sus gestos, en sus modales y cuidadoso en sus palabras, alardeando así de una educación estricta.

Lucca, por otra parte, estaba cada vez más fascinado con Jimena, descubrió que era una mujer difícil de descifrar, era reservada y resultó ser un poco temperamental. Era una mujer de carácter fuerte, muy marcado, era orgullosa y obstinada, pero con la medida justa para ser una virtud y no un defecto. Sin embargo, a Jimena le gustaban las cosas sencillas, siempre buscaba la

simplicidad de todo, afirmando que ahí reinaba la magia de la vida, en lo más sencillo. Poco a poco, mientras continuaba transcurriendo la cena, Jimena se sentía cada vez cómoda, mostrando un lado de su carácter divertido, su lado más burlón. Era un humor negro que solo era aceptado por unos pocos. Demostró en varias ocasiones una notable agudeza en su ingenio y a Lucca le seducía descubrir lo rápida que era pensando y lo resolutiva que se mostraba sin aparentar una pizca de agobio. Durante la conversación desenfadada, Lucca descubrió que, a pesar de pertenecer a una familia muy bien posicionada, Jimena no le daba ninguna importancia ni al dinero, ni a la posición social, era una mujer modesta, humilde, hecha a sí misma y orgullosa de sus propios logros.

—Jimena, dime, ¿qué te preocupa? — musitó Lucca con una sonrisa que mezclaba el encanto y la tranquilidad.

—No sé cómo decirte esto sin ofender… — Jimena se recolocaba la servilleta sobre su regazo, visiblemente inquieta.

—Simplemente, dilo y ya está — Lucca apoyó los codos sobre la mesa y la miró fijamente.

—Mi familia es… — Jimena no sabía cómo hablar de ese tema sin sonar petulante — en la boda van a estar las familias más importantes de Sevilla, tú… yo…

—Confía en mí, nadie sabrá que eres mi cliente — Lucca puso su mano encima de la de Jimena para transmitirle confianza en sus palabras.

Aguantaron la mirada durante unos segundos y sin meditarlo, dibujaron una sonrisa sin dejar de mirarse. Lucca se descubrió reflejado en el brillo de su mirada, “¿qué demonios me pasa con esta mujer?”, pensó mientras continuaba cogido de su mano. Su piel era suave, tenía tacto cálido, dulce y agradable, solo el carraspeo del camarero, acabó con sus ensoñaciones y volvió a la realidad, dejó de acariciar la mano de Jimena y se removió sobre su silla. Lucca nunca imaginó tener tanta complicidad con una clienta y, mucho menos, tener una clienta como Jimena.

—Yo invito — dijo Lucca de pronto.

Fue rápido y cogió la cuenta de la cena sin darle oportunidad a Jimena para reaccionar.

—No, por favor, quedamos que yo corría con los gastos… — Jimena levantó la mano haciendo gestos para que le diese la cuenta de la cena.

—Los gastos de nuestro trato — interrumpió Lucca — esta cena… se está convirtiendo en placer — resolvió luciendo una sonrisa encantadora.

—Bien, pero no quiero que pienses que me estoy aprovechando.

La batalla de sonrisas que estaba librando entre ellos, llegaba a ser épica. La única diferencia que existía, eran las intenciones que escondían realmente cada uno detrás de su sonrisa.

—Jamás pensaría eso de una señorita como tú… — esa sonrisa llena de picardía que dominaba a la perfección Lucca, volvía hacer su aparición dejando totalmente confundida a Jimena.

—Pasado mañana nos iremos a Sevilla — pronunció Jimena tras aceptar que Lucca pagase la cuenta — creo que estamos preparados para no ser dos absolutos desconocidos — Jimena continuaba con la conversación mientras llegaban a la puerta del restaurante para despedirse.

—Solo nos queda una cosa por resolver… — Lucca dibujó, de nuevo, una sonrisa pícara en sus labios.

—¿El qué?... — Jimena fue interrumpida por el impacto de sus labios, fundiéndose en el beso provocador que le ofrecía Lucca.

—Nuestros besos deben ser convincentes… — Lucca hablaba mientras lucía una sonrisa seductora.

Se separó lentamente de los labios de Jimena sin dejar de sonreír, sus ojos se quedaron fijos en

el verde esmeralda que brillaba en los ojos de Jimena.

—Eeehh… claro, sí, tienes razón… — Jimena le devolvió la sonrisa, aunque la suya delataba confusión ante un huracán de sensaciones nuevas.

Hacía demasiado tiempo desde la última vez que Jimena besó a un hombre, pero descubrió que besar a un chico como Lucca, no le importaba ni lo más mínimo, así que, acto seguido, al atrevimiento de Lucca, fue ella quien se lanzó a devorar sus labios. Al separarse de nuevo de sus labios, Jimena se dio cuenta de que Lucca rodeaba con firmeza su cintura y una sensación de seguridad explotó en su interior. El beso había sido breve, pero cargado de una intensidad que le hacía temblar sutilmente, era indudable la tensión sexual que desprendía Lucca. Jimena bajó la cabeza durante un segundo, incapaz de seguir sosteniéndole la mirada al guapo italiano y sin saber cómo gestionar esos impulsos lascivos que despertaba en su interior. Se sentía cohibida ante tanta cantidad de feromonas. Un torpe adiós pronunciado con fuerza por parte de Jimena, puso fin a cualquier oportunidad que Lucca se había imaginado en su mente para cruzar la línea del deseo entre ellos. Esa era una línea peligrosa donde no existía marcha atrás. Jimena llevaba un tiempo sumergida en su trabajo, luchando para que su estudio estuviese entre los mejores y, sin darse cuenta, había dejado de lado su vida social durante las últimas semanas. Después de las atenciones de Lucca y esos besos cargados de un intenso deseo, su cuerpo era capaz de temblar ante una caricia llena de intenciones, aunque fuese por parte de un hombre. La necesidad de su cuerpo, no estaba haciendo distinción ante una necesidad tan apremiante, pero su convicción conseguía dominar a la fiera.

Sevilla

Dos días después, Jimena estaba preparada para volver a Sevilla y enfrentarse a su familia. Tras la intensa cena con Lucca donde hablaron de los más mínimos detalles para que el plan diese sus frutos, Jimena había tenido problemas para conciliar el sueño. Aquel beso cargado de deseo que compartió con Lucca, le removió algo en su interior, no sabía descifrar de que se trataba, pero reconocía el deseo que sentía. Caminó por el andén de la estación visiblemente nerviosa, a pesar de que el conductor del coche que los llevaría a Sevilla, le asegurase que no tenía prisa y que podían esperar el tiempo que hiciese falta. Jimena no estaba segura de estar preparada para pasar unos días en la casa familiar antes de la boda y poder colaborar con algunos de los preparativos. Detuvo sus pasos junto al coche y esperó plantada, mirando fijamente al final de la calle, ansiosa y nerviosa, esperaba ver aparecer a Lucca en cualquier momento. Una de las cosas que más le molestaba en la vida, era que le hiciesen esperar, además, estaba la batalla que había librado en las últimas horas, al hacerse presente el hecho de volver a su casa colgada del brazo de un hombre. Resultó ser una batalla interna bastante agotadora.

—Buenos días — susurró Lucca muy cerca de su oído.

Jimena dio un respingo al sentir el aliento de Lucca tan cerca. Dio media vuelta y descubrió a Lucca con sus gafas de sol puestas intentando disimular el cansancio visible que reflejaba su rostro. Cada huella de cansancio delataba la intensa noche vivida, había dedicado cada hora a deslizarse entre pasión y deseo con una mujer de rasgos similares a Jimena, pero no resultó más que un intento fallido por saciar la lujuria de devorar su piel. Después de que Jimena despertase en él un deseo casi salvaje, ese fue el único recurso que encontró Lucca para calmar su sed. Jimena ladeó su cabeza al descubrir una mancha de carmín en el cuello de su camisa y, por primera vez, sintió un calambre en el estómago. Tragó saliva con dificultad y disimuló su decepción al pensar qué Lucca no era tan formal como ella se había hecho la idea. Volvió a recordar que Lucca solo la acompañaba para hacer su trabajo. Ahora que se acercaba el momento de enfrentarse a su familia con un *novio perfecto*, un sentimiento de duda la invadía, presentía que el plan no era tan perfecto como había pensado.

—Llegas tarde… — sentenció Jimena con una mirada intensa y penetrante — no me gusta que me hagan esperar.

—Entendido, no volverá a pasar — aclaró Lucca con una sonrisa arrogante.

—Vamos, no quiero llegar tarde — musitó Jimena mientras subía en el coche visiblemente enfadada.

Aquella mancha de carmín desarmó de tal manera a Jimena, que no era capaz de contener la rabia que sentía en su interior, pero a pesar de lo que pensó Lucca en alguna ocasión, no eran celos, era un miedo lleno de inseguridades a que el plan que habían tramado entre los dos, no saliese como ella necesitaba. Cuando llegaron a Sevilla, la actitud de Jimena hacía él, continuaba siendo distante y fría, hicieron todo el trayecto sin mediar palabra entre ellos, sin embargo, Lucca sonreía cada vez que era testigo de la mirada furtiva del conductor hacia Jimena. No podía negar que estaba acompañando a una mujer única. Tras varias horas de trayecto en coche, llegaron a su destino, envueltos en un ambiente de completo silencio.

Sus padres vivían en una casa enorme, en medio de una finca kilométrica, a unos veinte kilómetros de Sevilla, Rocío, la madre de Jimena, era una gran amante de la vida en el campo, descendía de una familia con varias generaciones de vinicultores y de cría de caballos pura raza española. Jimena había heredado de su madre, además de su belleza, la pasión por los caballos. Rafael, su padre, descendía de una familia dedicada al derecho, cuatro generaciones de respetables abogados. Su hermano, Cristóbal, era el orgullo del abuelo Federico, que veía en él, como el linaje continuaba con la tradición de hombres con poder, conservando el imperio que durante tantas generaciones había proliferado. Carmen, la abuela, era una mujer tradicional, había dedicado su vida, junto a Federico, a llevar una gran casa y criar a su hijo Rafael. Jimena se convirtió en el ojito derecho de su abuela, prácticamente desde el día en que nació, fue una niña muy deseada y la consentida de Doña Carmen desde que apenas fue capaz de balbucear *"abhu"*. Durante los años de adolescencia rebelde de Jimena, Carmen fue su mayor confidente y apoyo, siempre decía que la conocía más que su propia madre. Siempre encontró su refugio de paz y tranquilidad en compañía de su abuela Carmen, había una frase que siempre le repetía *"a la vida, ganas y a los sueños alas"* y Jimena recordó esas palabras a lo largo de toda su vida. Y luego estaba Gonzalo, su hermano pequeño, Jimena siempre evitaba hablar de él, se llevaban año y medio y su rivalidad fue muy notable desde que eran unos niños. Gonzalo demostró, desde que tenía uso de razón, que los celos por su hermana lo dominaban, siempre buscaba la ocasión para atacar a Jimena y, mientras crecieron, esos ataques se hicieron más continuos.

El coche cruzó el solemne arco de piedra que anunciaba el camino hacia la entrada de la casa. Lucca hizo una mueca de asombro que acompañó con un silbido, al ver todos aquellos caballos de pura raza correr por los grandes pastos, era una imagen soberbia. El coche se detuvo frente a una enorme puerta de madera, en ella se podían apreciar los apellidos de la familia tallados artesanalmente. Martín-Doménech, en el lado izquierdo, y Lázaro, en la parte derecha. Lucca se quedó unos segundos admirando el brillante trabajo que el ebanista dedicó a aquella puerta.

—¡¡Hermanita!! Que ganas tenía de verte — Cristóbal, el hermano mayor de Jimena, se acercó a ella con los brazos abiertos y luciendo una enorme sonrisa.

—Cristóbal, qué guapo estás — respondió Jimena imitando la sonrisa de su hermano.

—No lo intentes, hermanita… los dos sabemos que toda la belleza te la llevaste tú, pero sí, he de reconocer que tengo mi encanto… — Cristóbal sonreía con Jimena entre sus brazos — hola, soy Cristóbal, el hermano de Jimena — saludó a Lucca con un firme apretón de manos.

—Él es Lucca, mi novio… — la voz de Jimena tembló levemente al pronunciar esas palabras.

Era la primera presentación de su *nuevo novio* y Jimena se sorprendió al descubrir que alguna fibra sensible vibró en su interior, provocando un pellizco en la boca de su estómago que casi le cortaba la respiración. Durante todo el tiempo que pensó en el plan de presentar un novio frente a todos, jamás pensó en el hecho de que estaba mintiendo a sus seres más queridos.

—Encantado — respondió Lucca con una sonrisa brillante.

—Pero no os quedéis en la puerta — dijo Rocío, la madre de Jimena, que salía a recibirlos — pasar al jardín, va a comenzar el coctel de bienvenida — abrazó a Jimena y le dio dos sonoros besos en las mejillas — hija tienes que venir más a menudo a vernos, somos tus padres y te añoramos.

—Sí, mamá, prometo venir más — Jimena pronunciaba esas palabras casi de forma automática.

—¿Y este chico tan guapo quién es? — dijo Rocío sin soltar el brazo de Jimena y ladeando la cabeza al descubrir al chico que acompañaba a su hija.

—Mamá, él es Lucca… — musitó Jimena mirando fijamente al chico.

—¿Lucca? — preguntó una voz ronca que provenía desde el interior de la casa, sobresaltando a Jimena al reconocer a quién pertenecía.

—Papá, él es… — Jimena no pudo continuar con la presentación, fue interrumpida por la fuerte voz de su padre una vez más.

—¿Tendrá un apellido? ¿O nos vamos a tutear el primer día? — Rafael hablaba sin dejar de mirar fijamente al chico plantado en la puerta de su casa — os hemos inculcado mejores modales — dijo y desvió su atención a Jimena esperando, casi exigiendo, una respuesta.

—Bennilli, Lucca Bennilli señor — dijo Lucca extendiendo la mano para saludarlo y Rafael la estrechó con firmeza, dejando claro su autoridad en esa casa.

Jimena se quedó paralizada y blanca, observando el apretón de manos entre Lucca y su padre, fue un momento que vivió a cámara lenta, estaba siendo testigo que como Lucca comenzaba a introducirse en su familia. De pronto, sintió como sus pulmones no eran capaces de retener ni un ápice de aire en ellos. Un leve temblor, que pasó desapercibido para los demás, recorrió todo su cuerpo, fue en ese preciso momento, cuando comenzó a sentir las dudas de que su plan tenía fisuras, consciente de lo poco que conocía al guapo chico italiano que la acompañaba. ¿Cómo iban a fingir una relación perfecta, si ni tan siquiera, le había preguntado el apellido? Un terrible error de principiante. Ahora le asaltaban toda clase de dudas sobre la eficacia de su plan. Ya no se sentía tan segura, pero ya era tarde para echar marcha atrás. No había más salida que seguir hasta el final, se armó de valor, respiró hondo varias veces y mantuvo su sonrisa despejando cualquier duda.

—Vamos, bebamos algo… — dijo Cristóbal en un intento por deshacer la tensión que se había establecido por la llegada de Rafael — fuera está todo preparado.

Rafael le ofreció su brazo a Rocío, su mujer, que no dudó en aceptarlo y juntos salieron al jardín. Cristóbal caminó detrás de ellos y entró en la fiesta de bienvenida para todos los invitados con una sonrisa brillante.

—Empieza el espectáculo — susurró Lucca al oído de Jimena mientras se colocaba a su lado.

Lucca tuvo la delicadeza de posar suavemente la mano en la parte baja de su espalda. Jimena giró levemente su cabeza al notar la mano en su cintura y se topó con los ojos oscuros del chico italiano. Lucca, sin conocer de donde nacía el impulso, aprovechó la ocasión y dejó un beso muy cerca de la comisura de los labios de Jimena. Ella respondió ensanchando su sonrisa y permitió ese gesto cariñoso por parte de Lucca. Desde que conoció a Lucca y decidió contratarlo para que fuese su acompañante en la boda de su hermano, se había concienciado tanto sobre el papel que debía desempeñar frente a todos, que a veces le costaba distinguir la realidad.

Al salir al jardín, a Lucca le llamó la atención la mesa llena de un sinfín de platos de bocados deliciosos para servirse al gusto. A la derecha de la misma mesa, había un profesional cortando jamón con mucha delicadeza para todos los invitados y, al otro lado, un chico muy sonriente detrás de la barra sirviendo las bebidas.

—Como podrás ver, mi madre hace muy sencillas las reuniones familiares — Jimena sonreía al ver la cara de Lucca.

Jimena cogió la mano de Lucca y tiró de él para bajar las escaleras y mezclarse con los demás invitados. Caminó decidida junto al italiano entre la gente y se dirigió a la barra de bebidas.

—¿Vino? — le preguntó Jimena a Lucca.

—Agua, por favor — respondió Lucca muy serio, causando una cara de sorpresa por parte de Jimena — si bebo se me suelta la lengua… — se acercó a ella para susurrar — y lo puedo confesar todo… — no aguantó durante más tiempo la risa al ver la reacción de Jimena — es broma, una copa de vino blanco.

Jimena soltó de golpe todo el aire que mantuvo retenido en sus pulmones ante la posibilidad de ser descubiertos. Llamó la atención del camarero y pidió dos copas de vino de blanco.

—Este es el vino de la familia de mi madre, se sentirán ofendidos si no lo pruebas — Jimena hacía toda la explicación sin perder la sonrisa.

—Tranquila — Lucca se acercó reduciendo la distancia entre ellos, Jimena se estremeció al notar su aliento cerca de su mandíbula — soy un profesional, ¿recuerdas?

Jimena tragó saliva y respiró hasta llenar sus pulmones, calmó sus nervios y empujó suavemente a Lucca por la cintura para conducirlo hasta la mesa de la comida.

—Vamos profesional… — susurró Jimena — comamos algo.

Pasaron la tarde entre conversación y conversación, Jimena presentaba a su novio italiano con orgullo, todos proclamaban la pavorosa presencia del joven. Los hombres admiraban su porte y las mujeres caían rendidas ante su seductora sonrisa. El pánico de Jimena fue desapareciendo a medida que avanzaba la tarde, descubriendo que Lucca hacía honor a su profesionalidad y se mimetizaba a la perfección con todos los invitados. Rocío estaba encantada con la nueva pareja de su hija, Lucca hizo una cata de vinos de la familia y supo defender muy bien el sabor en su paladar de cada uno de ellos.

—Jimena, hija, como me gusta este chico, es todo un prodigio de la enología — susurró Rocío cerca del oído de su hija.

—A mí también, mamá… — Jimena fue más sincera de lo que era capaz de reconocer.

Jimena llegó a pensar que el sentimiento que le hacía creer que se sentía atraída por Lucca, era real, muy real.

—Estoy llenísimo — Lucca pasaba la mano por su barriga, mientras entraban en la que iba a ser su habitación durante los próximos días.

Jimena rio ante el comentario de Lucca y entró en el baño para cambiarse y ponerse el pijama. Cinco minutos más tarde, Jimena se quedó petrificada al entrar de nuevo a la habitación, tras descubrir aquella obra maestra frente a ella. Lucca vestía un pantalón corto y una camiseta de tirantes, que le permitía a Jimena enumerar cada uno de sus marcados músculos. Con toda naturalidad y, sin ser consciente del calor que había provocado en el cuerpo de Jimena, Lucca pasó por su lado para entrar en el baño. Jimena se metió en la cama y ocupó el lazo izquierdo, acostumbrada a dormir siempre en ese lado. Quizá para Lucca era normal dormir con una persona desconocida, pero para Jimena era algo muy íntimo. Cuando Lucca salió del baño, se desperezó mientras rodeaba la cama y Jimena fijó su mirada en los músculos de sus brazos, parecían brazos de mármol. Lucca levantó la sábana y se acomodó en el lado libre de cama con total naturalidad.

—Estoy agotado… ha sido un día muy largo — para Lucca había sido un día y una noche muy larga.

Fue capaz de superar estoicamente el primer día con la familia de Jimena, a pesar de no haber dormido apenas la noche anterior. Cambió sus horas de descanso por disfrutar de un maratón de sexo que la joven morena que conoció en un local de copas, le ofreció.

—Sí… y esto solo ha sido el principio — contestó Jimena moviéndose hasta apurar el borde de la cama al máximo.

—¿Me tienes miedo? — preguntó Lucca con una sonrisa arrogante.

—¿Miedo? — preguntó sorprendida Jimena.

—Siendo una cama de matrimonio, parece que estés a tres metros de mí… — Lucca palpaba la cama que había libre entre él y Jimena — ¿crees que te voy a violar o algo así?

—No seas bobo, buenas noches — Jimena sonó neutral, pero no se movió de su rincón extremo en el colchón.

—Buenas noches.

La mente de Jimena comenzó a proyectar indiscriminadamente imágenes nada recomendables para la situación en la que se encontraba. Nunca había dormido con un hombre que no fuese su hermano Cristóbal, pero la verdad que la ponía nerviosa, era que nunca había estado con ninguno. Se sorprendió al descubrir que su mente estaba completamente ocupada por imágenes de los fuertes brazos de Lucca, imaginándose como sería perderse entre ellos. Imágenes que siempre habían protagonizado mujeres, la profesora de sexto, la compañera del instituto que hacía gimnasia rítmica, la camarera de verano con un piercing en la nariz, algunas de las chicas que iban a su universidad, pero jamás un hombre. Una angustia se instaló en su pecho cuando sintió como su sexo pedía atención, un calor casi insoportable, recorrió su cuerpo y se removió entre las sábanas buscando el tacto frío. Se quedó boca arriba, mirando en medio de la oscuridad al techo, debía disipar a su mente de las locuras que le proponía. Lucca no era el hombre más indicado para acostarse por primera vez con uno, quizá si las circunstancias fueran distintas… Jimena no era capaz de entender por qué su cuerpo estaba reaccionando así ante la presencia de Lucca, jamás había sentido una atracción así por un hombre. Fue capaz de responsabilizar a su controvertido plan de presentar a un novio ficticio a su familia, su mente fue un paso más allá. Se había mentalizado tanto de fingir a la perfección una relación con Lucca, que su cuerpo estaba confuso y, además, había que sumarle una larga temporada de sequía en lo que al plano sexual se refiere.

Gitana, su yegua

Jimena parpadeó varias veces y se desperezó estirando a conciencia sus músculos, antes de recordar que se encontraba en la habitación de casa de sus padres, la misma que habitó durante toda su adolescencia. De pronto, recordó que había dormido con Lucca en la misma cama, estiró de la sábana para cubrir su cuerpo y miró disimuladamente al otro lado de la cama para descubrir que, el chico guapo italiano, dormía plácidamente a su lado. Jimena dedujo que debía ser temprano por los amagos tímidos que hacia el sol para colarse por los estrechos rincones de las ventanas, iba haciendo su aparición disimuladamente para acabar colocándose en lo más alto del cielo. Sonrió cuando una idea invadió su mente, decidió tomar viejas costumbres e ir a montar para dar un paseo alrededor de la casa antes de desayunar. Le encantaba caminar por el pasto todavía húmedo, por el rocío de la noche, respirar el aire puro, le fascinaba ese olor a naturaleza, era un lugar libre del bullicio y la contaminación de cualquier ciudad. Esa siempre fue una de las sensaciones que le transportaban a su niñez. Era agradable sentirse tan libre.

—Hola Gitana, ¿cómo estás, bonita?... — Jimena saludó cariñosamente a su yegua en las caballerizas — ¿vamos a dar una vuelta?... te he echado tanto de menos…

La yegua era un ejemplar de sangre noble, de pura raza española. Se la había regalado su abuela Carmen cuando se graduó en arquitectura. Jimena ensilló a su yegua y se subió con una destreza magistral, una vez bien afianzada sobre la montura, se dispuso a dar un paseo alrededor de la finca. Recorrió la parte más alejada de la casa, no quería despertar a nadie, aunque sabía que su padre ya se encontraría en su despecho leyendo la prensa. Se alejó para ser libre, independiente mientras duraba el paseo, envuelta en un ambiente sosegado, disfrutó de la calma, de la quietud y la tranquilidad de la naturaleza más pura. Durante ese tiempo, volvió a ser ella misma. Después de casi una hora de paseo, regresó al picadero para desahogar el nervio que contenía la yegua de pura raza. A solo unos metros de allí y sin que Jimena se diese cuenta, una mujer la observaba detenidamente. Ella volvía de su dosis diaria de deporte a la que tenía el cuerpo acostumbrado, le encantaba correr mientras amanecía, decía que era la mejor hora del día. Detuvo su carrera para deleitarse con la destreza de la amazona, sometiendo a la espectacular bestia bajo sus órdenes, cuando una voz detrás de ella la sobresaltó.

—Es un ejemplar maravilloso… — musitó Cristóbal colocándose junto a la mujer, mirando al frente como hacía ella, observando detenidamente a Jimena en la lejanía mientras montaba a Gitana.

—Sí, lo es… — la mujer dibujó una sonrisa encantadora en sus labios — y la yegua también es muy bonita — no apartó la vista ni un segundo de Jimena, provocando la risa en Cristóbal por su comentario.

—Macarena, me gustas, agradezco a Gonzalo por traerte a esta familia — dijo Cristóbal sonriendo y mirando a su cuñada, la novia de Gonzalo.

—Creo que la afortunada soy yo — respondió Macarena sinceramente, acompañando cada palabra con una sonrisa más encantadora si era posible.

Macarena y Gonzalo llegaron a la finca esa misma noche, el destino era caprichoso, resultó que la novia de Gonzalo, era de Málaga, aunque por su trabajo, se trasladó a Sevilla hacía dos

años y entonces conoció a Gonzalo. Con ellos también llegó Cayetana, su cuñada y la futura mujer de Cristóbal, que se ofrecieron a recogerla para llevarla hasta la finca. Deberían haber llegado un poco más pronto, pero Cayetana aceptó la invitación de unos viejos amigos para tomar una copa y se les hizo más tarde de lo acordado. Al final, entre unas cosas y otras, llegaron pasadas las doce, pero a Macarena no le importó, se había levantado pronto para poder aprovechar la espléndida mañana que había amanecido y salir a correr. Disfrutó de aire fresco que ofrecía el campo, llenó sus pulmones con un aire tan puro que tenía la sensación de que podía flotar. Cuando estaba a punto de llegar a la casa, se detuvo en seco al ver a Jimena montando a caballo, resultó ser una sorpresa descubrir todo lo que aquella imagen estaba provocando en su interior. No se trataba de un simple remolino, era un huracán de categoría cinco en la escala de Richter, que estaba destruyendo todo a su paso en su interior. Tuvo la necesidad de detenerse para contemplar a aquella desconocida mujer sin perder todos los detalles.

Jimena dejó a Gitana en su cuadra, pero antes de irse le dejó un beso y le dio su merecido premio, agradecida por su paseo. Caminaba despacio por el caminito de piedra que conducía hasta la puerta trasera de la cocina. Saltaba las piedras de dos en dos, era algo que hacía desde niña, desde que vio la película de *Alicia en el país de las Maravillas*, le encantaba imaginar que era el mismo camino que conducía a Alicia a un mundo lleno de fantasía. Junto a la puerta trasera de la casa, había varias macetas que decoraban un pequeño patio, se detuvo y observó como cada flor intensificaba su color con los primeros rayos de sol. Ese patio era uno de los rincones favoritos de Jimena, desde niña, había aprendido de su abuela Carmen a como cuidar las diferentes clases de plantas y flores que lo adornaban. Sonreía ante el amplio abanico de colores, la primera comenzaba y era la época donde más se podía disfrutar del patio. Al abrir la puerta que daba a la cocina, de pronto, una mano que sostenía una taza de café caliente, la sorprendió tanto que casi la golpea en la cara.

—¡Buenos días! Veo que sigues siendo fiel a tus rutinas.

Esa voz la dejó tan helada que le impidió continuar con la intención de entrar en la casa. Jimena se paralizó de golpe y se quedó plantada en el umbral de la puerta.

—Gonzalo… — musitó Jimena sorprendida.

La persona a la que tanto temía volver a ver, estaba plantada en medio de la cocina ofreciéndole un café caliente. Lo último que deseaba, en ese preciso momento, era volver a aquellos tiempos donde las humillaciones o las amenazas, eran una costumbre entre ellos. Jimena solo podía pensar que, si Gonzalo era sabedor de la vida que llevaba en Málaga, correría a contárselo a su padre para proteger su sillón en la empresa.

—Hola… — dijo Gonzalo con una sonrisa que era tan brillante como arrogante.

—¿Qué haces aquí? — preguntó Jimena cuando fue capaz de recuperar su cordura.

—Pues… mi hermano Cristóbal se casa, ya sabes… llegamos anoche, pero ya todos dormíais plácidamente… — Gonzalo pasó lentamente junto a Jimena en un gesto claro de provocación — pero mamá me dijo algo que me sorprendió bastante… ¿Has venido con tu novio? — Gonzalo ensanchó su sonrisa de una forma tan descarada que resultaba insultante.

Jimena se acercó la taza a los labios y mordió disimuladamente el borde de cerámica, la actitud de su hermano volvía a ser tan retadora como hacía años. Nada había cambiado. A pesar de los años, la ira de su interior volvió a aflorar, pero Jimena se prometió a sí misma que no caería en sus provocaciones, así que respiró hondo y le dio un largo sorbo al café que sostenía entre sus manos.

—Muy bien hermanita… — Gonzalo se apoyó sobre el banco de la cocina y la miró fijamente

— veo que has dejado atrás todas esas perversiones…

—Déjame en paz, Gonzalo… — soltó Jimena con desdén cuando se separó la taza de los labios — ¿no tienes ningún juguetito para entretenerte?

—Ya lo creo que sí… — Gonzalo continuaba con su sonrisa arrogante — tengo una novia despampanante… es de Málaga, ¿sabes? igual te suena de alguna de tus noches llenas de perversión… es tu tipo — Gonzalo sonreía con toda la intención de seguir provocándola.

—Pues vete a marearla a ella y… — Jimena no pudo continuar, unos labios impidieron que continuase hablando.

—Hola amor — de repente, Lucca dejó un beso sensual en sus labios frente a la mirada pasmada de Gonzalo.

—Buenos días… — Jimena sonrió como una tonta.

La sonrisa engreída de Gonzalo, fue desapareciendo dando paso a un gesto despreciable. Su hermana, Jimena, se había convertido en una reputada arquitecta, su estudio en Málaga tenía muy buena fama, mientras él llevaba tiempo escuchando de la boca de su padre, en la decepción que se había convertido. Harto de escuchar que no era capaz de solventar los contratiempos que surgían en la empresa familiar y que él, desde su puesto de vicepresidente del gran imperio, debía resolver. Gonzalo llevaba tiempo sintiendo que estaba luchando en una batalla perdida y ahora que Jimena se había presentado en casa de sus padres con el novio perfecto, seguro que su padre volvía a buscarla para sustituirlo como miembro ejecutivo de la empresa. Un brillo de miedo se instaló en sus ojos, pero fue capaz de recomponerse antes de que Jimena lo descubriese.

—¿No nos vas a presentar? — dijo Gonzalo con voz áspera y derrochando el poco interés que le despertaba el hombre que acaba de besar en los labios a Jimena.

—Sí, claro… él es Lucca, mi novio — Jimena pronunció cada palabra con un descaro encubierto que Gonzalo supo detectar.

Lucca extendió la mano para un saludo cordial. Su sonrisa era tan perfecta que conseguía enfurecer un poco más a Gonzalo.

—Encantado — musitó Gonzalo con resignación y desdén.

—Igualmente — contestó Lucca, cogiendo a Jimena por la cintura y acercándola a él con delicadeza.

Gonzalo fingió una mueca que no llegaba ni a media sonrisa y con un movimiento rápido, giró sobre sus talones y salió airado de la cocina dando algún que otro aspaviento con los brazos.

—Muy simpático tu hermanito… — musitó Lucca en tono jocoso.

—Esto no va a salir bien… — a Jimena le superaba la tensión que acababan de vivir.

No se fiaba de su hermano, temía que, si Gonzalo se sentía amenazado de alguna forma, fuese capaz de enseñarle aquellas fotos a su padre y liberar una catástrofe familiar.

Jimena y Lucca ya estaban listos para asistir al desayuno familiar. Jimena se había duchado, mientras Lucca, muy gentil, la esperaba en la habitación para salir juntos.

—¿Tú crees que toda esta historia funcione? — le preguntó algo nerviosa a Lucca.

Después de coincidir con Gonzalo hacía tan solo una hora, no dejaba de imaginarse lo que sucedería si su hermano llegaba a descubrir toda la farsa que existía entre ella y Lucca.

—¿No viste la cara de tu hermano cuando salió de la cocina? Está claro que le ha jodido verte feliz con un hombre — Lucca sonreía divertido al recordar el efecto que causó el beso que le dio frente a Gonzalo, pero su sonrisa también delataba cuanto lo disfrutó — así podrás desmontar cada una de sus amenazas.

Jimena y Lucca caminaron por los pasillos de la casa cogidos de la mano como dos auténticos enamorados. Al llegar a la terraza, Jimena dio un pequeño sobresalto al sentir como unas manos la sujetaban por la cintura.

—¡¡Hermanita!! — la voz de Cristóbal la sorprendió — ¿mira quién llegó anoche? — Jimena se giró al oír la voz de su hermano mayor.

—¡Cayetana! — gritó Jimena al verla — tenía muchas ganas de verte, cuñadita — Jimena y Cayetana se fundieron en un cariñoso abrazo — mira, te quiero presentar a mi novio, él es Lucca.

—Encantada — Cayetana sonreía complacida por la educación que desprendía el guapo joven.

—Un placer y enhorabuena por la boda — Lucca había demostrado, hasta ahora, lo correcto que era en sus modales y su educación.

De pronto, dos figuras aparecieron por la misma puerta por la que ellos habían cruzado unos segundos antes. Jimena, sin disimular su sorpresa, hizo un recorrido visual por toda la anatomía de la mujer que iba cogida del brazo de Gonzalo. La mujer lucía unos tacones altos de corte italiano, falda de tubo que resaltaba sus caderas, una camisa abotonada hasta llegar a un escote que inducía al pecado y una chaqueta americana que solo hacía que resaltar aún más su figura y estilo. Su sonrisa enigmática y encantadora se quedó grabada en la memoria de Jimena. Era una mujer amable, misteriosa y seductora, desprendía magia por cada poro de su piel. Elegante, carismática y condenadamente atractiva, Jimena se quedó prendada de la mujer que acompañaba a Gonzalo, tuvo que hacer un sobreesfuerzo para disimular su interés. Mientras que, Macarena no podía dejar de mirar esos profundos ojos verdes, la mirada de Jimena era intensa, pero, a la misma vez, que limpia y dulce. La mirada de Jimena se perdió en la imagen que le regaló la mujer que tenía frente a ella y Macarena se perdió en aquel reflejo tan característico que desprendía su sonrisa, descubriendo una combinación perfecta entre su sonrisa y el verde de sus ojos. La voz de Gonzalo interrumpió el momento, Macarena sacudió levemente la cabeza en un intento fallido para romper la intensidad que se había instalado entre ellas y como un mecanismo de distracción, centró su atención en el joven chico italiano que acompañaba a Jimena.

—Jimena… — la voz de Gonzalo sacó a Jimena de su trance — me gustaría presentarte a Macarena, mi novia — Gonzalo se acercó a Jimena para susurrarle algo asegurándose que solo ella lo oyese — espero que puedas mantener tus sucias manos lejos de ella.

Jimena se separó rápidamente y desvió su mirada hacia Gonzalo durante un segundo para luego devolver toda su atención en los ojos castaños de la chica a su lado. Tragó saliva y decidió hacer caso omiso a sus provocaciones. Decidió continuar con un saludo cordial y así unirse junto a su familia para desayunar.

—Encantada — Macarena extendió su mano para saludarla y Jimena rozó su piel con suavidad sin dejar de mirarla a los ojos.

—Igualmente — susurró Jimena con apenas un hilo de voz.

Era incapaz de oír nada, su mente seguía perdida en algún lugar desconocido de su conciencia.

Sintió como una fuerza de voluntad, endemoniadamente fuerte, la empujaba hacia aquella mujer como si fuese un imán.

Una vez que las presentaciones estaban hechas, las tres parejas caminaron hacia la terraza para compartir la mesa del desayuno. Cristóbal no dejó, ni por un momento, de bromear sobre los próximos acontecimientos en familia que les esperaban durante los próximos días, mientras los demás sonreían por su talante cómico. Todos menos Gonzalo. En la terraza, había toda una mesa dispuesta, digna de la realeza. Fueron rodeando la mesa sin ser muy cautos a la hora de elegir dónde sentarse cada uno, así que, el destino hizo una de las suyas y fue caprichoso, Macarena se sentó junto a Jimena. La miró y sonrió complacida, Jimena le devolvió una sonrisa tímida y se acomodó en su silla. Comenzó una batalla de miradas clandestinas entre ellas, pero cada una, tenía un propósito diferente. Mientras tanto, Lucca que estaba sentado al otro lado de la mesa, frente a Jimena, hizo un recorrido visual admirando la gran variedad de la que disponía para saciar el apetito matutino. Descubrió varias jarras de zumo recién exprimido, una cafetera con café recién hecho, magdalenas caseras, un plato combinado de fiambres típicos de la zona, tostadas de diversas clases de pan, algo de bollería y una cosa de color anaranjada que llamó su atención.

—Jimena, ¿qué es eso? — Lucca señaló un mortero de barro en el centro de la mesa.

—Es manteca *colorá,* algo típico de aquí… — Jimena cogió el mortero de barro y se lo pasó a Lucca — esta pica un poco porque es casera, la hace mi madre con la receta de mi abuela, tienes que probarla.

—Vamos a ello entonces — Lucca cogió una tostada de pan mollete y se untó la manteca *colorá* con cuidado.

—A mí también me gustaría probarla — susurró Macarena tan cerca de Jimena que sintió como su cálido aliento chocaba contra la piel de su cuello.

Macarena había estado estudiando el perfil de Jimena mientras hablaba con Lucca, un perfil tan perfecto, que hasta el mismo Miguel Ángel envidiaría en sus esculturas. Jimena giró levemente su rostro y se sorprendió al descubrir un brillo intenso en la mirada de Macarena, contuvo todo el aire en sus pulmones y sin decir ni una palabra, le pasó el tarro de manteca. Jimena no desvió sus ojos de los de Macarena y cuando sus dedos se rozaron con el intercambio del tarro, una corriente eléctrica recorrió sus cuerpos. Los labios de Macarena se curvaron en un amago de media sonrisa y la mirada de Jimena se iluminó con brillos destellantes. Macarena untó su tostada con la manteca *colorá* bajo la atenta mirada de Jimena, que no perdía detalle de cada uno de sus gestos. Macarena saboreó aquel bocado de delicatesen andaluz, cerró los ojos y de su garganta nacieron susurros llenos de placer por un sabor nuevo. Cuando abrió los ojos, se encontró con la mirada profunda de Jimena observándola con una sonrisa divertida, ella enarboló una sonrisa encantadora en respuesta. Por puro instinto y sin ser consciente de su gesto, Jimena pasó su dedo pulgar por la comisura de los labios de Macarena, limpiando un pequeño resto de manteca que había dejado su mordisco. Macarena se removió en su silla cuando el olor a azahar que desprendía la piel de Jimena, se coló por su nariz apoderándose descaradamente de su cordura. Era un olor tan nítido, tan puro, que fue la segunda característica de Jimena que consiguió descolocarla completamente, por qué la primera que llamó su atención, fue su sonrisa. Ver la sonrisa que lucía encima de aquella yegua mientras la dominaba, era una imagen capaz de conmover hasta un alma tan fría como la de Lucifer. Era un movimiento tan hipnótico y tan elegante, que parecía que su cuerpo estaba fundido al caballo. Macarena tembló levemente ante el contacto suave de los dedos de Jimena, se convenció, a sí misma, de que lo más sensato y coherente, era ignorar la carga eléctrica que ese mínimo roce había producido en ella. Gonzalo

carraspeó siendo testigo de las miradas que se profesaban, descubriendo, muy a su pesar, de que entre ellas saltaban chispas. Jimena desvió su mirada hacia el plato de su desayuno, pero solo durante unos segundos, la atracción de volver a verse reflejada en los ojos color miel de Macarena era tan fuerte que no era capaz de controlarlo. Respiró exhalando todo el aire que contenía sus pulmones, dejándolos completamente vacíos, aprovechó para comprobar que su hermano Gonzalo estaba distraído con su teléfono y rozó los labios de Macarena con sus dedos delicadamente. No era consciente de la intensidad que aquel gesto tenía para ambas, pero, de pronto, una leve capa de sudor apareció por su sien, imaginando los comentarios que Gonzalo habría sido capaz de dinamitar contra ella, en el momento que Macarena le preguntase por su maltrecha relación.

El desayuno transcurrió entre conversaciones centradas en la boda y en los varios acontecimientos organizados que les esperaban durante esa misma semana. Rocío, la madre de Jimena, mostraba sin tapujos su entusiasmo por cada evento, le fascinaba organizar los detalles de cada fiesta, reunión o cena. Lucca no perdió la ocasión para dedicarle sonrisas alegres a Jimena y ella, reconocía la profesionalidad del chico por aparentar lo muy enamorados que estaban. El desayuno le pareció eterno a Jimena, se pasó la mitad de la mañana debatiendo entre corresponder como era debido a las atenciones que le ofrecía Lucca y la curiosidad que sentía para intentar descifrar en la mirada destellante de Macarena. Cuando por fin todos terminaron y la sobremesa no podía avanzar más con todos los temas relacionados sobre la boda, comenzaron a levantarse uno a uno para continuar con sus planes diarios. Cristóbal estaba demasiado entusiasmado para sentarse junto a su madre y elegir el color de las flores de los centros de mesa, así que buscó un plan alternativo.

—Estaba pensando que podríamos salir a montar… — Cristóbal bajó el tono de voz para que solo sus cómplices fuesen testigos de su propuesta — ¿os apetece?

—Podríamos recorrer la dehesa — Macarena propuso el recorrido por la fama de belleza y paraíso que había oído — he oído que es muy bonita y…

—Y el paisaje favorito de mi hermanita — Gonzalo pasó un brazo sobre los hombros de Jimena, la atrajo hacía él y dejó un beso sonoro y burlón sobre su cabeza.

Macarena sonrió disimuladamente, complacida, sin reconocer por qué lo hacía.

—Lucca, ¿te apetece? — preguntó Jimena de forma cariñosa mientras se apartaba del abrazo de su hermano pequeño.

Lucca asintió y Jimena vio la ocasión perfecta para irse a su lado y alejarse, así, de Gonzalo, todo lo que era posible.

—Nosotros tenemos que volver a Sevilla… — dijo Gonzalo y agarrando sin delicadeza el brazo de Macarena — por la tarde estaremos de regreso.

—Gonzalo, hermanito… — comenzó a decir Cristóbal con tono jocoso — seguro que vas a una de esas aburridas reuniones, donde solo os dedicáis a beber y a ver quién la tiene más larga… — Cristóbal pasó un brazo por encima de los hombros de Macarena y la atrajo hacia él, separándola intencionadamente de Gonzalo — deja a tu chica con nosotros… deja que venga a pasear por la finca o la matarás de aburrimiento.

Macarena asintió visiblemente emocionada por la propuesta de Cristóbal, Gonzalo murmuró en un susurro y se dio media vuelta visiblemente molesto por no tener un argumento válido para que Macarena se fuese con él. Al pasar junto a Jimena, la miró de reojo, la ira invadía su mente al pensar que no iba a poder vigilar el comportamiento de su hermana con su novia. Su enfado era tan visible que no se despidió de nadie, ni tan siquiera de Macarena.

Tras las risas y bromas por el comportamiento tan infantil de Gonzalo, los cinco, Cristóbal,

Cayetana, Jimena, Lucca y Macarena, salieron de las caballerizas dando un tranquilo paseo montando a los caballos criados en la finca. Jimena le explicaba a Lucca porque su yegua era tan especial y como fue el día que su abuela se la regaló, detrás de ellos, iba Cayetana que, los observaba, interactuar y sonreía al ver a su cuñada tan feliz y cómplice con alguien. Al verlos reír y tan cerca uno del otro, Cayetana recordó que jamás habían conocido a ninguna pareja de Jimena y le extrañó, pero tan solo necesitó un par de segundos para disipar ese pensamiento de su mente. De avanzadillas iban Cristóbal y Macarena que, no dejaba de preguntar completamente curiosa por cada rincón que iban descubriendo durante su paseo y él le contaba anécdotas que vivió junto a Jimena y Gonzalo cuando eran niños, provocando la risa en todos por cada travesura que recordaban, descubriendo que de pequeños era unos auténticos aventureros.

—Cuñado… — Cristóbal llamó la atención de Lucca que iba unos pasos más atrás — no puedes negar que es un paisaje precioso — al primogénito le encantaba presumir de la dehesa que pertenecía a la finca de sus padres.

—Sin duda lo es — contestó Lucca mirando hacia la lejanía.

Macarena giró su cuerpo levemente sobre la montura para poder mirar a Jimena, y esta, cuando se dio cuenta del gesto, no dudó en sostenerle la mirada. Las comisuras de los labios de Macarena la traicionaron dibujando una curva perfecta y se sorprendió por la respuesta similar que obtuvo por parte de Jimena, su sonrisa creció hasta convertirse en una sonrisa encantadora.

—Lucca, ¿de dónde eres? — Cayetana empezó con un interrogatorio inocente, quería saber más sobre el misterioso novio de Jimena.

—Soy de Siena — Lucca colocó a su caballo a la altura del caballo de Cayetana para poder mantener una conversación con ella.

—¡Italia! Adoro Italia… — dijo alegremente Cristóbal.

—Italiano y guapo — Cayetana le guiñó un ojo a Jimena con la suficiente picardía que provocó un leve sonrojo en su rostro.

—Pufff… no creo que sea para tanto… — musitó en un susurro Macarena que solo su caballo fue testigo de tal comentario lleno de desdén dirigido hacia el chico italiano.

Macarena no era capaz de descifrar el huracán de sensaciones que se había despertado en su interior desde que se vio reflejada en los ojos verdes de Jimena. Tenerla cerca se estaba convirtiendo en una montaña frondosa, en un mar picado, en una tormenta devastadora, arrasaba con toda su cordura y no era capaz de encontrar una explicación coherente. De pronto el caballo de Macarena comenzó a agitarse, movía la cabeza enérgicamente sin obedecer a las órdenes de las riendas, haciendo que Macarena acabase perdiendo el control sobre él.

—Sssooo, sssoooo bonito… — comenzó a repetir Macarena cuando su caballo comenzó a galopar completamente desbocado.

En el rostro de Macarena se reflejaba el pánico que comenzaba a apoderarse de ella.

—¡¡Suéltale las riendas!! ¡¡No le tires de la boca!! — gritaba Jimena intentando socorrer a Macarena para que no cayese del caballo.

—¡¡Cuidado!! — gritó Cristóbal, que presentía un desenlace caótico al ver al caballo galopando a una velocidad peligrosa.

El caballo de Macarena comenzó a correr hacia campo abierto sin que nada pudiese hacer. Solo le quedaba mantener el equilibrio para no caer, evitar a toda costa un final doloroso. Jimena salió al galope detrás del caballo completamente descontrolado de Macarena, en un intento desesperado por ayudarla. Transcurridos unos minutos y un par de kilómetros, el caballo de Macarena, comenzó a sosegarse.

—Sssoo, sssoooo, calma… calma, ssshhh pequeño… — Macarena consiguió dominar a su

caballo y detenerlo al fin.

—¡Macarena! ¿Estás bien? — Jimena llegó hasta su lado muerta de la preocupación.

—Sí, tranquila, Galán y yo estamos bien… — Macarena acariciaba el cuello del caballo — ¿verdad, chico guapo? — le susurraba cerca del cuello con intención de calmarlo.

Cuando sintió que tenía a la bestia dominaba, desvió su atención hacia su salvadora y sonrió al ver la cara de preocupación que lucía Jimena. Su respiración se detuvo de golpe, a pesar de la agitación que le había provocado la carrera descontrolada, le impresionaba la facilidad que tenía Jimena de removerla por completo con sus palabras, o simplemente con una mirada. Macarena miró fijamente a Jimena luciendo una de sus mejores sonrisas. Jimena respiró aliviada por no tener que lamentar un final inesperado para el inocente paseo a caballo.

—¡¡Macarena!! qué susto, ¿estás bien? — Cristóbal llegó junto a Cayetana — admirable tu destreza de amazona.

—Gracias, Cristóbal, estoy bien — dijo Macarena bajando la mirada, no por vergüenza, sino por la confusión que le provocaba la mirada de Jimena.

—¿Volvemos? — Jimena mostró su preocupación ante la tensión que acababa de vivir — ya tengo suficientes emociones por hoy.

Los cinco volvían hacia las caballerizas con un ambiente algo distinto al que disfrutaron cuando iniciaron el paseo, ahora era más calmado y, sobre todo, menos divertido. Los únicos que hablaban sin cesar, eran Cristóbal y Lucca, habían encontrado en las motos su punto en común. Macarena observaba los árboles al borde del camino en completo silencio, pensativa, quizá lejos de donde realmente se encontraba. ¿Qué sucedía en su interior? Algo crecía a pasos agigantados, algo que no era capaz de descifrar y mucho menos, de gestionar.

—Tu madre me está llamado… — dijo de pronto Cayetana mirando a Jimena — si lo llego a saber, nos fugamos a las Vegas y nos casamos con Elvis como único invitado — ambas rieron a carcajadas.

Al llegar a las caballerizas, Cayetana no tardó ni dos segundos en salir a paso a ligero en busca de Rocío, que la había llamado varias veces de forma insistente. Lucca bajó de su caballo y se acercó hasta Jimena para dejar un beso casto en sus labios a modo de despedida, porque se iba a ir con Cristóbal hacia el garaje para ver la moto que tenía aparcada allí. Macarena y Jimena se quedaron solas y un extraño ambiente reservado las envolvían, como si de un pacto se tratase, comenzaron a caminar recorriendo los establos en completo silencio, pero ninguna se sentía incómoda por aquel detalle. Por alguna extraña razón, se sentían a gusto con la simpleza de la compañía mutua. Pasearon por las amplias caballerizas, Macarena admiraba con asombro todo lo que les rodeaba, era un edificio de techos altos, bien cuidado, impecable y muy espacioso. Llegaron a la zona donde almacenaban las balas de paja, eran de cultivo propio, así que siempre tenían bastante reserva y eso provocaba un olor específico que recordaba a la recogida del esparto y la humildad de una época pasada. Las paredes estaban adornadas con herramientas de campo antiguas, recordando el duro trabajo al que se enfrentaban nuestros antepasados muchos años atrás. Trabajo que, hoy en día, se sustituía la mano de obra del hombre, por máquinas que agilizaban el trabajo en el campo. En una de las paredes, descansaban sobre unas perchas ancladas, diferentes sillas de montar, justo debajo había una estantería llena de cabezales de monta y de paseo. Al final de la estantería, podías encontrar todo lo necesario para el mantenimiento y los arreglos de las monturas. Sobre el suelo, en un zapatero hecho de madera, había varios pares de botas de montar bien colocados y listos para usar.

—Jimena, este sitio en increíble… — los ojos de Macarena desprendían un brillo característico — tiene una magia especial…

—Lo sé… — la sonrisa de Jimena ardía en picardía — es mi rincón de… pensar — ensanchó su sonrisa al pensar en todas las posibilidades que había imaginado a lo largo de su vida sobre su lugar favorito.

—Ya… — Macarena la miró fijamente, descubriendo esa picardía detrás del brillo de sus ojos — es bastante sugerente… — musitó al imaginar que era lo que había provocado un leve sonrojo en Jimena.

Jimena desvió durante un segundo su mirada y ese gesto provocó una ligera y tímida sonrisa en los labios de Macarena.

—Siempre fue mi fantasía… — confesó al final Jimena sin saber de dónde venía tanta complicidad con esa mujer — pero nunca he logrado convencer a nadie para compartirla… — Jimena se encogió de hombros con una mueca divertida.

—Quizá Lucca… — Macarena miró fijamente a Jimena, necesitaba descifrar sus reacciones al hablarle del chico italiano.

—Bueno… quizá… — Jimena respondió sin mucho interés.

Ninguna de las dos, era capaz de descifrar porque les resultaba tan apacible y placentera su compañía. Macarena fijó la mirada en los ojos verdes aguamarina de Jimena y sintió que el corazón se le aceleraba. Jimena, sin saber lo que la incitaba, respondió con una sonrisa cuando se vio reflejada en los ojos de Macarena. Sus corazones se aceleraron a la vez, sus respiraciones se agitaron, ambas se humedecieron los labios e iniciaron el movimiento para disminuir la distancia existente entre ellas, quedándose perdidas en la mirada de la otra durante unos segundos. Cuando fueron conscientes de la situación y, como de mutuo acuerdo, ambas dieron un paso hacia atrás, imponiendo una distancia de seguridad entre ellas. Debían ser coherentes, le dieron fuerza a la cordura, suprimiendo sus instintos. Se despidieron luciendo una tímida sonrisa, que ocultaba más deseo del que nunca habían sentido. Macarena se fue con un paso acelerado huyendo de un huracán de sensaciones que invadía su interior, mientras Jimena se quedó inmóvil en el mismo sitio, completamente confundida.

Más interesante que molesta.

Esa misma noche, tenían una cena todos juntos en casa de los padres de Jimena, era otro de los eventos organizados para antes de la boda. Había bastante revuelo por toda la casa, mientras que cada uno se preparaba para la gran cena. Jimena asomó la cabeza por la puerta del baño y descubrió a Lucca plantado frente al armario, en un intento casi desesperado para elegir la ropa adecuada para la ocasión. Sonrió al verlo tan concentrado e inmerso en sus pensamientos.

—Hoy vienen mis abuelos a cenar… conocerás a mi abuela Carmen, es un amor de abuela, te encantará… luego está mi abuelo Federico… — Jimena suspiró resignada — es digno padre de mi padre, otro cascarrabias.

—Muy bien, todo controlado — contestó Lucca seguro de sí mismo y sin girarse, continuaba concentrado en su ropa.

Después de unos minutos, Jimena salió del baño preparada para enfrentarse a una reunión familiar de ese calibre. Continuaba hablando, describiendo a cada miembro de su familia y sus caracteres, caminaba cabizbaja, abrochándose los puños de la camisa, se detuvo en seco, sorprendida, al ver a Lucca vestido con unos pantalones negros y una camisa de color salmón. La claridad del tono ofrecía un contraste que resaltaba su oscuro color de piel, iba perfectamente peinado y su sonrisa seductora brillaba.

—¿Voy bien? — preguntó dudoso al ver la reacción de Jimena.

—Sí… perfecto… — respondió Jimena sonriendo.

"*Tú sí que vas perfecta*", pensó Lucca en su interior, cuando descubrió como la tela de la camisa que llevaba Jimena, se amoldaba a la perfección a cada una de sus curvas, descubriendo una anatomía de vértigo. Un remolino comenzó a revolotear por su interior, avivando un deseo que intentaba dominar cada vez que Jimena sonreía de esa forma. Lucca inhaló todo el aire que pudo, saturando sus pulmones por completo para intentar calmarse. Jimena se acercó y Lucca se quedó estático en el mismo sitio, ella lo cogió de la mano para salir juntos de la habitación y, fue entonces, cuando él consiguió exhalar lentamente todo el aire que contenía en su interior. Él sabía que debía centrarse de nuevo en el plan para el que le había contratado y no cometer ningún error que dejase al descubierto toda la farsa, así que, buscó en su interior todo el valor que necesitaba para continuar.

Jimena y Lucca entraron en el salón cogidos de la mano, solo les bastó dar un paso para sentir las miradas de toda su familia sobre ellos. Lucca apretó levemente la mano de Jimena para transmitirle seguridad. Y lo consiguió. Esta vez, fue Jimena quien contuvo todo el aire en sus pulmones y lo liberó despacio en cada paso que daban hacia la mesa. Lucca demostró una vez más, que era todo un caballero y Jimena lució su sonrisa de satisfacción y la cabeza bien alta. Cristóbal sonreía al ver a su hermana como una mujer empoderada, se sentía orgulloso de la mujer en la que se había convertido, sin embargo, por parte de Gonzalo, tan solo recibió una mirada llena de desprecio, incapaz de disimular la ira que sentía hacia su propia hermana. Después de tantos años, después de todo su esfuerzo para destruir la imagen de su hermana, ella continuaba siendo protagonista, mientras nadie se fijaba en él de la misma manera y los celos lo devoraban. Jimena comenzó a analizar las miradas que estaban recibiendo, por parte de Rafael y

Federico, era una mirada intensa hacia Lucca, por parte de su madre, Rocío, era una mirada dulce al ver a su hija feliz y la mirada de su abuela, Carmen, desprendía ternura cada vez que miraba a su nieta, como no podía ser de otra forma. Jimena sonrió al ver las distintas impresiones que había causado su entrada junto a Lucca, levantó levemente el mentón e hizo un recorrido visual a cada uno de los allí presentes, pero hubo una mirada que llamó su atención por encima de todas y que no era capaz de descifrar, la de Macarena. Su mirada desprendía dulzura y la acompañaba de una tierna sonrisa que a la vez era encantadora, sin embargo, su postura y sus gestos, delataban lo incomoda que se sentía.

Durante la cena, Federico aprovechó cada oportunidad que tuvo para declarar el resentimiento que todavía sentía hacia su nieta Jimena. Su abuelo jamás estuvo de acuerdo con que dejase la carrera de derecho para estudiar arquitectura, consideraba que era desaprovechar la inteligencia de su nieta. Macarena estaba siendo testigo de cada uno de los ataques directos hacia Jimena, así que intentó entablar conversaciones educadas con Federico y con Rafael, en un intento de desviar la atención hacia ella y así, aliviar un poco de ese peso a Jimena. Mientras que Lucca, sacó a relucir su lado más divertido, tenía un humor peculiar y bastante característico, pero consiguió hacer reír a todos los invitados. Cuando llegó el momento de servir los postres, Jimena había superado su nivel de paciencia con creces, teniendo que soportar diversos comentarios despectivos sobre su vida y su trabajo en Málaga. Una vez que la cena había terminado, comenzaron a levantarse para seguir con la sobremesa en el jardín y aprovechando que continuaban inmersos en sus conversaciones, Jimena vio la oportunidad perfecta para alejarse disimuladamente. Su objetivo no era otro que respirar aire fresco y relajar toda la tensión acumulada durante la cena, una tensión que comenzó a dominar su cuerpo y que hacía peligrar el buen ambiente que rodeaba a su familia.

—Siento mucho lo que ha pasado durante la cena… — la voz de Macarena a su espalda, provocó un leve sobresalto en Jimena y su corazón se saltó un par de latidos.

Después de ser testigo, del acoso y derribo que sufrió Jimena durante toda la cena por parte de su abuelo y su padre, salió tras ella cuando la vio escabullirse entre la oscuridad para comprobar su estado emocional primario.

—Tú no tienes que sentir nada… esto es el pan de cada día… — Jimena respiró y miró hacia la lejanía, perdiendo su mirada en la profundidad de los árboles que había a los lejos del paisaje — siento el comportamiento de mi abuelo y mi padre… no ha debido ser una cena muy cómoda — musitó Jimena sin apartar su mirada de punto fijo en la lejanía.

—No creo que seas tú quien deba disculparse… — respondió Macarena colocándose a su lado.

—Bueno… al fin de cuentas, los comentarios van dirigidos hacia mí… — Jimena levantó la cabeza y fijó su mirada en el cielo estrellado — es por mi presencia que se han producido — musitó con un tono lleno de resignación.

—No tenéis muy buena relación… ¿Verdad? — preguntó curiosa Macarena.

—Desde que le dije que dejaba la carrera de derecho, su actitud cambio… — Jimena desvió levemente su atención hacia Macarena para luego volver a mirar a la lejanía — antes de eso, yo era su ojito derecho…

—Pero eres una arquitecta de prestigio — Macarena se giró y fijó su mirada en el perfil de Jimena — con muchos proyectos fuera y dentro de España, debería estar orgulloso.

—¿Y tú cómo sabes que soy una arquitecta de prestigio fuera y dentro de España? — Jimena se giró y sus ojos se cruzaron con los de Macarena, mantuvo su mirada esperando una respuesta sincera por su parte, aunque la idea de que Gonzalo le hubiese hablado de ella, pasó por su

cabeza, pero pensó que no serían elogios precisamente.

—Google — Macarena respondió con un tono notable de despreocupación mientras se encogía de hombros.

—¿Me has investigado? — Jimena miró a Macarena con los ojos entrecerrados y luciendo una tímida sonrisa que intentaba contener sin mucho éxito.

—Iba a convivir contigo durante una semana… — dijo Macarena con un palpable tono divertido y cuando sintió la profundidad de los verdes ojos de Jimena sobre ella, desvió su mirada hacia los árboles que había en la lejanía — y Gonzalo no habla de ti… ni tan siquiera es capaz de pronunciar tu nombre… no sabía de tu existencia hasta que hemos llegado aquí.

—Lo siento también por eso… — Jimena no dejó de observar a Macarena, pese a que ella continuaba con su atención en algún punto perdido en la oscuridad — no debe ser plato de buen gusto, descubrir todo lo que existe entre Gonzalo y yo…

—Tranquila… — Macarena desvió su atención a Jimena una vez más, clavando sus ojos en los de ella — has resultado ser más interesante que molesta… — ambas sonrieron ampliamente tras la sincera confesión por parte de Macarena.

La tensión entre ellas era tan palpable que casi era una sensación sólida. Los nervios traicioneros que habitaban en el estómago de Jimena, se convertían en remolinos de emoción que comenzaban a arrasar con su interior. Todo aquello estaba resultando algo fuera de lo común, pero de cierta manera, se sentía aventurera junto a Macarena y su subconsciente proyectaba imágenes demasiado perversas, hasta el punto, de que se le secaba la boca si pasaba más de quince segundos perdida en sus ojos. Sus miradas se encontraron de nuevo y se rindieron a la comodidad del silencio entre ambas. Macarena desprendía algo especial que hacía sentirse bien a Jimena, la tranquilidad que disfrutaba cuando hablaban, era una sensación nueva que la conducía a mostrarse como realmente era, sin dobleces, sin apariencias forzadas. Sus miradas eran profundas, sus sinceras sonrisas estaban destinadas a alimentar el huracán que comenzaba a nacer en su interior y ninguna que era capaz de reconocer en ese preciso momento. Pasaron unos minutos en completo silencio sin bajar la mirada y cuando Jimena fue consciente de la intensidad con la que Macarena la estaba mirando, asintió sin perder la sonrisa y giró sobre sus talones para alejarse de allí. Escabullirse del origen de un peligro abrumador. Jimena regresó por el mismo camino que había recorrido minutos antes, caminaba contoneando las caderas de una forma muy sugerente, era un movimiento tan hipnótico que para Macarena no pasó desapercibido cada paso que dio mientras se alejaba de ella. Fue incapaz de apartar la vista de cada movimiento de su cuerpo. La mente de Macarena, acabó traicionándola de la forma más vil en la que lo podía hacer, comenzó a imaginar cómo sería tenerla entre sus brazos, probar el sabor de sus labios, erizarle la piel, dejando besos húmedos recorriendo cada rincón de su cuerpo. De pronto, sintió una punzada en su bajo vientre, que se transformó en una humedad incipiente que emanaba de su sexo. Sorprendida por el efecto que causó Jimena en su cuerpo, tuvo la necesidad de quedarse durante unos segundos protegida por la oscuridad que la envolvía e intentar serenarse.

Los ojos de Lucca recorrieron, sin ningún pudor, la esbelta figura de Jimena a cada paso que la acercaba hacia él. Una sonrisa distraída bailaba en sus labios y un tamborileo rítmico con sus dedos sobre la mesa, desgastaban sus nervios por la imponente imagen que le ofrecía Jimena. Macarena seguía a Jimena a una distancia prudencial, sus ojos continuaban hipnotizados por cada uno de sus movimientos, por cada reacción, y cada vez que los ojos verde aguamarina de Jimena, se clavaban en los suyos, dejaba al descubierto su alma desnuda e indefensa. Macarena se sentía confusa, sus emociones eran un lío desastroso, la actitud cariñosa de Jimena con Lucca, llegaba a un límite que le resultaba casi desesperante y odiaba sentirse así sin ninguna razón

aparente. Llegada a una hora bastante intempestiva, todos comenzaron a levantarse despidiéndose con un *"buenas noches"* para dirigirse directamente a la cama y poder descansar, pero Jimena se quedó rezagada junto a Lucca y sonreía por algo que él le dijo al oído. Macarena echó la vista atrás antes de cruzar la puerta colgada del brazo de Gonzalo y una mueca de preocupación surcó su rostro. La imagen de Jimena y Lucca, quebró algo en su interior incapaz de gestionar o reconocer. Su respiración se incrementó agitadamente, apretó los labios en una fina línea, resignada y derrotada, se marchó con Gonzalo cabizbaja. Lejos de esa reacción, los ojos de Lucca recorrieron cada una de las curvas de Jimena descaradamente, hizo un largo camino hasta llegar a sus labios, se detuvo ahí con premeditación y alevosía, una sonrisa que desprendía la altanería y la prepotencia que lo caracterizaba, se abrió paso entre sus labios. Jimena pintó una sonrisa en sus labios como un acto reflejo en respuesta a la actitud del chico italiano. Lucca eliminó cualquier distancia entre ellos y se atrevió a acariciar levemente su labio inferior con la punta de su lengua, se inclinó un poco más y rozó sus labios, su aliento acaricia los suaves y sugerentes labios de Jimena. Fue un beso tierno y delicado, Lucca se tomó el tiempo necesario para disfrutarlo de una manera tan lenta que resultaría envidiable para el resto del mundo. Era ameno y desprendía una tranquilidad que te recordaba a una naturaleza espontánea que te sorprende, el centro de Jimena se contrajo y se removió impaciente, era la emoción anticipada ante un beso deseado. La intensidad del beso fue disminuyendo y se separaron lentamente, Lucca hacía gala de su sonrisa encantadora y su mirada mostraba una oscuridad más intensa que otras veces, mientras que a Jimena le estaba costando cada vez más forzar la sonrisa. En ese momento, no reconoció la decepción que le invadió al abrir los ojos, en su subconsciente, navegaba el deseo de descubrir a otra persona que nada tenía que ver con el chico guapo italiano que tenía frente a ella.

Jimena reconocía, en su interior, el sentimiento de emoción y de anticipación y no le permitía caer en los brazos de Morfeo, sabía perfectamente que su insomnio se debía al revoloteo de las mariposas que invadían su estómago y ese zumbido era lo que le impedía cerrar los ojos. Se encontraba en la penumbra de su habitación, conteniendo los gritos desesperados que morían en su interior. Su simple recuerdo le resultaba cálido y, tal vez, no era capaz de vislumbrar con claridad que, el encuentro con Macarena, estaba siendo distorsionado por el beso con Lucca. Jamás una noche le resultó tan larga, en su mente retumbaba la misma pregunta una y otra vez, ¿qué sucedería al día siguiente.

No había conseguido pegar ojo en toda la noche, la presión que sentía en el pecho y que era incapaz de reconocer, la acompañó durante todo su desvelo. Se desperezó, estiró sus brazos por encima de su cabeza para luego, alargar una mano por el resto de la cama buscando a Lucca, pero solo encontró un espacio vacío. Se incorporó y descubrió una nota sobre su mesilla, *"he salido a correr, te veo en el desayuno"*, Jimena acarició con sus dedos la letra escrita a mano y sonrió resignada. Una batalla, sin sentido, comenzó a librarse en su interior. Una idea absurda, disparatada e irracional, se instaló en su subconsciente durante sus horas de vigilia, golpeando con tanta fuerza que comenzó a coger tanto peso, que cuanto más lo pensaba, menos locura le parecía. Un sentimiento lleno de curiosidad y empujado por una necesidad irracional hacia Macarena, había crecido durante toda la noche y se había instalado en su psique. Ahora tenía un

arduo trabajo, encontrar la fórmula para saciar ese deseo hacia la novia de su hermano Gonzalo. Así que la batalla que reinaba en su interior, se trataba de encontrar la forma de gestionar como alejar su deseo por Macarena y la idea de usar a Lucca, parecía la única salida posible, pero el hecho de que ella había pagado por sus servicios, no le permitía dejar al libre albedrío ese deseo. Porque si se acostaba con él, estaría pagando por sexo. Y ella no era de esas. Perezosa, se levantó y se fue directa a la ducha, tres días más y la semana familiar llegaría a su fin, tan solo faltaban un par de eventos, los más importantes, pero luego de eso, podría aclarar todas las cosas que estaba viviendo durante su estancia en casa de sus padres.

Lucca entró en la cocina, sediento, después de estar algo más una hora corriendo alrededor de la finca, necesitaba sacar toda la energía que había acumulado durante estos días llenos de una abstinencia sexual a la que no estaba acostumbrado. Siempre tuvo una vida social muy ajetreada, tan intensa que se había acostumbrado a saciar su deseo, prácticamente, a diario. Llenó un vaso de agua hasta el borde y sin respirar, sació su sed de un solo trago.

—¿Sales a correr tan pronto todas las mañanas? — el tono de voz de Gonzalo era áspero.

Gonzalo bebía pequeños sorbos de su café mientras miraba de una forma inquisidora a Lucca apoyado sobre la mesa detrás de ellos.

—Buenos días… — musitó Lucca, el duelo de miradas entre ellos, era intenso — es la mejor hora, ¿no crees? — respondió con una sonrisa engreída.

—Prefiero otra clase de ejercicio por las mañanas… — Gonzalo sonreía pícaro desafiando la respuesta de Lucca.

Lucca sonrió altivo y se dispuso a contestar a Gonzalo con un argumento que hiriese su ego y con la misma intención de provocación que había tenido su comentario, pero antes de que fuese capaz de pronunciar la primera sílaba, unos dulces labios sellaron su boca impidiéndoselo.

—Buenos días — el tono de voz de Jimena era alegre.

Jimena le sorprendió con un tierno beso y una sonrisa encantadora. Se colocó frente a Lucca ignorando, por complete, a Gonzalo. No se fiaba de la astucia de su hermano pequeño para indagar en la historia de Lucca y encontrar una estrategia para descubrir la verdadera relación entre ella y Lucca. Temía que cada vez que estuviesen a solas, Gonzalo fuese capaz de manipular a Lucca como años atrás había hecho con ella.

—Buenos días, amor… — Lucca respondía con una enorme sonrisa al beso de Jimena — he visto a tu abuela de camino aquí… estaba arreglando las flores del jardín.

—Sí… — Jimena sonrió al imaginar a su abuela rodeada de flores — ella siempre lo hace a primera hora de la mañana, dice que es cuando las flores son más agradecidas…

—Me ha preguntado si te había regalado tus flores favoritas…

—¿No te ha regalado rosas? Pues menudo novio… — escupió con desprecio Gonzalo, interrumpiendo a propósito la conversación entre Jimena y Lucca.

—No, no le he regalado rosas, porque le he regalado lirios, que son sus flores favoritas — Lucca sonaba tan convincente como petulante.

—Pues en su adolescencia recibió algún que otro ramo de rosas… — detrás de las aparentes palabras inocentes de Gonzalo se escondía una clara provocación — de dudosa procedencia… — guiñó un ojo a Jimena buscando su respuesta llena de ira.

En ese preciso momento, Macarena entró en la cocina y se quedó inmóvil al ver la escena entre los hermanos. Su mirada se desvió a la mano de Lucca que descansaba en la cintura de Jimena, para luego mirar fijamente a Jimena a los ojos.

—Gonzalo, no lo vas a conseguir… — respondió Jimena son una sonrisa que desató la ira de Gonzalo.

—¡No me creo nada de lo que estoy viendo! — Gonzalo se fue de allí con aires de grandeza, sintiéndose ofendido por la actitud de Jimena.

Macarena sonrió sin desviar sus ojos de los de Jimena, mostrando una tímida sonrisa ente sus labios, demostrándole lo mucho que le había gustado su actitud frente a las provocaciones de Gonzalo. Jimena demostró que supo dominar a la fiera que solo despertaba su hermano.

Casi una hora después, todos salieron al jardín y se sentaron alrededor de la mesa, dispuestos a desayunar como cada mañana. El tiempo de la mañana transcurrió entre risas y anécdotas sobre la infancia de Cristóbal, Jimena y Gonzalo, narradas por Carmen. Los invitados, Lucca y Macarena, escuchaban atentos todas aquellas historias llenas de momentos divertidos de cuando eran unos niños. Macarena observaba atenta a Carmen, a los movimientos que hacía con esas manos arrugadas, eran el reflejo de una vida llena de trabajo y sacrificio. A pesar de su vejez, se vislumbraba a una señora que, en su juventud, había sido muy atractiva, una mujer con carácter, luchadora y continuaba conservando esa esencia de matriarca. La abuela, Carmen, había sobrevivido a una guerra civil, a la postguerra y, como ella misma decía, a los revoltosos años ochenta. Era moderna, con un pensamiento libre, una mente abierta y un carácter aventurero. Sus ojos verdes profundos declaraban un amor incondicional por su familia, en especial por Jimena, que siempre fue su ojito derecho. Jimena había heredado esos mismos ojos, unos ojos enigmáticos, profundos y una mirada llena de arte. Macarena disfrutaba escuchando las historias de juventud de la abuela Carmen, admiraba una vida como la suya y que, a pesar de todo, continuase con la actitud de que aún le quedaban cien años por vivir, pero la actitud cariñosa de Lucca hacía Jimena le fastidiaba bastante y resoplaba cada vez que Jimena parecía encantada con sus atenciones.

Una niña muy feliz

Hoy era el día que se reunían para comer todos juntos, la familia Martín-Doménech y la familia Peralta, dos de las familias más poderosas de Sevilla. Cristóbal y Cayetana, llevaban juntos desde el instituto, la relación que mantenían, era el orgullo de ambas familias. Cristóbal era el primogénito de la familia Martín-Doménech y Cayetana, hija única y heredera de todo el patrimonio de la familia Peralta, estaba claro que se iban a unir en sagrado sacramento, dos de las familias más poderosas de Sevilla. Casi se podía asemejar a una boda perteneciente a la realeza. Faltaba poco más de un par de horas para la comida familiar y después del desayuno tan ameno por parte de la abuela Carmen, contando mil anécdotas de su juventud y de la niñez de sus nietos, Jimena y Lucca decidieron dar un paseo por los alrededores de la casa. Hicieron todo el recorrido, cogidos de la mano, eran conscientes de que todas las miradas recaían sobre ellos y en especial la mirada inquisidora de Gonzalo. Desde que percibió la posibilidad de que Jimena volviese a ser el ojito derecho de su padre y volviese a peligrar su puesto en la empresa, comenzó a planear como volver a desbancar a su hermana, sentía la necesidad de tirarla del pedestal donde la colocaban sus padres cada vez que mostraban lo orgullosos que se sentían de ella. Gonzalo aprovecharía cualquier oportunidad para desenmascarar a Jimena, algo en su interior le gritaba que la relación que mantenía Jimena con Lucca, no podía ser tan perfecta como aparentaba.

—Tuviste que ser una niña feliz, creciendo en un lugar como este… — dijo Lucca mientras admiraba la gran extensión de terreno que les rodeaba.

—Sí… — Jimena miró a la lejanía y ensanchó su sonrisa — fui muy afortunada, siempre me sentí libre.

—¿Por qué decides irte de un lugar como este? — Lucca se detuvo y señaló a su alrededor — solo llevas unos pocos días aquí y estás risueña, despreocupada, alegre, no tienes nada que ver con la Jimena que conocí en Málaga…

—¿Estás intentando decirme que pensabas que era un ogro? — Jimena fingía estar ofendida, pero la sonrisa que lucía la delataba.

—No, no, para nada — Lucca respondió con una sonrisa similar a la de ella — solo digo que estás diferente… estás feliz…

—Porque así es como me siento — Jimena inhaló todo el aire que entró en sus pulmones y lo contuvo durante unos segundos para luego sacarlo de golpe — este siempre ha sido mi remanso de paz.

—¿Y cómo acabas en el centro de Málaga como cualquier cosmopolita? — Lucca sentía una curiosidad emergente al descubrir con las comodidades con las que Jimena podría vivir en Sevilla bajo el amparo y protección de su familia, sin embargo, decidió alejarse de todo eso.

—Pues verás… — la sonrisa de Jimena se transformó en una sonrisa llena de melancolía al recordar aquella época — cuando quise estudiar arquitectura en vez de derecho, para acabar siendo una respetable gran abogada como mi padre, hubo un gran revuelo en mi familia… si además a todo eso, le sumas que llevaba tiempo sufriendo las amenazas por parte de Gonzalo… no sé… solo necesité alejarme, irme del nido familiar… — Jimena se detuvo junto a la valla de madera para observar a los caballos que corrían por el verde prado — además, pensé que para

mí, sería mejor que mi trabajo no fuese ligado al apellido de mi padre, o nunca sabría de lo que era capaz… y bueno, cuando llegó el momento, mi amiga, mi alma gemela, mi incondicional compañera de aventuras… — Jimena ensanchó su sonrisa al hablar de su amiga — mi amiga Laura, me apoyó y no dudó, ni por un momento, mudarse conmigo a Málaga… nos arriesgamos con un proyecto no muy grande, pero eso nos llevó a otro y luego a otro… y poco a poco salimos adelante con el estudio… hasta el día de hoy… — se giró y miró a Lucca sonriendo — que creo que nuestro estudio de arquitectura funciona bien…

—Bueno, yo diría que mejor que bien — Lucca se acercó a Jimena reduciendo la distancia entre ellos intencionadamente — tenéis muy buena reputación… se habla muy bien de vuestro trabajo, es un estudio con muy buena fama.

—¿Y tú cómo sabes eso? — preguntó Jimena siendo suspicaz.

—¿Recuerdas uno de mis trabajos? — Lucca sonreía divertido.

—¿Uno? ¿Tienes más? — preguntó Jimena sorprendida.

—Sí, soy un chico formado, tengo un trabajo serio — Lucca sonrió al ver la cara de Jimena — estudié informática y hablo tres idiomas… — Lucca se sentía orgulloso de sus logros en la vida.

—¿Y cómo un chico joven con un trabajo bien remunerado acaba siendo chico de compañía en sus ratos libres? — Jimena intentó ser cauta con su pregunta, tenía la esperanza de obtener respuestas al montón de dudas que almacenaba en su mente ante tantas revelaciones.

Lucca sintió una confianza que calentaba su pecho, miró a Jimena a los ojos y descubrió que podía abrirse en canal frente a ella sin temor.

—Pues primero, te diré que trabajo de recepcionista de una multinacional — Lucca sonreía contagiando a Jimena — así que, lo de bien remunerado es discutible… pero espero que algún día me asciendan a informático, qué para eso me formé… — la conversación viajaba entre tonos divertidos y cómplices, algo se movía en el aire que los envolvía y que hacía que los dos se sintiesen cómodos estando juntos — y lo de chico de compañía… pues bueno… todo empezó por una clienta a quien le tengo mucho cariño, hacía unos años que se había quedado viuda… esa misma semana tenía un evento social al que debía ir y no se sentía capaz de afrontarlo sola… así que se me ocurrió la idea de ir con ella y ser su acompañante, la noche resultó ser un éxito… desde esa misma noche recibí algunas llamadas de algunas conocidas suyas y una cosa llevó a otra… — Lucca desvió su mirada de nuevo hacia la lejanía — este trabajo me ayuda a pagar las facturas y mantener el nivel de vida que quiero… además no tiene mayor sacrificio que el de aparentar un papel diferente cada vez… y está bien pagado… — sonrió ampliamente al oír la risa de Jimena.

—Y tan bien pagado, no eres nada barato… — respondió Jimena en tono jocoso y sonriendo.

—Doy el mejor servicio que puedas encontrar — Lucca le devolvió la sonrisa mientras daba una vuelta sobre sus pies para lucirse.

—Qué aspiraciones caras tendrás para tener ese precio… — Jimena entrecerraba los ojos mirándolo de una forma divertida.

Lucca miró al frente, respiró profundo y sin mirarla, contestó sinceramente, llegados a este punto, no podía dar un paso atrás.

—Una casa… la casa de mi abuela Pía en Montalcino, en el norte de Italia — Lucca se encogió de hombros.

—¿Le vas a comprar la casa a tu abuela? — preguntó Jimena sorprendida.

—No, voy a pagarle la deuda que mi padre le dejó por culpa del juego… — Lucca se volvió hacia Jimena con una mirada visiblemente emocionado — es mi única familia, ella me dio todo lo que tenía para que yo pudiese tener una buena vida aquí en España… ha vivido toda la vida en

esa casa… no puedo permitir que se la quede el banco… — Lucca miró a Jimena y sonrió conmovido — además siempre dijo que la heredaría yo, soy su único nieto…

—Vaya… — Jimena jamás imaginó una historia tan tierna detrás de un chico que se dedicaba a ser acompañante de mujeres ricas, más bien, esperaba una vida llena de caprichos.

—¿Sabes? Se parece bastante a esto… — Lucca señaló los pastos a su alrededor — es una casita en medio del campo, tiene un pequeño viñedo y en medio nace una fuente que tiene agua todo el año…

En ese preciso instante, Jimena cayó en la cuenta de lo humano y real que era Lucca. Lejos quedaba la frialdad que acompañaba la fama de su oficio, detrás de esa fachada de chico distante, quizá algo frívolo, había un chico alegre, con modales y muy inteligente, que además tenía problemas reales como el resto de los mortales.

—¿Volvemos? — Lucca sintió la necesidad de salir corriendo después de confesar su verdad más sincera.

Era incapaz de mirar a Jimena a los ojos, jamás se había sentido tan vulnerable con nadie. Nunca había sido capaz de quitarse la armadura con tanta facilidad. ¿Qué le pasaba con esta mujer que derrumbaba todas sus barreras?

—Sí, de acuerdo — respondió Jimena sin darle mayor importancia al cambio tan repentino de Lucca.

Tras un camino de vuelta en completo silencio, Jimena y Lucca llegaron al jardín junto al resto de invitados que charlaban agradablemente, mientras cada uno sujetaba una copa en la mano y disfrutaban del buen día que se había presentado. Rocío, como la buena anfitriona que era, no había escatimado en la preparación, no faltaba un solo detalle. Todo el jardín estaba decorado con distintas flores frescas, un hilo de música clásica amenizaba el ambiente y los camareros de guante blanco, mostraban su profesionalidad en cada paso. Jimena mostraba su buena educación, saludó a todos los familiares, tanto de su familia como de la de su futura cuñada, con un par de besos, luciendo su sonrisa más encantadora. Una tía de Cayetana la retuvo para preguntarle sobre su vida y conseguir algún cotilleo con el que saciar su hambrienta curiosidad, Jimena, cansada de tanto interés por su vida, alejó su mente de la insulsa conversación que continuaba manteniendo la mujer, su mirada se desvió por encima de su hombro y descubrió a Macarena llamando la atención de un camarero que llevaba una bandeja repleta de copas de vino, ella lució su mejor sonrisa y cogió una copa con gran destreza para no tirar la demás. La mirada de Jimena la seguía con cautela, observando cómo Macarena se deslizaba con algo de timidez alrededor de la mesa llena de canapés, una sonrisa se escapó entre sus labios al descubrirla leyendo atentamente cada uno de los cartelitos que describía cada plato. Claramente, su objetivo era conseguir el canapé más sabroso. Macarena caminaba tan concentrada para intentar decidirse ante tanta variedad de deliciosos bocados que, sin darse cuenta, acabó plantada junto a Federico y Rafael mientras mantenían una conversación entre ellos.

—Me gustaría plantar uva Macabeo y hacer nuestro propio cava, pero Rocío no lo ve claro… — comentaba Rafael mientras Federico le prestaba toda su atención a su hijo — dice que quiere un vino diferente…

—Rafael, hijo… — Federico dio un sorbo a su copa y continuó hablando — yo creo que el cava se lo deberíamos dejar a los catalanes, nuestro clima es para una uva de mosto… — señaló al cielo con la mano que sostenía la copa — o incluso de chardonnay…

—Pero ya hay viñedos de eso… no sé papá… — Rafael negaba con la cabeza antes de beber de su copa — yo buscaría algo para que nos haga destacar en el mercado… que nos permita romper moldes…

—Uva Trebbiano Toscano — sentenció de repente con seguridad Macarena detrás de ellos.

Rafael y Federico desviaron su atención hacia ella al ser interrumpidos, Macarena sonreía tímidamente ante la mirada inquisidora que recibió por parte de Rafael.

—Pero tú que sabrás niña… — musitó Rafael.

—Rafael, déjala hablar… — Federico la miraba lleno de curiosidad — ilumínanos joven… — su tono era una mezcla de diversión y curiosidad.

Macarena tragó saliva lentamente y carraspeó antes de exponer su idea sobre plantar una nueva uva y poco conocida.

—Es una variedad de vid italiana, es uva blanca… — Macarena dio un paso al frente colocándose junto a Federico — que produce vinos frescos y afrutados….

—Como cualquier bodega que produce verdejo… — Rafael le respondía lleno de desconfianza, pensando que su idea era, como mínimo, ridícula — no me convence…

—Pero lo que los vinicultores no saben… — Macarena sonreía ampliamente, molestando visiblemente a Rafael — es que, si se vendimia de noche, conservas a la perfección sus características y propiedades, conservando una alta acidez que es perfecta para producir coñac… — Macarena dio un pequeño sorbo a su copa y continuó — y los excedentes se pueden aprovechar para fabricar vinagre balsámico, que junto con el aceite de oliva virgen que ya fabrican en la finca… creo que sería una combinación perfecta para irrumpir como un elefante en el mercado.

Rafael cambió a una postura más relajada y Macarena se dio cuenta de que su idea no le había disgustado tanto como había presagiado.

—No me parece una mala idea… — Federico sonreía complacido por la capacidad de la joven para ver un posible negocio — además aprovecharías todo el caldo…

—Sí, suena novedoso… y muy productivo… — Rafael parecía al fin satisfecho por la interrupción de Macarena.

—Lucca — Federico llamó la atención del chico italiano que pasaba juntos a ellos cogido de la mano de Jimena — ¿Qué opinas de la uva Trebbiano Toscano?

—Lo siento, don Federico… — Lucca levantó su copa — yo de uva… solo sé bebérmela una vez que, ustedes, los expertos, la han destilado… — Lucca sonrió a Macarena y la señaló con la copa — pero es cierto que Italia está llena de productos como ha descrito la señorita… sabe de lo que habla — dio un gran sorbo a su copa y le dedicó una sonrisa engreída a Macarena.

Lucca vio como la respuesta de Macarena lo dejaba en una situación de desventaja frente a Jimena y a su familia, de pronto, sintió como una rivalidad contra Macarena, comenzaba a crecer en su interior, pero sin ser capaz de descifrar de donde nacía ese sentimiento, le dedicó una mirada llena de rabia. Macarena descubrió toda la intención en el brillo de la mirada de Lucca, bebió el último sorbo de vino que quedaba en su copa y desvió su mirada hasta encontrar los ojos verdes que, desde hacía días atrás, se habían convertido en sus favoritos. Jimena descubrió la sonrisa de satisfacción que se abría paso entre los labios de Macarena mientras la miraba fijamente, sintió un pellizco en estómago y actuó en consecuencia contra ese desafío. Acercó su cuerpo al de cuerpo de Lucca, acarició detenidamente su brazo y dejó un beso en su mejilla, bastante cerca de la comisura de sus labios, provocando una mirada llena de rabia en Macarena. Lucca, sorprendido por la acción de Jimena, se giró y la miró fijamente a los ojos, ambos se fundieron en una sonrisa complacida. Macarena, por su parte, todavía endureció un poco más su gesto y se removió, sintiéndose bastante incómoda al ver aquel gesto de complicidad que existía entre ellos. Desvió toda su atención al suelo, se sentía confusa, no entendía de donde provenía el calor que invadía su torrente sanguíneo, pero entre tantas dudas, pudo encontrar la fuerza

suficiente para aguantar la compostura frente a todos y, sobre todo, frente a Jimena. Ante el mismo gesto de Lucca hacia Jimena, Federico hizo una mueca poco disimulada, Lucca tenía algo que al abuelo de Jimena no le terminaba de gustar. Desde que lo vio entrar al salón con su nieta colgada de su brazo, lo catalogó como un perdonavidas del tres al cuarto. Gonzalo hizo su aparición en medio de toda esa escena y se colocó junto a Macarena, interrupción que aprovechó Federico para desviar su atención y dejar fuera de su campo de visión al petulante de Lucca.

—Hijo, no la dejes escapar — Federico le aconsejó a Gonzalo mientras miraba muy sonriente a Macarena — es una joven extraordinaria.

La mirada de Macarena buscó inconscientemente a Jimena, llevándose una grata sorpresa al descubrir que la estaba mirando fijamente y sin disimular. Sus miradas destelleaban, aunque por diferentes motivos, la mirada de Macarena, brillaba por la satisfacción ante el reconocimiento que acababa de recibir por parte de Federico y Rafael, mientras que la mirada de Jimena, brillaba de pura cólera al descubrir a Gonzalo acariciar la cintura de Macarena con total libertad mientras la estrechaba contra su cuerpo. La confusión que Macarena provocaba en su interior, se mezclaba con la decepción al descubrir que Lucca no era del agrado ni de su padre, ni de su abuelo, por no tener ni idea de las diferentes uvas que había en Italia, entre otras cosas.

Desde su posición, Jimena podía observar, disimuladamente, todos los movimientos de Macarena y sin perder de vista a Gonzalo. Observaba con curiosidad la interacción que Macarena tenía con los invitados que, a pesar de no conocer a nadie de las dos familias, se defendía con mucha destreza y habilidad. Tenía que reconocerlo, una parte de ella estaba rabiosa por los celos, le gustaría que Lucca fuese capaz de causar la misma sensación y así recibir el mismo trato que estaba recibiendo ella, pero, por otra parte, y la menos comprensible a su razonamiento, estaba deseando que Macarena le brindase toda su atención a ella exclusivamente. Cansada de ser testigo ante tantos halagos hacia Macarena, Jimena arrastró a Lucca lejos de aquella situación y se sentaron junto a su abuela Carmen. Con ella, Jimena se sentía a salvo, ella siempre fue su zona de confort.

—Abuela… — Jimena y su abuela se fundieron en un abrazo — ¿cómo estás?

—Hija mía… cómo te echaba de menos — dijo Carmen dentro del abrazo.

Pasaron unos minutos hablando sobre algunos de los invitados que, simplemente, aparecían en eventos familiares cuando la comida era gratis. Un rato de risas y cotilleos, junto a su abuela, consiguieron despejar su mente.

—Hola… — susurraron de repente junto a Jimena.

El dulce timbre de la voz de Macarena, produjo una reacción en Jimena que casi rozaba el terror. Sintió como si su sangre abandonaba su cuerpo lentamente y una tensión incontrolable se arraigó en cada músculo de su cuerpo, soltando de forma repentina la mano de su abuela.

—Abuela… — la voz de Gonzalo sí que produjo terror en Jimena — ¿quieres algo de beber? — Gonzalo lucía una sonrisa de medio lado sin dejar de mirar a Jimena.

—Estoy bien hijo… — Carmen sonreía al sentirse tan querida por sus nietos — qué guapa es tu novia… — dijo la abuela mirando fijamente a Macarena.

—Gracias, doña Carmen — contestó Macarena, sintiéndose triunfadora por haberse ganado el cariño de la abuela.

—Me gustan mucho vuestras parejas…. — Carmen sonreía mientras cogía de la mano a Lucca y a Macarena. Gonzalo simplemente sonreía ante el comentario de su abuela.

—A mí también, abuela — respondió Jimena mirando a Macarena directamente a los ojos.

Macarena le devolvió la mirada con una intensidad palpable y en la cara de Jimena, se

reflejaba un leve rubor al sentirse descubierta. Por su parte, Macarena sabía que ese juego rozaba el peligro, pero en su mente no era capaz de definir si eso le fastidiaba o le gustaba, porque la reacción que Jimena provocaba en su cuerpo traidor, le revelaba que la idea de mantener vivo ese juego, le encantaba demasiado. Un ligero temblor surgió desde su hondo vientre y recorrió todo su cuerpo cuando sus miradas se cruzaron. Los ojos de Jimena la estaban analizando descaradamente, una sonrisa pícara y altanera se abrió paso entre sus labios, sus ojos brillaban más que nunca y los dos charcos verdes con tintes dorados, le sonreían. Macarena se sentía completamente hipnotizada. Lucca interrumpió la escena obligando a Jimena a desviar su atención hacia él, para invitarla a sentarse a su lado y Jimena aceptó educadamente. ¿Al fin de cuentas que más podía hacer? Frente a todos los allí presentes, Lucca era su novio. Jimena sintió el calor de la mirada de Macarena sobre ella y algo en su interior la empujó hasta su lado más rebelde, así que, aunque sonreía amablemente a Lucca por su educación, su mirada no se apartaba de Macarena. Mientras tomaba asiento, permitió que Lucca la acariciase con total confianza, pero su mirada no se desvió ni por un segundo y eso provocó que Macarena resoplase con resignación ante una escena donde Jimena dejaba ver la complicidad que existía entre ellos. Y se alejó de allí, el latido de su corazón era nervioso, potente, casi rozando lo peligroso. Macarena se tuvo que conformar con ver a Jimena desde una distancia prudencial, mientras era Lucca quien disfrutaba de sus atenciones. Jimena se había convertido en una sensación vertiginosa y adictiva, se sentía satisfecha con esa simple opción, Jimena le hacía llegar a lo más alto para luego mantenerla en el borde de una caída precipitada y rápida. Y todo ese desconcierto que provocaba en su interior, la comenzaba a abrumar seriamente y su cerebro se inventaba cortafuegos que pudiesen proteger su cordura. Siempre que uno espera a que sea el otro quien se atreva a dar el primer paso, el camino se hace más largo.

La fiesta de despedida

Era la noche de la despedida de Cristóbal y Cayetana, así que todos estaban en sus habitaciones preparándose para la fiesta. Los novios habían decidido celebrar una despedida conjunta, así habría el doble de diversión. Jimena se encerró en el baño de su habitación para prepararse, dejando a Lucca en la habitación para que hiciese lo mismo. Mientras observaba su reflejo en el espejo, pensaba en lo bien que se había desenvuelto Lucca con su familia durante estos días. Sonreía satisfecha, al recordar lo bien que se le había dado salir al paso en cada una de las conversaciones con los distintos invitados que pasaron por casa de sus padres en cada evento. Su mente fue divagando y su sonrisa se ensanchó cuando Macarena se coló entre sus recuerdos, pensó detenidamente en todos los momentos que habían compartido, le sorprendía sentirse tan cómoda con ella, siendo natural y alegre con su compañía, siendo ella misma. ¿Macarena se sentiría igual que ella?, sacudió la cabeza sin perder su sonrisa, intentaba evitar que los pensamientos sobre Macarena ocupasen su mente, ya que, últimamente, era lo que sucedía durante más tiempo del que era capaz de reconocer. Su lucha interna se debatía entre diferenciar si era adecuada esa especie de atracción irrefrenable que sentía por la novia de su hermano o se debía a una venganza inconsciente en contra de Gonzalo, por todo lo que le había hecho pasar en el pasado. Lo que tenía claro, era que Macarena era una mujer fuera de lo común y estaba segura de que, en otras circunstancias, su conexión habría evolucionado a otro tipo de relación. Sus latidos se aceleraron al recordar la curva perfecta que dibujaban sus labios cada vez que sonreía, pero lo que de verdad le cortaba la respiración, eran esas miradas cómplices que le dedicó en más de una ocasión sin importarle quienes había a su alrededor. Macarena había demostrado un interés inusual hacia las atenciones de Jimena y eso era algo que la desconcentraba por completo. Entonces, Jimena cayó en la cuenta de que podría existir una posibilidad por muy remota que fuese, tenía que hablar con Macarena y descubrir si a ella le sucedía lo mismo. Con lo sencillo que parecía, lo difícil que era en realidad. Decidida a resolver todas sus dudas, Jimena se encaminó lanzada a buscar a Macarena antes de la despedida, pero al cruzar la puerta del baño y entrar en su habitación, se topó con Lucca mirando por la ventana mientras hablaba por teléfono. Vestía un pantalón negro ajustado, marcando un trasero muy apetecible, Jimena ladeó la cabeza y se mordió el labio inferior, sonrió al descubrir lo traviesa que podía llegar a ser su mente. Lucca había sido muy galante desde que llegaron a casa de sus padres, se mostró cariñoso y atento con ella frente a todos los invitados, hasta se había preocupado en memorizar cada detalle que le había explicado antes de viajar a Sevilla. Jimena dio dos pasos silenciosos con la intención de sorprenderlo, pero la conversación que estaba oyendo, la obligó a detenerse de golpe. Se quedó estática en el mismo sitio, su corazón latía más deprisa y con más fuerza, puso toda su atención en la conversación que Lucca estaba manteniendo y cada palabra que escuchó, le recordaron que entre ellos solo existía un burdo y necesitado negocio.

—Lo siento señora Cortázar, hasta la próxima semana no podremos vernos… si de acuerdo… yo reservaré… muy bien… me apetece muchísimo… sí, le llamaré con los detalles… un beso señora Cortázar… gracias — Lucca se despidió con un tono cariñoso y colgó el teléfono.

La transacción económica que mantenían entre ellos, fue más real que nunca. Jimena se sintió

un objeto codiciado por una suma de dinero más que generosa. La realidad le golpeó como un témpano de hielo, todos y cada uno de los detalles que tuvo Lucca durante estos días, escondía un precio. Todo era fingido.

—Jimena, estás… ¡Increíble! — Lucca se dio la vuelta nada más colgar y se quedó sin aliento al ver el vestido gris que lucía Jimena.

—Gracias, supongo… — Jimena ni tan siquiera intentó disimular su desagrado — vamos, nos están esperando.

Estaba molesta, estaba enfadada, ¿quién sería esa tal señora Cortázar?, ¿otra clienta?, o peor aún, ¿un ligue? Jimena acababa de comprender, de la forma menos delicada, que todos los detalles, todas esas sonrisas, todas esas caricias, eran obtenidas por un, no tan módico, precio. Su ego estaba herido, aunque fuese incapaz de reconocerlo.

Los invitados que asistían a la despedida, habían quedado en la misma puerta de la discoteca. Cristóbal y Cayetana habían pasado la tarde juntos aprovechando que, por la tradicionalidad de ambas familias, no les iban a permitir dormir juntos esa noche. Jimena y Lucca fueron los últimos en llegar. Jimena se había mantenido distraída durante todo el trayecto en el taxi, a Lucca le pareció extraño su comportamiento, tuvo la mirada fija por la ventana observando las calles por donde iban pasando y apenas contestaba con monosílabos a sus intentos fallidos para iniciar una conversación. Esa fue su forma de revelar que no tenía ninguna intención de mantener ningún tipo de conversación y, mucho menos, con él. Cuando el taxi se detuvo, Jimena se bajó tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar a Lucca, lo ignoró por completo, pero cuando estaban a escasos metros de la puerta y visualizó a todos los invitados a la despedida de su hermano mayor, le dio la mano a Lucca con un gesto nada cariñoso, más bien con mucha exigencia. Tocaba fingir, pensó Lucca. Al llegar a la altura de todos los invitados, Jimena y Lucca, saludaron afectuosamente a cada uno de ellos, cuando llegó el turno de saludar a Gonzalo, Jimena y él decidieron ignorarse. Retrocedió para volver a quedarse junto a Lucca a la espera de entrar todos juntos, pero una imagen frente a ella la dejó embelesada. Jimena descubrió a Macarena entre la multitud, lucía un vestido rojo ceñido al cuerpo, haciendo justicia a cada una de sus curvas, un escote vertiginoso, pero controlado y con una abertura que dejaba contemplar su pierna izquierda a cada paso que daba y al final de esas esculturales piernas, lucía unos zapatos negros de tacón de aguja que realzaba su atractiva silueta. Jimena respiró dos veces intentando recobrar la compostura, la imagen de la novia de su hermano Gonzalo no la dejó indiferente. Macarena se acercó sin mediar palabra con toda la intención de saludar a Jimena, se encontró con la sorpresa de que su garganta no era capaz de producir ningún sonido coherente. Macarena sonrió al ver el efecto que causó en Jimena y depositó la mano en su cintura con toda la confianza que habitaba en su interior, la estrechó contra ella aprovechando el acercamiento que precisaba el saludo y le plantó un beso lleno de intenciones en la mejilla. Se miraron a los ojos al separarse levemente y se sonrieron. Un leve temblor recorrió el cuerpo de Jimena poniéndola en alerta, estaba demasiado expuesta ante la profundidad de sus ojos. Volvió a centrarse en Lucca para huir del extraño embrujo que le invadía cada vez que estaba cerca de Macarena. Jimena continuó presentando a su “encantador novio italiano” a los amigos de su hermano Cristóbal y lo hacía casi de forma automática, pero de una manera un poco atropellada y con muy poco tacto. El chico italiano no podía parar de preguntarse si el comportamiento de Jimena, se debía a algo que él había hecho, o, simplemente, se sentía saturada por fingir una relación perfecta frente a todos sus seres queridos.

Lejos de descubrir que sucedía ente Jimena y Lucca, o entre Jimena y Macarena, todos los invitados entraron en la discoteca sin dejar de hacer bromas y reír a carcajadas. Una vez dentro,

Cristóbal se fue directo a la barra con la clara intención de invitar a la primera ronda, siempre acompañado de Cayetana, que estaba junto a él en todo momento. Estaban felices por celebrar su despedida, rodeados de esa familia que se elige, esa familia que es de tu propia elección y que siempre está cuando la necesitas. Todos gritaron mientras levantaron la copa en la mano y generalizaron un brindis por los novios. El ambiente festivo que desprendían todos juntos, prometía una noche animada, llena de diversión. Lucca estaba entretenido hablando con un amigo de Cristóbal, que se declaraba un amante de Italia, de cierta forma se refugiaba en la banalidad de la conversación sobre su país natal, intentando darle a Jimena el espacio que creía que podía necesitar.

La noche avanzaba divertida, todos los invitados estaban entregados a los últimos éxitos musicales que sonaban cargando el ambiente y empujando a cada uno de ellos a la diversión. Pasadas unas horas desde que empezó la despedida y con un, todavía aceptable, grado de alcohol corriendo por su torrente sanguíneo, Jimena comenzó a bailar con Lucca con una soltura llena de confianza que le permitía moverse perfectamente al mismo ritmo que su acompañante. Estaban rodeados por los amigos de Cristóbal y Cayetana, pero, aun así, Jimena era capaz, desde su posición, de observar disimuladamente a Macarena mientras se movía con mucha destreza por toda pista. Sus movimientos eran hipnóticos, sensuales y seductores, Jimena comenzó a ser incapaz de concentrarse en su pareja de baile, intentaba a duras penas seguir el ritmo de Lucca, mientras estaba perdida en aquel sensual espectáculo que le ofrecía Macarena. Lucca se colocó detrás de Jimena, sujetándola por la cintura y siguiendo con maestría cada uno de sus pasos, y cuando llegó el estribillo de la canción, aprovechó la euforia musical para girar a Jimena por la cintura y quedarse frente a frente. La intensidad con la que Lucca se acercó a ella, nublaron las habilidades que Jimena había demostrado durante toda la noche para esquivar sus ataques cariñosos y no pudo resistirse al beso que el chico italiano le robó. Jimena respondió a ese beso con la máxima naturalidad que su estado le permitía, al chico se le notaba la maestría que había adquirido al cabo de los años, pero, aun así, toda esa destreza no incendió su cuerpo como ella esperaba, a pesar de que su interior estaba revolucionado por un huracán de sensaciones que se presumía difícil de calmar. Se fue separando lentamente de los labios de Lucca, luciendo una sonrisa que fingía satisfacción por su atrevimiento, pero desvió su mirada por encima de su hombro para ser testigo de lo que estaba sucediendo a pocos metros de ellos. Macarena estaba bailando de una forma muy sensual junto a un chico que Jimena no reconocía como invitado a la despedida, y mientras el chico tenía el atrevimiento de susurrarle cosas al oído, Macarena no dejaba de reír. Jimena sintió como su torrente sanguíneo se calentaba al descubrir que ese chico sujetaba a Macarena por la cintura con mucha familiaridad, en verdad, con demasiada. El único propósito de esa sujeción, era acercarse todo lo que pudiese al cuerpo de Macarena mientras coordinaban a la perfección cada movimiento guiado por la música. A pesar del huracán que atormentaba su subconsciente, no era capaz de reconocer que ese calor en su torrente, se debía a los celos. Jimena observaba como Macarena demostraba estar cómoda con aquella situación, sonreía cada vez que el chico se acercaba a su cuerpo con la excusa de decirle cualquier tontería. Aquella sonrisa era arrebatadoramente sexy. Jimena comenzó a negar con la cabeza, un impulso casi primitivo, nacía en su interior con tanta fuerza, que no se sentía capaz de controlarlo. Algo arrasaba en su interior con tanto ímpetu, que le provocaba unas ganas descontroladas por devorar la encantadora sonrisa de Macarena. Su cordura era la única que detenía sus pasos, pero cuando su lado impulsivo le gritó que desobedeciese, sacó las fuerzas necesarias para irse al baño en un intento desesperado por detener esa terrible necesidad y corrió hasta que se sintió a salvo lejos de toda aquella provocación tan tentadora. Se apoyó en la puerta dándole un poco de estabilidad a

sus piernas, dio pasos lentos hasta detenerse frente al espejo mientras observaba detenidamente su reflejo y, poco a poco, su respiración volvía a la normalidad. Sentía como su débil cuerpo, le pedía a gritos una estabilidad para poder mantenerse erguido. Se apoyó con ambas manos a cada lado del lavabo y se sujetó con tanta fuerza, que sus nudillos cambiaron a un color pálido.

—Jimena…

La voz de Macarena causó un escalofrío que sacudió su columna con tanta intensidad, que fue como abrir la caja de pandora, descubriendo a conciencia algo que siempre estuvo ahí. Era algo que pocos están dispuestos a aceptar, pudo sentir cómo se liberaba de las cadenas que la ataban a una convencionalidad que nunca había deseado o que no le permitían disfrutar al cien por cien de su deseo real

—¿Estás bien?... te he visto correr hacia aquí… — Macarena dio dos pasos con mucha cautela, dudaba de si acercarse más era lo correcto o un error letal.

Jimena giró levemente su rostro y la miró fijamente, caminó despacio y sonriendo hacia ella. Macarena se quedó inmóvil, sintiendo como la adrenalina corría por todo su cuerpo, provocando la desaparición espontánea de todos sus sentidos, y simplemente, centrándose en la intensidad que desprendía la felina mirada de Jimena. Sus movimientos eran dignos de un depredador a punto de cazar a su presa, paciente y con la delicadeza de quien es consciente de la importancia de lo que iba a suceder segundos después. Aunque, realmente, no lo era. Jimena se colocó a escasos centímetros de su cuerpo, atesorando la belleza y la fragilidad desde una posición privilegiada. El brillo que revoloteaba en los ojos color miel de Macarena, fue lo único que necesitó para lanzarse, por fin, a devorar con vehemencia su boca. Macarena, lejos de sorprenderse, respondió al instante ese atrevimiento, correspondiendo al beso con la misma intensidad que Jimena le ofrecía. Se separaron por la falta de aire, pero no dejaron de mirarse y dedicarse una sincera sonrisa. Se sentían seducidas por cada movimiento lento que ejercía la otra sobre su cuerpo, no eran capaces de dejar de tocarse y no eran conscientes de la sensualidad que desprendían una hacia la otra. Macarena pasó una mano por la cintura de Jimena, acercándose todo lo que pudo a su cuerpo, reduciendo así, la distancia entre ellas al máximo. Acariciaba suavemente su brazo mientras se mordía el labio inferior al sentir la piel aterciopelada de Jimena. El cuerpo de Jimena respondía al tacto y, sin poder ni querer remediarlo, volvió a besar a Macarena, pero esta vez con un beso lleno de urgencia. Una urgencia que no estaba definida, ¿era desesperación por saber que pasaba entre ambas?, o ¿urgencia por sentir algo verdadero que estremecía todo su cuerpo? Jimena sintió el aliento de Macarena una décima de segundo antes de que sus labios golpeasen contra los suyos, se aferró con mucha fuerza al mármol del lavabo que había tras ella, necesitaba aferrarse a algo que le devolviese a la realidad. Sus respiraciones se entrecortaban por la tensión que las envolvía en ese momento. La poca distancia entre sus labios, les permitía disfrutar de un leve roce entre ellos.

—¡¡Jimena!! — Cayetana apareció de golpe por la puerta del baño — tu hermano está fatal… creo que se ha pasado bebiendo…

La desafortunada interrupción obligó a Macarena a dar un paso hacia atrás, despidiéndose del momento tan intenso que acababa de vivir. Saboreó en su subconsciente esos cinco segundos antes de un beso deseado, esos cinco segundos que transcurren tan lentamente que parece que tu vida se detenga. Son esos mismos segundos, donde Macarena se perdió en la profundidad de los ojos de Jimena, donde sus labios dibujaron una curva perfecta, dando paso a una sonrisa tierna, sincera, incapaz de falsificar un gesto así. Fueron en ese corto periodo de tiempo, donde fue capaz de saborear esa boca tan deseada, incluso antes de probarla. Su corazón aceleró sus latidos de cero a cien en esos simples cinco segundos. Su valentía se duplicó y, por primera vez en

mucho tiempo, se sintió invencible. Esos cinco segundos se esfumaron por el aire cuando la voz de Cayetana rompió el íntimo momento entre ellas.

—¡¡¡Mierda!!! — Jimena exclamó mirando al techo — ¿dónde está, Cristóbal? Vamos Cayetana… — Jimena desprendía tanta resignación, que Macarena no pudo evitar reírse por la situación tan irreal que acababan de vivir.

Jimena salió detrás de Cayetana en busca de Cristóbal y Macarena las siguió a una distancia prudencial, cuando se acercaron a la barra, encontraron a Cristóbal sentado en un taburete bastante perjudicado a causa de la ingesta desmesurada de alcohol. Se había empeñado tanto en querer disfrutar al máximo de su última noche como soltero antes de la gran boda, que su fiesta de despedida duró poco más de tres horas. Jimena reflexionó durante un minuto sobre las alternativas que tenía para resolver ese contratiempo, su corazón continuaba latiendo tan rápido como el aleteo de un colibrí, mientras todavía conservaba el sonrojo por la situación vivida unos segundos antes en el baño. Su mirada cambió y su semblante se volvió serio cuando Gonzalo se acercó también a ellos, pero, aun así, su sonrisa continuaba bailando en su interior queriendo escaparse de entre sus labios. Llevar a Cristóbal a casa era la opción más coherente, debía cuidar de su hermano. Lucca enseguida entendió la situación y antes de sujetar a Cristóbal firmemente para ayudarlo a salir del local, pasó una de sus manos suavemente y acarició la mejilla de Jimena con una pizca de resignación. Le dedicó una sincera sonrisa y tras unos segundos, levantó a Cristóbal sujetándolo con firmeza por la cintura y pasó uno de sus brazos por sus hombros para mantenerlo en pie, poco a poco lo condujo fuera del local para poder llevarlo a casa. Gonzalo acercó el coche hasta la puerta del local, Lucca dejó con delicadeza a Cristóbal en el asiento de atrás para luego subirse delante junto a Gonzalo. Jimena subió por una de las puertas, mientras que Macarena, subió por la otra, cada una a un lado de Cristóbal que, cuando sintió el calor de su hermana cerca, se dejó caer y, prácticamente, hizo todo el trayecto recostado en el regazo de Jimena. El camino de vuelta a casa, se hizo eterno, ninguno de los ocupantes del coche, musitó una palabra. Gonzalo pendiente de la carretera en todo momento, Lucca perdía su mirada al frente, pensativo en todo lo que había sucedido durante la noche, Jimena fijó su mirada a través de la ventanilla de su lado, mientras Macarena dividía su atención al camino de vuelta y observar a Jimena de reojo de vez en cuando.

Acostar a Cristóbal se convirtió en una difícil tarea, la cantidad de alcohol que corría por su organismo, no le permitía colaborar, complicando así, la labor de Jimena y Gonzalo. Una vez habían cumplido su propósito, caminaron en silencio por el pasillo, Jimena fijó su mirada en el suelo, pensando en cómo debía gestionar lo que había sucedido con Macarena, la novia de su hermano Gonzalo, en el baño de la discoteca. Resultaba ser un tema peliagudo. Gonzalo se detuvo en la puerta de su habitación y miró a su hermana antes de entrar, pero Jimena decidió continuar hasta llegar al salón, allí se encontró a Lucca y a Macarena hablando tranquilamente.

—Buenas noches… — Lucca dejó un beso en la mejilla de Jimena y desapareció por el pasillo.

—Buenas noches… — respondieron Macarena y Jimena a la vez.

Se quedaron perdidas en la profundidad de sus ojos sin pronunciar nada más. Tras unos segundos, envueltas en un cálido silencio, Jimena se acercó a Macarena para coger con firmeza su mano, y sin mediar una palabra, la condujo por los pasillos hasta llegar a la cocina. Abrió con sumo cuidado la puerta que daba al jardín trasero, intentando hacer el mínimo ruido posible y, así, no despertar a nadie. Jimena se volteó y sonrió a Macarena, que la seguía sumisa ante la firmeza de su sujeción. Jimena se mordió el labio inferior mientras cruzaban el jardín, Macarena continuaba en silencio, pero sin dejar de sonreír al descubrir hasta donde les iban a llevar sus

pasos. Hicieron todo el trayecto en silencio hasta llegar a las caballerizas. El silencio de Jimena se debía a que estaba intentando convencerse a sí misma, de que la confesión de ese impulso se debía a la confusión por el momento vivido entre ellas esa misma noche y la culpa que le quemaba por dentro, se debía al resentimiento que todavía existía entre ella y Gonzalo. Y eso era lo que parecía, una absurda competición entre ella y Gonzalo por puro resentimiento, pero esa misma noche estaba dispuesta a poner fin a su confusión. Cruzaron la gran puerta de las caballerizas y el corazón de Macarena se saltó varios latidos, no le resultó complicado adivinar cuál era la intención de Jimena al llevarla hasta ese sitio en concreto. El deseo que corría por su interior, la empujaba a saciar sus intenciones en la piel de Jimena y lo haría con mucho gusto. Al llegar junto a las balas de paja amontonadas, Jimena se dio la vuelta y, con poca delicadeza, apoyó a Macarena contra la fría pared de madera y, sin esperar un segundo más, se lanzó a devorar su boca con urgencia y desesperación. Macarena se acercó lo suficiente para rozar el cuerpo de Jimena con el suyo, pero no hizo nada más que besarla por un largo tiempo. Las caricias de sus labios eran sensuales y sin prisas, no quería precipitarse en las llamas del deseo, sino que deseaba disfrutar de las cenizas humeantes de la pasión entre ellas. Macarena se atrevió a acariciar la suave piel de Jimena por debajo de su ropa, su tacto era lento e implacable, deslizó los dedos con movimientos tan ligeros como plumas a través de toda su espalda. Las manos de Jimena comenzaron a descender lentamente, recorriendo el abdomen de Macarena con caricias firmes y certeras, descubriendo que las apariencias engañan, su piel era suave y firme, pero era capaz de distinguir sus músculos bien definidos, revelando un cuerpo bien cuidado. Fue descubriendo unas curvas muy definidas, era como si su figura hubiese sido tallada por alguno de los artistas del renacimiento. Su tacto apreció el escultural cuerpo que escondía bajo su ropa. Macarena atrajo con un tierno tirón a Jimena contra su cuerpo, eliminando cualquier distancia entre ellas, por mínima que fuese. Sus labios cálidos y acogedores, la recibieron con una intensidad que reprimía cualquier duda que existiese. La sujetó con firmeza, haciendo que sus respiraciones se acelerasen de una forma exponencial. Jimena repartía alrededor de su cuerpo, más atención de la que Macarena había experimentado en su vida, era como si hubiese aceptado que su placer era complacerla, dejando entrever, que después de días de una deliciosa tortura clandestina, finalmente obtendría su ansiada liberación. Sentía que esa era su naturaleza, sabiendo que no conseguiría nada, en ese preciso momento, cuestionando al destino. La química que existía entre ellas, era impredecible, devastadora, pero tan sencilla, que resultaba natural. Jimena enredó sus dedos en el pelo de Macarena y la sujetó con firmeza para profundizar el beso, mordió su labio inferior pidiendo permiso para rozar su lengua. Macarena se rindió ante aquel roce y permitió que ella tomase el control de sus labios. De pronto, la presión que llegó a sentir en sus caderas, aceleró el ritmo de un beso desenfrenado. Los suspiros se colaban entre sus respiraciones aceleradas y al abrir sus ojos, se topó con la intensidad de un verde mar que la miraba fijamente. Manteniendo la mirada fija en sus ojos, Macarena deslizó la punta de su lengua de por el labio inferior de Jimena lentamente.

—Es el mejor beso del mundo… — la voz de Macarena es ronca, su respiración sofocada por la intensidad del beso — aunque tampoco he besado a muchas chicas…

Jimena presionó sus caderas contra el cuerpo de Macarena y volvió a devorar su boca con vehemencia. Sintió como Macarena sonrió sobre sus labios, abrió los ojos y el brillo de deseo que bailaba en su mirada, hizo que la urgencia por sentirla creciese de forma violenta en su interior. Su valentía comenzó a dominar su cuerpo, así que, con un único tirón, consiguió abrir todos los botones de su camisa al mismo tiempo. Los ojos de Macarena recorrieron el abdomen desnudo de Jimena y sonrió al descubrir una bonita tela de encaje cubriendo sus pechos, hallando

una divina tentación frente a ella y arqueó una ceja por la sorpresa. En ese preciso momento, solo ella podía tener una vista tan privilegiada sobre su cuerpo. Macarena sorprendió a Jimena y se lanzó sobre su cuerpo, su mano derecha se deslizó sobre su abdomen sintiendo como cada músculo se contraía por su tacto. Cada centímetro de su cuerpo, gritaba que saciase su hambre con él. Jimena pasó su mano por detrás del cuello de Macarena hasta encontrar la goma que sujetaba su pelo, tiró de ella y observó como su melena caía sobre sus hombros, maravillada por el movimiento. Macarena aprovechó esa distracción para hacerse con el control, empujó a Jimena hasta caer sobre la manta que cubría las viejas monturas y su cuerpo sobre el de ella. Jimena enloqueció al sentir los labios de Macarena sobre la piel de su cuello, sus manos recorrieron con total destreza cada curva de su cuerpo, cada una de esas caricias la anclaba en el presente y la lujuria de su interior la consumía. Sus caderas se encarnizaron en un asalto con un fuerte vaivén, luchando por saciar ese calor abrasador que se gestaba en su interior. Cada jadeo revelaba la devoción y el anhelo que se procesaban. Ninguna de las dos, era capaz de contener el deseo. Le sorprendió la suavidad de su cuello, la firmeza de su abdomen y fuerza de sus muslos.

—Me encantas tanto… — susurró Macarena con una voz jodidamente sexy mientras despojaba a Jimena de su última prenda que cubría su cuerpo — como no tienes idea…

Jimena la miró fijamente a los ojos, enredó su brazo alrededor de su cintura y coordinó cada uno de sus movimientos como una coreografía bien ensayada.

—Y tú a mí — respondió Jimena sin apartar sus ojos de los de Macarena.

La sujetó con fuerza, quería mantenerla lo más cerca posible de su piel, descendió lentamente y besó, lamió y volvió a besar cada centímetro de la piel que quedaba a su alcance. Jimena sentía como su cordura se alejaba de su ser cada vez que Macarena emitía un jadeo ahogado en respuesta de sus caricias. Macarena le robaba un beso cada vez que tenía la oportunidad de toparse con sus labios, pronunciar su nombre entre jadeos, se convirtió en un bucle de placer que amenazaba con enloquecerla todavía más. Macarena cedió el control a las manos experimentadas de Jimena, dejó que todas las sensaciones que, cada caricia provocaba, la llevase a un infierno donde arder era la única salida para sentirse viva. Se aferró a su cuerpo cuando sintió como Jimena descendía por su piel, haciendo un camino de besos que parecía eterno, marcó sus dedos en la parte alta de su espalda, intentando mantenerse al borde del precipicio. Jimena encontró el ritmo adecuado para mantenerla ahí mientras ella saciaba su hambre por su piel. Continuaba enloqueciéndola oír su nombre entre sus jadeos. A pesar de su rudeza en sus embestidas, Jimena fue dulce y delicada. Macarena abrió las piernas y atrajo a Jimena hasta su boca, su corazón se aceleró tanto que empezó a respirar con dificultad. Las caricias de Jimena la estaban catapultando al éxtasis. Macarena desprendía una imagen inocente en todo su lenguaje corporal, pero perversa en los sonidos que morían en su garganta. Era una mezcla de fuego y tormenta. Sus manos arañaron, suavemente, la espalda de Jimena mientras la besaba con vehemencia, sus manos apretaron sus nalgas y la colocó a horcajadas sobre su regazo, un movimiento bien coordinado, que se traducía en una sinfonía de jadeos y gemidos. Jimena musitó jadeos desesperados y necesitados, cargados de sensaciones que despertaba Macarena. Deslizó una mano entre sus cuerpos y guio sus dedos a los puntos donde más placer encontraba. Su cadera se arrastraba acompañando el movimiento de su mano, buscando la mejor posición. El roce entre sus pieles, dejaba escapar el calor abrasador que nacía desde su interior y las estaba enloqueciendo desde que entraron en las caballerizas. Los labios de Macarena comenzaron a dejar besos húmedos y desesperados por su piel, hizo un camino desordenado hasta que llegó a sus pechos. Se deleitó con un ansía que parecía que había contenido toda su vida. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, el tono grave de sus gemidos, anunciaba su caída libre por el

precipicio. Macarena descubrió, en ese preciso momento, lo que Jimena había buscado en cada una de sus caricias, desconectar su mente de todo aquello que le retenía, soltar las cadenas que no le dejaban avanzar y darle la libertad de ser ella misma.

Los rayos de luz aparecían tímidos por las rendijas de las marquesinas que cubrían las altas ventanas del pajar, iluminando, escasamente, los rastros de pasión repartidos por el lugar. Las prendas de ropa esparcidas alrededor de ellas, se convertían en perfectos testigos de lo que habían vivido al dar rienda suelta a su deseo. Poco a poco, todo su alrededor, se iba iluminando con unos leves rayos de sol que pedían permiso para ir brillando con más intensidad lentamente. Jimena parpadeó varias veces intentando acostumbrarse a la luz, cuando consiguió distinguir su alrededor, se fijó en el dulce descanso de Macarena, que dormía profundamente entre sus brazos, mientras ella no mostraba ningún pudor al observar cada detalle de su semblante sosegado, sus perfiles eran dulces y sentía la paz de su interior. De repente, sintió como un atisbo de frustración invadió su pecho, al ser consciente de que había saciado el deseo que despertó aquel beso en el baño de la discoteca, con la novia de su hermano Gonzalo. La confusión desordenada que invadía su cabeza, forzaba un estado de ansiedad incontrolable. Miró hacia los dos lados buscando una salida coherente a lo que había sucedido horas antes, su pecho subía y bajaba cada vez más rápido, no encontraba la manera de actuar cuando Macarena abriese los ojos. De pronto, un sonido la sobresaltó, el móvil de Macarena vibró avisando de la llegada de un mensaje, la pantalla se iluminó y Jimena alcanzó a distinguir el contenido: *"¿Dónde estás?"*. Jimena pudo leer perfectamente el texto, pero también leyó el remitente. Gonzalo buscaba a Macarena. Echó la cabeza hacia atrás y observó, por las altas ventanas de las caballerizas, un cielo gris que anunciaba el inicio incipiente de la mañana, unas lágrimas traicioneras, comenzaron a brotar y ella no hizo nada para tratar de detenerlas, intentando asumir la gran complejidad de la situación, siendo Macarena su cuñada, la novia de Gonzalo. Dejó caer sus muros de protección, precipitándose al vacío, por un sentimiento abrasador, que sería el mismo que la destruiría, dejándola desahuciada con un huracán de sensaciones en su interior, y todas ellas tenían el mismo denominador común, Macarena. Nunca antes hubo una persona que le hiciese sentir un huracán de esas características, entregar su alma en un acto carnal y primitivo para luego perderla. El recorrido de sus lágrimas proclamaba que, a pesar de todo, lo que había pasado esa noche, viviría en un recuerdo a contraluz, porque no se sentía capaz de enfrentar lo que estaba comenzando a nacer en su interior. Jimena se levantó con mucho sigilo para no despertar a Macarena, necesitaba darse una ducha y calmar la presión que sentía en el pecho con la intención de gestionar lo que acaba de suceder bajo el amparo del agua caliente. Reiniciar. Oyó como Macarena gimió levemente por la pérdida de contacto, pero eso no la detuvo, se plantó a su lado mientras se vestía y miró una vez más la pantalla de su móvil y ahí seguía, el mensaje de Gonzalo, el mismo mensaje que le hizo volver a la realidad, estrellándose contra ella de una forma brutal. Salió de allí derramando las últimas lágrimas y volvió a protegerse detrás de sus muros, donde se podía permitir el lujo de no sentir nada. La frialdad volvió a ella, con la misma facilidad con la que fue capaz de dejar a Macarena dormida en las caballerizas. Una vez a salvo en el refugio de la soledad de su habitación, Jimena se descubrió rozándose los labios con la punta de sus dedos, recordando la delicadeza con la que Macarena la besó. No eran besos urgentes, a pesar de la necesidad que desprendían sus cuerpos, fueron besos generosos, delicados, llenos de ternura. La sensación de deseo, de ir a por más después de descubrir lo que sus caricias fueron capaces de despertar en su interior, arrasó recorriendo cada rincón de su cuerpo, no había un centímetro de su piel que no se erizase en cada recuerdo. A Jimena le costaba recordar, si en su vida, había vivido un beso así para intentar compararlo, pero no tuvo

éxito con sus recuerdos. Mientras estuvo al amparo del agua caliente, su mente fue capaz de reproducir los besos de Macarena un sinfín de veces, el remolino que destrozaba su interior, pedía a gritos volver a probarlos una vez más.

La verdad

Lucca sostenía una taza de té caliente entre sus manos que acababa de preparar, soplaba suavemente para intentar enfriarlo. Se disponía a salir al jardín, cuando una voz detuvo su intención.

—La verdad es que eres todo un profesional… Jimena ha invertido bien su dinero.

Lucca giró su cuello como si tuviese un resorte al oír esas palabras de una chica que no conocía, se quedó mudo al presumir que los habían descubierto.

—¿Disculpa? — musitó Lucca desconfiando de esa extraña.

—Todos en esta casa hablan de lo estupendo que es el novio de Jimena, he de reconocer que has sabido estar a la altura y engañar a todos.

—Discúlpame, pero sigo sin entenderte… — Lucca se puso serio y un poco a la defensiva.

—Soy Laura, la amiga de Jimena… la novia de Massimo.

Laura extendió su mano y Lucca la estrechó acompañándola con una tímida sonrisa y se relajó al descubrir de quién se trataba.

—Encantado, soy Lucca, disculpa mi reacción, me has pillado desprevenido… — Lucca lucia una sonrisa encantadora — pero sí, sé quién eres… Jimena, me ha hablado mucho de ti.

—¡Eso espero! Pero no te preocupes, soy la única que conoce la verdad, estás a salvo conmigo… — Laura sonreía intentando ganarse su confianza — estoy buscando a tu novia y no la encuentro, ¿sabrías decirme por donde anda?

—Me imagino que habrá salido a montar, es algo que a hace todas las mañanas… — Lucca dio un sorbo a su té — no creo que tarde, siempre llega a la hora de desayunar…

—¡¡¡Laura!!! — Jimena apareció de repente y saltó sobre los brazos de su amiga — pensaba que vendrías más tarde.

—El proyecto de los apartamentos ha salido a la perfección… — Laura rodeaba a Jimena con sus brazos — he cogido un avión a primera hora, quería contártelo antes de la boda…

—Vamos, subamos a la habitación, yo también tengo muchas cosas que contarte… — Jimena salió de la cocina cogida del brazo de Laura y ni tan siquiera miró a Lucca, ignorándolo por completo.

Jimena y Laura salieron cogidas por la cintura y riendo, mientras Lucca las observaba alejarse. Pensó en el carácter tan voluble de Jimena, pero solo tenía que fingir un día más y todo se habría acabado. Negó con la cabeza en silencio y retomó con su intención de disfrutar de un té caliente, así que salió al jardín y respiró mientras los primeros rayos del sol, calentaba su rostro.

Laura se tapó la boca con ambas manos y con los ojos abiertos por la sorpresa exclamó.

—¿¡¡Te besó en el baño!!? — Laura se levantó y miró por la ventana mientras intentaba gestionar lo que Jimena le acababa de revelar en su confesión sobre la noche anterior.

—Sí… — Jimena centraba su mirada en el suelo.

—¿Por qué? — Laura se dio la vuelta y miró a su amiga confundida, continuaba sin entender nada.

—No lo sé, Laura… — Jimena se encogió de hombros — pero eso no es lo peor… — Laura contuvo la respiración a la espera de una confesión más reveladora — cuando entró Cayetana

para decirme que Cristóbal estaba muy borracho, me fui de allí completamente hecha un lío, dejándola allí sin decir una sola palabra… luego, junto con Lucca, Gonzalo y ella, trajimos a Cristóbal a casa… y… y después… — Jimena escondió la cabeza entre sus manos — tuve sexo en las caballerizas con ella… — y con esas palabras sentenció su confesión.

Laura se quedó con la mirada fija en su amiga, el silencio las rodeó durante algunos segundos. Los nervios de Jimena comenzaban a crecer al ver que Laura no reaccionaba, pero cuando intentó romper el silencio y hablar con algo que sacase a su amiga del trance, un fuerte grito que provenía de la garganta de Laura, rompió a añicos el velo turbio del silencio que las envolvía.

—¡¡AAAAHHHH!! — Laura corrió junto a su amiga y sujetó sus manos — ¡¡¿Te has tirado a la novia de tu hermano?!! — no era capaz de disimular su emoción ante tal confesión.

—Sssshhhh — Jimena le tapó la boca con su mano — no grites loca o todo el mundo te va a oír.

—Vale, vale, vale… — Laura asentía con la cabeza enérgicamente — pero cuéntame… ¿Cómo fue?

—Pues… ese es el problema… — Jimena miró al suelo y se mordió el labio inferior para contener la sonrisa que intentaba abrirse paso entre sus labios.

—¿No te gustó? — Laura pronunció cada una de las palabras con una clara decepción — ¿tan mal lo hizo?

—No, sí, no… quiero decir… — Jimena se tapó la cara con sus dos manos y una lágrima rodó por una de sus mejillas llamando la atención de Laura — ese beso con Macarena en el baño de la discoteca, me dejó tan trastornada… que decidí dejarme llevar por mi instinto… — miró a su amiga a los ojos buscando la comprensión que necesitaba — jamás había sentido tanto… una necesidad llena de urgencia, me empujó a conocer su piel… sus besos… unas ganas indomables de sentirla… sentir su boca en mi piel… pero… pero luego vino lo peor.

—¿Cómo? — Laura no apartaba la mirada de su amiga — ¿Cómo que lo peor? ¿Qué fue lo que pasó?

—Pues que me deshice, Laura… me entregué como nunca… — Jimena sonrió — sus manos… ¡Dios! Esas manos… créeme, fue fantástico… y ese es el problema, lo increíble que fue… — su rostro endureció su gesto y escondió la cabeza entre sus manos — y cuando más irreal pensaba que era… recibió un mensaje de Gonzalo desesperado porque la estaba buscando…

—Y ahí te golpeó la realidad con toda la mano abierta — musitó Laura con cada palabra llena de compasión.

—Sí, Laura… — Jimena suspiró resignada — siento un huracán de sensaciones que revolotea en mi interior y está arrasando con toda mi cordura…

Laura solo podía escuchar como su amiga confesaba toda la confusión que sentía en su interior. Por un lado, estaba Macarena, una mujer que conseguía erizarle la piel con una simple sonrisa y que perderse en la profundidad de su mirada, era una auténtica locura. Lo que esa mujer despertaba en su cuerpo era algo que nunca había experimentado con nadie más. Pero, por otro lado, estaba Gonzalo, su hermano que, si se llegaba a enterar de lo sucedido con Macarena, no cesaría en su empeño por destrozarle la vida. Jimena no hallaba una salida, la única forma de aclarar la situación en la que se estaba viendo envuelta, era hablar Macarena, ese fue el único consejo que se le ocurrió a Laura. Su amiga reconocía que era una situación, cuanto menos, controvertida, Macarena no solo era la novia de su hermano, era la novia de la persona que buscó arruinar la vida de Jimena y que consiguió alejarla de su familia. Era una situación complicada, pero una solución sencilla, pensó.

Lucca terminó de vestirse él solo en la habitación que había compartido durante los últimos días con Jimena. Dos horas antes, le dijo que ella se prepararía con Laura en su habitación y que ya se verían en el jardín antes de que diese comienzo a la ceremonia. Lucca salió de la habitación colocándose la americana, miró hacia final del pasillo y observó con resignación, durante unos segundos, la puerta de la habitación donde se instaló Laura, sacó todo el aire de sus pulmones y caminó hacia el jardín para esperar a Jimena.

Poco a poco los invitados a la boda iban llenando el jardín, Lucca paseaba distraído entre ellos, saludaba muy educadamente cada vez que se cruzaba con alguien y no perdió, en ningún momento, su sonrisa encantadora. Los minutos iban pasando y los nervios de Lucca aumentaban al no ver aparecer a Jimena, quería explicarle que el beso tan intenso que compartieron en la discoteca, no era parte de sus servicios, sino que fue por verdadero placer. Su mente comenzó a proyectar diversas opciones sobre la reacción de Jimena, quizá se había arrepentido de su trato, es cierto que, había pagado una considerable suma de dinero por sus servicios, pero ese beso había sido de verdad y ella se lo devolvió con la misma intensidad. También existía la posibilidad de que Jimena fuese tan profesional como él y ese beso no era más que otra forma de demostrar su profesionalidad. Era una encrucijada delicada donde ponía en riesgo una gran suma de dinero, podía arriesgarlo y ganar o perder todo lo invertido. Lucca caminó sin rumbo fijo por todo el jardín, cogió una copa de vino blanco de la bandeja de uno de los camareros que pasó junto a él, e intentó templar los nervios, debía comprobar que su trabajo estaba funcionando y que Jimena estaba satisfecha con sus servicios. Era un buen pago para perderlo por cualquier tontería sin importancia. Dio un sorbo a su copa de vino, giró sobre sus talones y observó como Jimena, junto a Laura, bajaban por las escaleras que daban al jardín. Iban cogidas del brazo, las dos lucían una enorme sonrisa, estaban radiantes, iluminaban todo a su alrededor a cada paso que daban. Lucca se quedó paralizado al ver el espectacular vestido negro que lucía Jimena, hacía justicia a sus curvas en cada movimiento, la obertura lateral del vestido, dejaba ver su pierna derecha, no dejando indiferente a nadie de los allí presentes. Era un vestido atado al cuello, permitiendo un escote sugerente y muy tentador, llevaba el pelo recogido, dejando toda la espalda improvista de cualquier tela. Lucca tragó saliva con dificultad, fue ávido y se acercó a ellas ofreciendo una copa de vino a cada una. Nadie negaba que era todo un caballero, sus servicios eran de primera y debía dejarlo claro. Ambas sonrieron agradecidas por el detalle. Lucca le ofreció su brazo a Jimena para acompañarla hasta llegar a su sitio en la ceremonia, se quedó perdido en la mirada de Jimena, sus ojos verdes brillaban de una forma especial, su brillo era muy diferente a los días anteriores. Lucca no pudo evitar perderse en la profundidad de aquella belleza. Caminaron juntos hasta las primeras sillas y esperaron de pie a que los novios hiciesen su entrada. Laura se colocó junto a Jimena y le apretó el brazo disimuladamente para que mirase hacia la misma dirección que lo estaba haciendo ella.

—Joder… esa tía corrompe mi heterosexualidad… — susurró Laura al oído de Jimena.

Macarena hizo su aparición por las mismas escaleras que, minutos antes, habían bajado ellas. Lucía un vestido negro con estampado floral, resaltando su tono de piel dorada. Era un vestido confeccionado en seda salvaje, abrochado en la nuca, dejando así, los hombros y la espalda al descubierto, llegando al límite de resultar casi indecente, a pesar de no lucir escote. Era la provocación personalizada, ese vestido descubría una silueta de infarto. Parecía que la tela recobrase vida a cada paso que daba, generando unos movimientos de una elegancia magistral, cada uno de sus pasos despertaba los instintos más primitivos de quienes descubrían la sensualidad de sus movimientos. Macarena hizo un disimulado recorrido visual por todo el jardín, hasta que se topó con los ojos verdes que buscaba. Jimena se sujetó con fuerza del brazo

de Laura para mantener el equilibrio cuando su mirada se cruzó con la de Macarena.

—Yo siempre había pensado que ninguna mujer podría ser más sensual que tú… — susurró Laura tan bajito que solo Jimena podía escucharla — pero esa mirada… hechiza.

Laura observó como Jimena se quedó hipnotizada ante la imponente imagen de Macarena. Jimena pensó que las palabras de Laura eran acertadas, algo le advertía que se avecinaba una ardua batalla, que le resultaría imposible detenerla. Hiciese lo que hiciese. Jimena tragó saliva con dificultad, acababa de darse cuenta de que, después de tanto tiempo conociendo diferentes mujeres, ninguna había despertado algo tan intenso en su interior como lo hacía Macarena. Su mirada continuaba enlazada con la de ella, los destellos que desprendían aquellos ojos color miel, fueron su perdición y no tuvo más remedio que rendirse ante ellos. Recordar que debía respirar, era algo secundario en aquellos momentos. Jimena sintió como le temblaban las rodillas, su fuerza desapareció de una forma súbita y llegó a sentir que se caería desplomada al suelo si no era capaz de encontrar un punto de apoyo. Inmersa en la intensidad destacable de aquella mirada, Jimena intentó encajar el huracán de sensaciones que había provocado en su interior el roce de los labios de Macarena durante toda la noche anterior. Aquellos labios, de color rojo intenso, era en lo único en lo que podía pensar, desde que los había probado, le parecían lo más apetecible del mundo. Nació en ella un deseo incontrolable por esa boca.

El sol brillaba en lo más alto del cielo, designando un día perfecto de primavera con un sol de justicia que batía a plomo a cada uno de los invitados allí presentes, pero era indiferente para el deseo salvaje que recorría por el torrente sanguíneo de Jimena. Macarena era irresistible de mil formas diferentes y eso hacía que Jimena perdiese toda su cordura. Sin embargo, durante todo el tiempo que duró la ceremonia, Lucca tuvo un talante romántico que llegó a saturar a Jimena. Era el último día del trato entre ellos, así que Lucca no quiso desaprovecharlo, una parte de él le obligaba a ser el profesional que decía ser, pero otra, le gritaba que hiciese todo lo posible para ganarse a Jimena y convencerla de seguir conociéndose al concluir el trato. Mientras la ceremonia seguía su curso, Jimena no perdía la oportunidad de cruzar alguna mirada clandestina o alguna sonrisa furtiva con Macarena, eran dos cómplices derrochando un deseo que se escapaba a sus entendimientos. Aprovechaban cualquier oportunidad para mirarse, sonreírse, se estaba convirtiendo en una necesidad vital entre ellas.

Después de la ceremonia y una comida protocolaría que duró cerca de tres horas, llegó la hora del baile, Lucca vio una oportunidad de tener a Jimena entre sus brazos para poder insinuarle sus intenciones. Decidido, se levantó y, luciendo su sonrisa más encantadora, le ofreció la mano a Jimena invitándola a bailar, ella accedió educadamente y se colocaron en medio de la pista. Lucca causó sensación demostrando una maestría digna de un profesional en cada uno de sus pasos. Fue una actuación magistral, la complicidad que derrochaban entre ellos, resultaba abrumadora, parecía que disfrutaban de la proximidad de sus cuerpos y sonreían para demostrarlo.

Llegó un momento durante la fiesta, que Jimena se estaba divirtiendo de verdad, disfrutando de la música y de la alegría a su alrededor.

—Creo que voy a ir a la barra… ¿Quieres algo de beber? — Lucca necesitaba alejarse un poco, frenar el sentimiento de deseo que crecía en su interior, se separó de Jimena en un intento por hacer las cosas bien. Esta mujer le gustaba de verdad.

—Sí, gracias — la sonrisa de Jimena era tan encantadora, que Lucca no pudo resistirse y la besó durante unos segundos, para luego alejarse.

Lucca se alejó de la pista perdiéndose entre la gente y Jimena aprovechó para desviar su mirada en busca de un objetivo claro. Hizo un exhaustivo recorrido por toda la pista hasta

encontrarse con la profunda mirada de Macarena, pero su talante había cambiado, nada tenía que ver con esa Macarena risueña que se había mostrado durante toda la ceremonia. Macarena le dedicó a Jimena una mirada fría y distante, y tras unos segundos, se dio media vuelta y caminó hacia el jardín con un rumbo directo, sus pasos la conducían hacia el interior de la casa. Jimena tardó unos segundos en entender la ira que descubrió en su mirada, pero al final creyó descubrirlo, Macarena había sido testigo del beso que Lucca le dio y eso le había molestado. Sin entender el sentimiento que la empujaba desde su interior con la fuerza de siete huracanes, se fue siguiendo los pasos de Macarena, directa a su encuentro. Se cruzó con varios empleados del catering que entraban y salían de la casa cumpliendo con su trabajo, pero ni rastro de Macarena. Buscó por varias de las estancias de la casa sin ningún éxito, después de mirar en la biblioteca, en el salón y la terraza delantera, encontró a Macarena en medio de la cocina sirviéndose un simple vaso de agua.

—Estás muy guapa… — susurró Jimena, colocándose sigilosamente detrás de ella.

—Estoy de acuerdo — respondió Macarena con un tono neutro.

Jimena se quedó paralizada y dio paso hacia atrás al sentir la frialdad de sus palabras. Qué diferente era la Macarena que tenía frente a ella, nada tenía que ver con la mujer risueña, sonriente y amable que había sido en cualquier otro momento, días atrás.

—¿Y Lucca? ¿Ya no quieres seguir bailando con él? — Macarena no disimuló la animadversión que sentía por el italiano.

Jimena confirmó así, que había acertado. Su enfado se debía al beso que Lucca le dio en la pista de baile y ella fue testigo en primera fila y sin que pudiese hacer nada para evitarlo. Jimena se quedó en completo silencio sin saber muy bien cómo reaccionar ante la actitud de Macarena, su mirada se perdió en una de las bandejas llenas de canapés que había sobre la barra de la cocina frente a ellas. Macarena dio media vuelta y la observó durante unos segundos, pero al ver que Jimena no era capaz de reaccionar de ninguna forma ante su pregunta, dio un paso al lado con toda la intención de alejarse de allí. Alejarse de Jimena. Su propósito le permitió dar varios pasos hasta llegar junto a la puerta y cuando estuvo a punto de salir al jardín junto al resto de los invitados, sintió como Jimena se aferró a su muñeca con fuerza, deteniendo todas sus intenciones. Al sentir la suavidad con la que sujetaba su mano, Macarena se dejó llevar. Caminaba en completo silencio detrás de Jimena, sus pasos eran firmes y decididos, se movía con destreza por los pasillos de la casa de sus padres y con mucha habilidad evitando las miradas curiosas. Macarena disimuló un amago de sonrisa cuando entraron en la biblioteca. Al cerrar la puerta, Jimena liberó la sujeción de su muñeca y caminó hasta colocarse frente al gran ventanal que daba a una parte del jardín, la que quedaba lejos de los invitados. Miraba a la lejanía pensativa, debía ser fuerte y buscar la fórmula para ponerse una coraza, debía salir lo más indemne que esa situación, pero cada vez que Macarena sonreía, su mundo se tambaleaba y se quedaba desarmada ante la intensidad de su mirada. Ella sabía que no podía cruzar la línea, si lo hacía no habría marcha atrás. Jimena odiaba la fantasía que su mente reproducía una y otra vez, su conciencia le gritaba que no podría ser. Estaba aterrada, no podía dominar el huracán que estaba arrasando su cordura, pero llegado este momento, sería una locura ocultar las evidencias que existían, era imposible fingir que no pasaba nada entre ellas.

—Tenemos que hablar… — musitó Jimena desde su lugar sin mirar a Macarena que la miraba con cierto desconcierto.

—Te escucho — la voz de Macarena sonaba segura, pero distante.

Jimena se giró y la miró fijamente, cuando sus miradas se cruzaron, recordó lo suaves que eran sus labios y la delicadeza con que la besó la noche anterior en las caballerizas. Esa imagen hizo

esbozar una tierna sonrisa en los labios de Jimena imposible de detenerla. Macarena no encontró ninguna fuerza de voluntad para resistirse a esa sonrisa y tiró de ella con suavidad, acercándola a su cuerpo, lo suficiente para poder alcanzar sus labios. Fue un beso casto, tierno, pero a pesar de la inocencia que desprendía aquel beso, no dejaba de ser cálido y sensual. Se separaron lentamente, mirándose fijamente, intentando descubrir la profundidad que habitaba en el interior de sus ojos. No consintieron bajar la mirada, permaneciendo perdidas en la profundidad que les permitía adivinar la cercanía de sus cuerpos. Una fuerza las invadió y sin poder, ni querer resistirse, se fundieron en un segundo calmado, tierno y deseado beso. Macarena se atrevió a rozar levemente la lengua de Jimena, produciendo un escalofrío que sacudió su columna. Sintió lo mismo que se siente, cuando te besa por primera vez la persona de la que estás perdidamente enamorada en el instituto, ese escalofrío juvenil y nervioso que te anticipa a las sensaciones que provoca rozar simplemente la piel de la otra persona. Algo estaba creciendo en su interior y ninguna de las dos eran conscientes de las consecuencias que conllevaría dicho sentimiento.

Lucca volvió a la pista con una copa en cada mano y luciendo su sonrisa más cautivadora, hizo un recorrido visual alrededor de toda la pista buscando a Jimena, pero sin mucho éxito. No había señales de su pareja de baile por ningún lado. Volvió a la mesa donde había estado sentado durante la boda, pero solo encontró a Laura, completamente ausente de lo que sucedía a su alrededor, estaba concentrada en la pantalla de su móvil.

—Laura, disculpa… —Lucca llamó su atención — ¿has visto a Jimena?

—La he visto entrar en la casa… — Laura ni tan siquiera levantó la vista de su móvil, continuaba volcada en la conversación con Massimo.

Lucca, sonriente, se encaminó hacia el interior de la casa, después de recorrer varias estancias sin encontrar a Jimena, caminó hacia la biblioteca con las dos copas en las manos, fantaseaba con disfrutar de un encuentro a solas con ella, quizá podría dar el paso que deseaba. De camino a su destino, fantaseaba con deleitarse con el cuerpo de Jimena, con hacerla suya y derretirla entre sus brazos. Sonrió pensando que, en esta ocasión, podría hacerlo por puro placer, sin exigir aumentar sus honorarios, esta vez sería diferente. Aceleró el paso, presionado por las ganas de deseo que aumentaba a medida que volvía a recordar las curvas ceñidas a la tela del vestido que lucía en la boda. Tremendamente espectacular. La puerta de la biblioteca, estaba cerrada, pero el olor que había dejado el perfume de Jimena a su paso, le confirmaba que se encontraba en el interior. Sus pasos le llevaron en un abrumador silencio hasta llegar a alcanzar el pomo de la puerta. Su respiración se mezclaba levemente con los sonidos que se escapaban del interior de la biblioteca, empujó la puerta con cuidado y descubrió de dónde provenían esos susurros. Su sangre se heló al desvelar la curiosidad de saber que era lo que hacía Jimena en aquella habitación, pero su curiosidad le reveló que no estaba sola. Lucca se quedó plantado bajo el marco de la puerta, completamente paralizado al descubrir la intensidad de las caricias que le profesaba a Macarena mientras sus labios continuaban en una batalla para dominar el beso. Su respiración se agitó exponencialmente al sentirse humillado, ni tan siquiera esperó a que finalizase su contrato. Era una escena que lo humillaría como hombre. Pensó que la escena frente a él, era una clara declaración de lo poco hombre que le había resultado para Jimena, sus besos no causaron ningún efecto en ella y eso despertaba su ira. Con el orgullo herido y su masculinidad despreciada, su mirada llena de sorpresa se fue transformando en una mirada desafiante en el momento que se cruzó con la de Jimena.

—Lucca… — susurró Jimena al ver la cara de decepción del chico italiano plantado en la puerta.

Lucca giró sobre sus talones y salió de allí apretando la mandíbula, sus pasos le llevaron

inconscientemente a la habitación que había compartido con Jimena durante su estancia en aquella casa. Daba vueltas en círculos sin saber muy bien cómo debía comportarse en esta situación, nadie jamás había osado a humillarlo de esa forma. En el fondo de su ser, sabía que no tenía derecho a sentirse así, al fin y al cabo, Jimena solo le pagó por aparentar ser el novio perfecto frente a su familia. Técnicamente, había cumplido con su trabajo, Jimena era libre para hacer lo que quisiese con quien quisiese.

—Lucca, por favor… — Jimena hizo su aparición por la misma puerta que segundos antes, él había cruzado.

A los pasos desesperados de Jimena, se unió Macarena que la siguió hasta llegar a la habitación también, en su rostro se apreciaba la preocupación por el alcance que podía tener al ser descubiertas. Lucca se dio media vuelta y su mirada se cruzó, sin pretenderlo, con la mirada de Macarena, sus ojos estaban rojos y llenos de cólera.

—¡¡¿Y tú qué coño haces aquí?!! — escupió Lucca sin apartar su mirada de Macarena.

—No voy a dejar a Jimena sola en esto — Macarena salió al rescate al reconocer la mirada llena de terror de Jimena.

—¡Estamos en nuestra habitación! — el tono de Lucca era cada vez más alto — ¿ni eso vas a respetar?

—Lucca, tranquilízate… hablemos como personas adultas — Jimena pronunció cada palabra estoicamente y conteniendo el nudo que se le formó en la garganta.

—¿Ahora resulta que no eres más que una depravada? ¿Qué pensará Gonzalo cuando se entere? — su tono era amenazante, dio varios pasos y acorraló a Jimena contra la pared.

—¡¡¡Eeehhhh!!! — Macarena corrió al lado de Jimena — ¡déjala en paz!

Jimena lloraba sin consuelo al ser consciente del alcance de la amenaza de Lucca, si era capaz de contar algo de lo que había visto y Gonzalo se enteraba, su infierno volvería para destrozar su vida. Reconocía perfectamente el alcance de una amenaza así.

—¡Tú no te metas! — Lucca sonaba desafiante, intimidante — no eres más que otra mentirosa.

—No voy a permitir que le hables así — Macarena imitaba el tono desafiante de Lucca.

—Tú no me das órdenes — Lucca le respondió con desprecio y desvió su atención hacia Jimena — así que, anoche cuando no viniste a la cama… — se acercó a Jimena todo lo que pudo — estabas con ella… — se giró y mirando a Macarena sonrió de medio lado — dile que tenías que calentarte conmigo para luego poder irte con ella — escupió cada palabra con toda la rabia de su interior.

Jimena estaba hecha un mar de lágrimas, la idea de que alguien se enterase de lo que estaba sucediendo entre ella y la novia de su hermano Gonzalo, en la boda de su hermano mayor, bloqueó su mente de tal manera, que no era capaz de reaccionar ante nada. Solo fue capaz de mantener la mirada fija en la alfombra bajo sus pies, el suelo era su única escapatoria.

—Yo soy quien cobra, pero aquí, la puta es ella — escupió Lucca con rabia.

—Pero… ¿Qué? ¿Cómo? — preguntó Macarena mirando a Jimena completamente desconcertada.

Macarena no pudo contener sus lágrimas y las dejó correr por sus mejillas, la revelación de Lucca cayó como un témpano de hielo sobre sus hombros y no fue capaz de decir nada más.

La mirada que Macarena le dedicó a Jimena, fue suficiente para un cambio de actitud, encontró la fuerza para mostrarse igual de desafiante que Lucca. Ahora era ella quien dominaba la situación. Rodeó la cama en completo silencio, abrió el cajón de su mesilla de noche y sacó un sobre. Miró a Lucca con una mirada altiva y llena de frialdad, tan solo desvió su mirada durante

un segundo para encontrarse con los ojos llenos de lágrimas de Macarena, pero en ese momento, al sentirse humillada por Lucca, no fue capaz de descifrar lo que le estaban gritando en silencio. No advirtió la mirada de Macarena llena de desconcierto.

—Pues recibe tu pago — Jimena tiró el sobre encima de la cama, al caer se abrió y se podía ver una gran cantidad de dinero — espero que estés de acuerdo con la cantidad por tus servicios… — espetó con una voz llena de rabia — al fin y al cabo, para eso te contraté… eso es lo que eres.

—No hay suficiente dinero para pagar el esfuerzo de hacerte sentir algo… — Lucca se marchó de allí cargando su maleta y sin mediar alguna palabra más.

Cuando Jimena reaccionó, descubrió que no solo Lucca se había marchado, Macarena salió de la habitación, corrió hasta toparse con la figura de Macarena llorando frente a uno de los grandes ventanales del pasillo. En otro momento, sería una imagen que la conmovería, pero la vergüenza y el dolor no le permitían bajar las armas. Se acercó a ella cargada de rabia, sin medir el alcance de sus palabras, y se enfrentó a ella.

—¿Te crees mejor que yo? — la mirada de Jimena continuaba siendo altiva, sin importarle que eran los ojos de Macarena donde se veía reflejada — ¡tú! Que te has liado con el chico guapo por su apellido… y como no tenías suficiente… con quien se te ha cruzado por delante…

Macarena no dijo nada, se quedó mirándola fijamente, la intensidad de sus miradas era casi electrificante. Su mirada reflejaba ira, rabia, pero también reflejaba el dolor y la decepción que sentía en su interior al escuchar como Jimena despreciaba lo que habían vivido. El remolino que había sido capaz de revolotear su interior, desafiando un sentimiento que amenazaba con arrasarlo todo a su paso, pero ahora había disminuido tanto que casi había desaparecido, desmoronando su vida por completo. Un sentimiento puro, sin dobleces, un sentimiento real y que ahora no tenía ninguna importancia. Por primera vez, alguien le hacía sentir como una vulgar puta y tuvo que ser Jimena quien la hiciese sentir así, un desgarro en su interior la dejó tan vulnerable que era capaz de sentir como su sangre se derramaba, perdiendo así cualquier capacidad de sanar aquella herida. Todo a su alrededor se paralizó.

—Lucca tiene razón… no eres más que una puta — cada palabra que pronunció Macarena, reflejaba el dolor que sentía en su interior.

Jimena reaccionó dándole una bofetada sonora por el dolor que provocaron sus palabras. Macarena se armó del valor suficiente para no derramar ni una lágrima más, sacando a relucir su orgullo para no perder la dignidad frente a la mujer que la había hecho a pedazos.

—¡¡¿Eehh?!! ¿Qué pasa? — Laura las irrumpió, sorprendida por lo que acababa de presenciar — Jimena…

—Nada, que el jueguecito de follarse a la novia de su hermano para vengarse… — Macarena hablaba con toda la rabia que corría por sus venas — se le ha terminado.

Macarena le dedicó una mirada llena de dolor a Jimena y, un segundo más tarde, devolvió toda su atención a Laura, la miró fijamente y sin mediar más palabra, giró sobre sus talones y salió de allí con rapidez. Necesitaba alejarse de Jimena y de todo lo que revoloteaba en su interior. Era una huida justificada, necesitaba refugiarse para lamerse las heridas y volver a ser la mujer empoderada de la que se sentía orgullosa. Laura se quedó atónita observando como Macarena se alejaba por el pasillo, mientras que, Jimena, completamente inmóvil, no hacía nada para detenerla. En su rostro, no asomaba ni un ápice de reflexión sobre su comportamiento.

—¡¡Jimena!! ¿Por qué no haces nada para detenerla? — Laura señalaba en la dirección por la que Macarena había desaparecido — ¿Qué pasa con todo lo que me has contado esta mañana sobre lo que te hace sentir?

—¿Sabes qué pasa? ¡¡Que todo esto es por tu culpa!! — Jimena señaló a Laura con su dedo acusador — ¡¡por hacerte caso!!

—¡¡Eh!! Calma amiga… — Laura levantó las dos manos en señal de paz.

—Contraté a un chico de compañía… — Jimena levantaba los brazos exasperada por la intensidad de la situación — según tú, era la mejor solución.

—¿Y también te obligué a besar a la novia de tu hermano? — Laura hablaba con la mandíbula apretada para intentar detener la furia que amenazaba con salir y devorar a la persona que estaba frente a ella, porque la persona que tenía en ese momento delante, no era su amiga Jimena.

—¡¡A claro!! — Jimena se dio media vuelta y miró a Laura fijamente — ¿también vas a decirme que pierdo el culo por cualquiera que me dé un poco de atención? — sus ojos comenzaban a anegarse de lágrimas.

—Pues con esa actitud, quizá… — Laura cruzó los brazos sobre su pecho — no te reconozco Jimena… tú no eres así, jugando con los sentimientos de la gente — el tono de Laura era conciliador, a pesar del estrepitoso fracaso en su intención.

—¡¡Así que, ¿piensas cómo esa zorra?!! Que no tengo dignidad… — los ojos de Jimena se humedecieron por las lágrimas cargadas de ira — eres una mierda de amiga que me aconseja contratar a un chapero para la boda de mi hermano.

La rabia interior que ardía en el interior de Jimena, hizo verter todas aquellas acusaciones injustas en contra de Laura, que continuaba mirándola estupefacta al ver esa nueva y malvada versión de su amiga.

Laura no dijo nada, no era capaz de pronunciar alguna palabra más después de gestionar cada una de las acusaciones que Jimena acaba volcar sobre ella. Se dio media vuelta con la respiración agitada y caminó sin mirar atrás, directa hacia la puerta. ¿Su única salida? Salir de allí y alejarse de todas aquellas infamias.

—¡¡Eso, vete!! Estoy mejor sin ti… sin nadie… — Jimena volvió a su habitación y cerró de un portazo, dando por zanjada cualquier discusión.

Esa fue su forma de alejarse de los dramas que habían crecido alrededor suyo, en las últimas veinticuatro horas.

Tenemos que hablar

La boda había terminado, todos los invitados eran ajenos al enfado de Jimena y su actitud con sus seres más queridos. Sus palabras eran como minas antipersona, cada una de sus acusaciones, dinamitaba una relación. Al final del día, había mucho movimiento por toda la casa, Laura se movió con mucha habilidad por los pasillos, caminaba deprisa, cargada con su maleta, cruzó la puerta principal con bastante prisa. Llevaba puestas sus gafas de sol, sin importarle que estaba, todavía, en el interior de la casa, su propósito era ocultar con ellas, los restos de dolor por las duras palabras que Jimena, su amiga de toda la vida, le había dedicado. En su mente, se reproducía en bucle cada palabra hiriente llena de rabia que le había escupido Jimena, no lograba encontrar un razonamiento lógico a su comportamiento.

La actitud de Jimena era tan diferente a la que había mostrado esa misma mañana en su habitación, que se sentía completamente perdida. Horas antes, fue capaz de distinguir una ilusión destellante al hablar de Macarena. Incluso su actitud fue más afable durante la boda, Jimena y Macarena, no perdieron la ocasión para dedicarse miradas o sonrisas cómplices, siendo un comportamiento más típico de unas adolescentes que se gustaban, que de dos mujeres adultas. Laura exhaló todo el aire que contenía en sus pulmones de una forma casi desesperada, no era capaz de encontrar una explicación al cambio tan radical de actitud de Jimena y, por supuesto, no había ninguna excusa para justificar todo lo que le había dicho. Dio un paso al frente con los ojos llenos de lágrimas que se resistían a derramarse y sin ser consciente de donde se encontraba, no recordó los tres escalones que había en la salida. Si no fuesen por unos brazos que la sujetaron con fuerza, el final del tropiezo de Laura, hubiese sido otro.

—Gracias — susurró Laura algo tímida antes de darse cuenta de quien la había salvado de una caída estrepitosa.

—Nada que agradecer… — Macarena sonreía al ver el semblante de sorpresa que lucía Laura.

—Macarena… — musitó Laura mientras se incorporaba recuperando parte de su dignidad — ¿no te has ido?

—Estoy esperando un taxi… — Macarena miró la hora en la pantalla de su móvil — así que… se podría decir que estoy en ello.

—Yo tengo mi coche ahí — Laura señaló un coche aparcado a unos pocos metros de ellas — ¿Te llevo?

—Mmmm… yo… es que… — Macarena levantó la vista y miró alrededor de ellas como si estuviese buscando a alguien, Laura se percató de aquel gesto y sonrió de medio lado.

—Jimena no está… — Laura comenzó a caminar hacia el parking y Macarena la siguió — se ha quedado masticando su propia rabia — Laura se detuvo junto a su coche y miró fijamente a Macarena — ¿qué ha pasado? — Macarena se sonrojó levemente y de pronto encontró el suelo más interesante de lo habitual — esa Jimena, la que acabo de ver… — Laura señaló hacia la casa — esa no es mi amiga, la conozco de toda la vida… algo ha debido pasar para que se comporte así…

—Pues… — Macarena se sentó en el asiento del copiloto y mientras se ponía el cinturón continuó hablando, la vergüenza que sentía, la obligaba a mirar hacia otro lado, antes de cruzar

su mirada con la de Laura — estábamos en la biblioteca… estábamos…

—Tranquila… — Laura la miró y sonrió — lo sé todo, lo de las caballerizas… sé quién es Lucca… todo — Macarena respiró aliviada.

—Nos estábamos besando y Lucca entró… — Macarena miró completamente desconcertada a Laura — se han dicho cosas horribles y… y Jimena le ha entregado un sobre con dinero…

—Ese desgraciado… — Laura no apartaba la mirada de la carretera — después del dineral que le ha costado… se ha atrevido a decirle todo eso… pues vaya negocio…

—¿Cómo qué negocio? — preguntó Macarena sorprendida.

—¿Quieres tomar algo antes de coger el avión y hablamos? — preguntó Laura al ver que les esperaba una larga conversación.

—Créeme que me encantaría… — Macarena miró la hora en su móvil — pero tengo que coger el último vuelo a Málaga… tengo una cita importante mañana a primera hora…

—Cómo son las casualidades… — dijo Laura entre risas — yo también… ¿Qué te parece si cogemos el vuelo juntas y tomamos una copa en Málaga?

—Perfecto — respondió Macarena — me irá bien para calmar esta ansiedad — dijo mirando como sus manos temblaban levemente.

Laura giró el volante del coche y condujo directa al aeropuerto. Faltaba una hora para el último vuelo regular a Málaga. Ese tiempo les permitió desahogarse sobre todo lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Málaga cuando todavía faltaba una hora para la media noche, todo el trayecto había servido como tiempo de confesión, ambas se desahogaron de las cosas que más les estaba afectando, Laura le propuso ir al restaurante de Massimo y Macarena aceptó encantada. Llegaron y encontraron la persiana medio bajada, pero eso no detuvo a Laura, que entró con determinación, seguida de Macarena, que lucía la sorpresa en su rostro pensando que se estaban colando en un restaurante cualquiera. Massimo salió a recibir a su novia como se merecía y entonces Macarena se relajó, al entender quién era el dueño. Se sentaron en una mesa al fondo y el camarero les sirvió un sabroso mojito, el acompañante ideal para todas las declaraciones y confesiones que se avecinaban. Laura pudo descubrir que, en Macarena, había nacido un sentimiento sincero hacia Jimena, y Macarena aprovechó el ambiente de confianza que se había creado entre ellas para confesarle que solo acompañó a Gonzalo a la boda, cómo último acto antes de terminar definitivamente su relación. Su intención siempre había sido la de continuar siendo amigos. Ella y Gonzalo llevaban varias semanas llevándose como el perro y el

gato, Macarena quería finalizar definitivamente la relación, pero Gonzalo le suplicó que lo acompañase a la boda de Cristóbal, no quería ser el centro de los rumores al aparecer solo. Mientras que Laura, describió a Jimena como la mujer de principios y valores que era y había sido siempre, le confesó lo incomprensible que le resultaba el comportamiento de Jimena. Macarena confesó, durante el segundo mojito, que aquel beso en el baño de la discoteca, despertó un sentimiento tan arrollador en su interior, que no fue capaz de frenarlo o reprimirlo y se dejó llevar en las caballerizas. Lo que sucedió esa noche, resultó tan revelador para ella, que la dejó vulnerable ante la presencia de Jimena, por eso, todas aquellas palabras que derramó Jimena con tanta rabia, la destrozaron en mil pedazos. Laura pudo distinguir un brillo de sinceridad en su mirada, descubriendo un dolor difícil de remediar. El amable ambiente que se creó entre ellas y los mojitos, ofreció una noche de confesiones, revelando lo más íntimo de sus vidas, creando allí mismo, un vínculo tan fuerte que profesaba una futura sincera amistad entre ellas.

Jimena llegó a su despacho y antes de abrir su puerta, miró fijamente la puerta del despacho de Laura, sabía que le debía una disculpa, pero no sabía por dónde empezar. Ni ella misma encontraba una lógica aceptable a todo lo sucedido. Sin pensarlo más, se dirigió hacia la puerta de Laura, pero la encontró cerrada. Laura había cerrado la puerta de su despacho. La respiración de Jimena se agitó y se volvió pesada, nunca fue claustrofóbica, pero en ese mismo momento, la desesperación se apoderó de ella y notaba como si le faltaba el aire. Las lágrimas comenzaron a precipitarse por sus mejillas y apoyó la cabeza en la puerta, volvió a girar el pomo de la puerta, pero volvió a fallar su intento de abrirla. Gritó y su voz se perdía en un desgarro, seguramente sus cuerdas vocales lo lamentarían más tarde. Su cuerpo se tensó cuando sintió como la puerta se abría y Laura la miraba con la furia contenida en sus ojos.

—Apartar tus sucias manos y de infausto zorreo lésbico de mi puerta — Laura era la portavoz inquebrantable de la verdad.

Jimena no dijo nada, solo la podía mirar, ¿cómo iba a disculparse si su amiga ya la había juzgado y condenado?

—Lo siento… — Jimena mantuvo la mirada alta, sabía que debía mostrar la sinceridad de sus palabras — después de todo lo que sucedió con Macarena… mi juicio se nubló y he sido muy injusta contigo… y bueno… con ella también…

—Siempre te pasa lo mismo… — Laura se cruzó de brazos — cuando tienes tu mano en el interior del útero de una guapa mujer, te acojonas y sales corriendo… no eres capaz de ver la realidad…

Jimena intentó decir algo, pero el portazo de Laura silenció cualquiera de sus intenciones. El sistema cognitivo de Jimena comenzó a emular a los organismos unicelulares más primitivos, que basaban su experiencia en buscar placer y evitar el dolor. Jimena se odiaba salvajemente desde hacía día y medio, se limitaba a existir. No hallaba el sentido a todo lo que había vivido cuarenta y ocho horas atrás, era como si su vida se había quedado en suspenso. Estaba rota en mil pedazos y nadie se molestó en recomponer, ayudarla o entender como de oscuro era su infierno personal. El ruido que hizo la puerta de Laura, al cerrarse con una enérgica fuerza, sacudió su mundo, haciendo realidad todos los errores cometidos, no solo en los últimos dos días, sino en los últimos años. La simple, pero encantadora sonrisa de Macarena, la llenaba de inseguridades y la rabia de Laura, era la suma de las circunstancias de Jimena. Dos mujeres que habían desarrollado el poder sobre Jimena para ocasionarle algún que otro destrozo que le hiciese ver la realidad de sus actos. Macarena se había convertido en la mujer que le daba vida, pero le arrebataba las ganas de vivirla al mismo tiempo. Rota y confundida, Jimena salió de su despacho y buscó un poco de aire puro para calmar toda la ansiedad que anidaba en su interior. Sus pasos la condujeron hasta un bar donde su ambiente iba cambiando dependiendo de la hora del día. Era el refugio perfecto. Jimena comenzó a lentamente, pero su ritmo por ingerir bebidas alcohólicas, iba aumentando al mismo tiempo que iban pasando las horas. Se advertía un desenlace preocupante.

Laura, por su parte, salió a comer al restaurante de Massimo, ignorando, completamente, el estado de embriaguez de su amiga al otro lado de la ciudad. Laura estaba terminando el tiramisú casero que tanto que le gustaba, de pronto, una figura se colocó frente a ella y levantó la mirada de su postre para averiguar quién interrumpía su momento de descanso.

—Eres una mujer muy predecible… — dijo Macarena con una sonrisa.

—Solo le doy facilidades a mi acosadora para que le resulte fácil encontrarme — respondió volviendo toda su atención al postre.

—No he podido dormir… — Macarena separó una silla y se sentó frente a Laura — no dejo de pensar en todo lo que hablamos ayer…

—Pues yo he tenido una divertida conversación con Jimena esta mañana…

—¿Por teléfono? — Macarena ladeó la cabeza llena de curiosidad.

—No… — Laura se llenó la boca con una cucharada de tiramisú — en el despacho, está en Málaga.

Esas palabras provocaron un frío que recorrió todo el cuerpo de Macarena, inconscientemente miró hacia la puerta.

—Pero… — musitó con la voz entrecortada.

—Tranquila, no creo que aparezca por aquí después de todo lo que le he dicho… — Laura se terminó su postre y empujó el plato hacia el centro de la mesa — se fue y desde esta mañana no sé nada de ella — se encogió de hombros — ¿un mojito?

Macarena comenzó a reír, la oferta de alcohol significaba una tarde divertida. Era un rol que se había instalado en su amistad, era como un código de sinceridad donde podían desahogarse sin ser juzgadas.

El dolor de cabeza era un recuerdo muy detallado de la calidad de los mojitos que tomaron la tarde anterior, provocando un ambiente tan predispuesto que alargaron su reunión improvisada hasta bien entrada la noche. Laura era incapaz de aguantar la mirada, más de diez minutos sobre la pantalla del ordenador, además, cuando se movía más rápido de lo habitual, comenzaba a sentir un mareo digno de una buena noche de diversión.

—Laura… — Macarena asomó la cabeza por la puerta de su despacho — ¿estás bien?

—Sigo respirando… — Laura se sujetaba la cabeza entre las manos — así que aún sigo viva… o eso creo.

—Me levanté preocupada por ti y quise ver como estabas antes de irme a una reunión… — Macarena entró y se sentó en la silla que había frente a su escritorio.

Ambas se miraron y una risa surgió espontáneamente al recordar lo mal que había empezado la tarde y lo bien que había acabo la noche de manera completamente fortuita.

—Laura, ¿tienes aspirinas o alguna droga dura? Creo que esta resaca me va a matar… — Jimena interrumpió en el despacho de Laura sin previo aviso y al ver a Macarena allí sentada, se quedó inmóvil bajo el marco de la puerta, sin ser capaz de reaccionar.

—Vaya caras tenéis… — dijo Macarena con tono divertido al ver la reacción de Jimena — resulta que no sois más que unas aficionadas… parecéis adolescentes que no saben beber… — Macarena no le quitaba los ojos de encima a Jimena, mientras ella continuaba sin ser capaz de aguantarle la mirada.

—Ohh, ohh… — musitó Laura para luego salir corriendo al baño con signos claros de una inminente intención de vomitar.

Macarena comenzó a reír a carcajadas al ver a Laura salir corriendo para no hacer estropicio en la alfombra de su despacho.

—Mmmm… creo que… — Jimena gesticulaba con su mano señalando por el pasillo — adiós — dijo rápidamente y salió de allí con paso firme.

Necesitaba huir, todavía sentía vergüenza por su comportamiento el día de la boda en casa de sus padres. Jimena pasó las últimas treinta y seis horas, intentando encontrar una explicación que justificase su comportamiento al decir todo lo que dijo, tanto a Macarena como a Laura, su mejor amiga.

—¡¡Jimena!! Espera… — Macarena fue rápida y alcanzó a Jimena justo en la puerta de su despacho — ¿crees que Laura necesita ayuda? — señaló la puerta del baño donde había entrado Laura con mucha prisa.

—Imagino que no — Jimena miró hacia el baño, convencida de sus palabras — no es su primera borrachera, créeme.

—Así que… — Macarena sonreía ante el recuerdo de imaginarse a Jimena y a Laura de jovencitas disfrutando de una buena juerga — habéis sido unas adolescentes muy gamberras...

—Imagino que… como todo el mundo con esa edad — Jimena tenía que hacer un sobre esfuerzo para seguir evitando cualquier contacto visual.

Sin embargo, la actitud de Macarena era completamente diferente, su tono era conciliador, no se mostraba enfadada, no había un ápice de rencor, ni en sus palabras, ni es sus gestos, y eso provocaba que la vergüenza de Jimena, creciese a pasos agigantados.

—Bueno ya… Jimena… — Macarena consiguió llamar su atención con un tono dulce — ¿nos dejamos de tonterías?

—Sí… — Jimena levantó al fin la mirada para encontrarse con la mirada limpia de Macarena — ¿quieres que hablemos de lo que sucedió en la boda?

—De todo Jimena… — Macarena se sentó en la silla enfrente del escritorio de Jimena — creo

que nos debemos varias explicaciones… — la invitó con un gesto amable a que se sentase frente a ella.

—¿Estás enfadada? — preguntó Jimena con cautela.

—¿Por qué iba a estarlo? — Macarena sonrió divertida y su mirada ardía en picardía.

—Por dejarte con las ganas — Jimena entró en el juego al descubrir el brillo revolotear en su mirada.

La actitud de Macarena le permitía a Jimena desviar el tema, le resultaba más fácil el juego provocador que insinuaba Macarena, que confesar que le aterró la situación y la pagó con todos a su alrededor y, en especial, con ella.

—Tranquila, seguro que al final, acabas en mi cama — Macarena intentó quitarle hierro a la conversación, pensó que sería más cómodo para las dos si hablaban en un ambiente relajado.

—Creo que deberíamos dejar lo que sea… — Jimena miró a Macarena, su tono sonaba más serio ahora — lo que sea esto — señaló con el dedo a las dos.

—¿En serio? — Macarena continuaba con un tono conciliador — ¿no te molestarás en conocerme? — se cruzó de brazos y se recostó sobre el respaldo de la silla.

Macarena miró fijamente a Jimena, atenta a su respuesta, aguardó sin desviar lo más mínimo su mirada de aquellos ojos verdes.

—Ya te conozco — respondió Jimena y desvió la mirada, no era capaz de lidiar con esa intensidad.

—No, qué va… — Macarena sonrió mientras negaba con la cabeza — te da miedo descubrir cómo soy, porque sabes que te enamorarás… — miró fijamente a Jimena y observó detenidamente cualquier reacción a su comentario — no tenías por qué pegarme — cambió de tema rápidamente al ver que la mirada de Jimena, se llenaba de confusión y apreció algún destello de miedo.

Esta vez, fue Macarena quien desvió la mirada, se sentía incapaz de lidiar con algo tan complejo como el amor, pero necesitaba resolver todas sus dudas.

—Lo siento… — fue el turno de Jimena para bajar su mirada — de verdad que lo lamento… pero tuve mis razones — sentenció como si en aquella justificación se revelaba una verdad absoluta.

—¿Razones? — Macarena preguntó sorprendida — fuiste cruel… — a pesar de las duras palabras, su tono era dulce.

—Me enamoré — espetó Jimena mientras se encogía de hombros, no podía ocultar durante más tiempo su verdad.

—¿Te enamoraste? — Macarena se quedó perpleja por una revelación de esa magnitud.

—Por lo menos una parte de mí, se enamoró… ese beso… — Jimena cerró los ojos y sonrió al reproducir los recuerdos que todavía erizaban su piel — has desequilibrado mi vida en cuestión de días… y no sé gestionarlo… y tu odio hacia mi… tampoco.

—Yo no te odio, Jimena… — Macarena sonrió resignada — pero odio como me siento… solo puedo decirte eso.

—No, no hagas esto… — Jimena miró fijamente a Macarena y sus ojos se llenaron de lágrimas que luchaban por no precipitarse.

—Lo nuestro fue bonito y real, demasiado… — Macarena sintió la necesidad de devolverle la misma sinceridad que Jimena le había regalado — lo más bonito que me ha pasado en la vida.

Las dos se expusieron conscientemente una frente a la otra, era momento de fragilidad, de vulnerabilidad, de mostrarse indefensas, pero siendo sinceras y veraces. Se miraban fijamente, queriendo gritar todo lo que llevaban tiempo ocultando en su interior. El estruendo de la puerta,

cerrándose enérgicamente, fue lo único que las sacó de su trance.

—Llévame a comer o me moriré — Laura hacía su aparición más pálida de lo habitual.

Macarena le guiñó un ojo a Jimena y con una sonrisa encantadora, se despidió de ella. Giró sobre sus talones y cogió a Laura por el brazo y juntas salieron del despacho de Jimena, a diferencia de Macarena, Laura ni tan siquiera se despidió de Jimena, continuaba enfadada con ella y solo era capaz de dedicarle alguna mala cara.

Una invitación agridulce

Jimena estaba centrada en su estudio, no dejaba de dibujar cualquier cosa que se le pasase por la cabeza, era su forma de aislarse del mundo, de no pensar, de que nada doliese. El áurea fría y distante entre ella y Laura, crecía cada día que no se habían sentado a hablar para intentar solucionar las cosas. Laura esperaba que Jimena enterrase su orgullo y fuese a pedirle perdón, mientras que Jimena esperaba que Laura fuese capaz de entender la situación y no se tomase en serio sus palabras. Una por la otra, su amistad se estaba desquebrajando. Los días iban pasando y no eran capaces de mantener una conversación sin acabar pronunciando una palabra más alta que otra. Sus conversaciones se limitaban a cosas referentes al trabajo y, simplemente, respondían con monosílabos. Jimena sentía como una presión se instalaba en su interior cada vez que Laura estaba frente a ella, de cierta manera, intentaba buscar una forma de solucionar aquella situación, pero su cobardía estaba más presente que nunca. Necesitó más de una noche llena de desvelo, para darse cuenta de lo arrepentida que estaba de cada una de las palabras que salió por su boca, derramando toda su ira sobre su mejor amiga. Estaba dispuesta a pedir perdón, a hablar con ella, sincerándose sobre todo lo sucedido, pero conocía a su amiga, sabía que debía esperar a que se mostrase un poco más accesible. Continuaba tan concentrada en los planos del proyecto, que no fue capaz de oír como alguien llamó a su puerta y que, al no obtener respuesta, entró directamente de una forma sigilosa. Jimena era completamente inconsciente de la presencia en su despacho, no fue hasta que la tuvo frente a su mesa, que sintió como la observaban y levantó la vista. Se quedó estática al descubrir una visita inesperada.

—Laura… — Jimena no disimuló su sorpresa — hola…

Hacía días que Laura no aparecía por su despacho y, mucho menos, la buscaba para mantener una conversación.

—Vengo a proponerte algo… — Laura mantenía su mirada en los ojos de Jimena y su tono desprendía desdén — que te quede claro, qué es porque no tengo más remedio…

—Claro… — respondió Jimena esperanzada — lo que sea… — esperaba que esa proposición le brindase la oportunidad de reconciliarse con su amiga.

—No quiero ser maleducada… — Laura taconeaba con un nerviosismo visible — pero me veo obligada a pedirte que vayamos juntas a la cena anual en el Palacio El Limonar de los Premios a los Empresarios del año…

—¿Y por qué crees que eres maleducada? — Jimena preguntó sin entender a Laura.

—Porque no quiero ir contigo, pero creo que es bueno para el estudio… — Laura resopló exasperada por la conversación.

—Laura… — Jimena se levantó para mirar a Laura a los ojos desde la misma altura — dame un voto de confianza.

—No quiero saber nada de ti… — Laura cruzó los brazos sobre su pecho — ¡¡¿ves?!! Ahora estoy siendo maleducada.

—Muy bien… — Jimena recogía los papeles esparcidos sobre su escritorio mientras hablaba — tranquila Laura, iremos juntas por el bien del estudio… — pasó junto a su amiga y espetó — tengo muy claro, cuál va a ser nuestra relación a partir de ahora.

Jimena cogió su bolso y caminó hacia la puerta con paso decidido.

—Muy bien… — Laura musitó sus palabras desde el mismo sitio, ni tan siquiera se había movido un ápice — nos veremos en la puerta.

Laura oyó como se cerraba la puerta y se quedaba sola en el despacho de Jimena, una lágrima rodó por su mejilla. Sacó todo el aire que contenían sus pulmones y lanzó la invitación sobre la mesa, se limpió los restos que dejó el paso de la lágrima por su piel y se fue de allí en completo silencio.

Habían pasado dos días desde que Laura había entrado en su despacho y Jimena seguía notando la presión en el pecho que le impedía respirar con normalidad. Tenía que solucionar su amistad con Laura, así que, decidida a encontrarla, Jimena fue a buscarla al único sitio donde las posibilidades de encontrarla eran mayores, el restaurante de Massimo. Laura llevaba días intentando pasar el menor tiempo posible en el estudio, los encuentros con Jimena eran cada vez más desagradables.

—Jimenita… — Massimo le brindó un tierno abrazo — ¿Cómo estás?

—Hola, Massimo… — Jimena sonrió ante el gesto cariñoso de Massimo — estoy buscando a Laura… por casualidad…

—Lo siento… — Massimo posó una mano en su espalda y la acompañó hasta una mesa al fondo — sé lo sucedido… no puedo decirte nada… es algo entre vosotras…

—Lo entiendo — respondió Jimena con resignación mientras se sentaba en la mesa que la había indicado.

—Ahora disfrutarás del riquísimo plato del día… — Massimo se arregló los puños de su camisa y luego se ató el delantal negro que lucía con orgullo — pasta a la amatriciana… deliziosa…

—No lo dudo… — las palabras de Jimena desprendían poco interés, reflejaba la decepción que sentía al no encontrar a Laura.

Si Laura no se pasaba por el estudio, si no estaba en el restaurante de Massimo a la hora de comer y si no estaba en la cafetería de la esquina por la mañana tomándose su primer café del día, ya no sabía dónde encontrarla.

Jimena se centró en su móvil, en él encontró al aliado perfecto para combatir el aburrimiento de comer sola, desafiando a la soledad de su mesa situada en el rincón del restaurante. Durante unos minutos, consiguió aislarse de todo lo que sucedía a su alrededor. Su intención era intentar alargar su estancia en el restaurante, aumentando así, la posibilidad de encontrarse, por una casualidad forzada, con Laura. Si su premonición se cumplía, podía ofrecerle una explicación de su comportamiento erróneo, pero, sobre todo, pedirle perdón sinceramente y recuperar su amistad. La echaba de menos y no lo podía negar. Y como si alguien hubiese escuchado sus deseos para hacerlos realidad, Laura cruzó la puerta del restaurante luciendo su mejor sonrisa y con una actitud risueña. Jimena se levantó de su silla como si tuviese un resorte, se arregló la falda y observó como su amiga saludaba a Massimo cariñosamente, caminó con su mejor sonrisa y decidida a enfrentarse a sus errores, pero cuando, tan solo le quedaban un par de metros para

alcanzar su objetivo, Macarena apareció en escena inesperadamente. Se acercó a saludar a Massimo sin darse cuenta de la cercanía de Jimena, un leve movimiento involuntario de sus ojos, encontraron a los ojos verdes brillantes de Jimena, que se encontraba completamente paralizada frente ella. Para Macarena, ese encuentro resultó exactamente igual de inesperado, la mujer, que ocupaba sus pensamientos desde hacía varias semanas, se encontraba frente a ella sin previo aviso. Las dos se quedaron atónitas cuando sus miradas se encontraron, estuvieron así unos largos segundos en los que no hicieron más que mirarse fijamente y sus respiraciones desaparecieron de forma súbita. En los ojos de ambas, se descubría como se estaba librando una batalla de orgullo, donde a pesar de estar al borde, ninguna lágrima estaba dispuesta a salir primero o morirían. Ni Jimena ni Macarena, estaban dispuestas a ser vulnerables frente a la otra. Tras unos segundos intensos donde el tiempo se detuvo, Jimena decidió romper el contacto visual e intentar actuar con normalidad, aunque sabía que era prácticamente imposible. Así que, cerró los ojos y se centró en su objetivo, en Laura, debía aclarar las cosas y conseguir que su mejor amiga la perdonase.

—Laura… — Jimena se acercó centrando su mirada solo en Laura — ¿podemos hablar? — Laura asintió levemente y se cruzó de brazos, Jimena interpretó que Laura esperaba que continuase — siento mucho la forma en la que te hablé… todo lo que te dije… de verdad que… lo siento mucho.

Laura se mostró impasible ante las disculpas de Jimena, debía disimular a como diese lugar, que sus lágrimas estaban a punto de aparecer. Tenía la difícil tarea de mostrarle a Jimena que sus actos tienen consecuencias, que no podía deshacerse de palabras tan hirientes y esperar que todo continuase con la misma normalidad.

—Muy bien… — la actitud de Laura era fría y distante — ¿eso es todo? Porque me están esperando.

—¿Vosotras dos? — Jimena preguntó incrédula al ver como Laura miró a Macarena y ella asintió confirmando que tenían algún tipo de planes juntas.

—Sí, Jimena, nosotras dos — respondió Macarena cruzando los brazos sobre su pecho y dando un paso al frente — ¿Por qué no iba a tener una cita con Laura? Te recuerdo que es una mujer increíble, fascinante… a la que no has valorado… y a mí tampoco — sentenció con la voz muy seria.

Jimena comenzó a sentir como ardían sus ojos llenos de lágrimas para terminar precipitándose por su rostro sin ningún pudor, sentía como albergaba un dolor en su interior. La habían herido como nunca antes. Cada palabra que pronunció Macarena, era un dardo envenenado que se le clavaba en el alma, además de estar despedazando, de paso, su orgullo.

—Así que… — Laura sintió que el amor que sentía por su amiga, rompía su escudo y debilitaba su postura — si eso es todo, nos tenemos que ir — cogió la mano de Macarena y salieron del restaurante juntas y sin mirar atrás.

Jimena se secó con el dorso de la mano, los restos de la última lágrima que derramó y miró confundida a Massimo, que sonreía sin dejar de observar a su novia mientras cruzaba la puerta cogida de la mano de Macarena.

—¿Qué puedo decir?... Laura es una mujer empoderada… — dijo Massimo guiñándole un ojo a Jimena y desapareciendo por la puerta que daba a la cocina, dejándola completamente sola y desconcertada por lo que acababa de suceder.

Para Jimena, ser testigo en primera fila de la complicidad que existía entre su mejor amiga y Macarena, la ofuscaba tanto que sintió como unos pequeños témpanos de hielo, atravesaban su corazón. Sintió la necesidad de buscar un refugio seguro y urgente, así que corrió hacia el baño y

allí se permitió llorar, el torrente de lágrimas saladas comenzó a derramarse cuando el sonido de la puerta al cerrarse invadió toda la habitación. Después de esos segundos, dónde se permitió ser frágil y vulnerable, se lavó la cara con agua fría en un intento de sosegar el remolino que la invadía y volvió a su mesa como si nada hubiese pasado. Recogió sus cosas, dejó dinero de sobra para pagar su cuenta y salió de allí con una falsa sonrisa con la que pretendía aparentar normalidad. El encuentro con Laura y Macarena, juntas, la había dejado más tocada de lo que era capaz de reconocer.

Jimena se subió a su coche y condujo mientras el sol se ocultaba en la lejanía, necesitaba despejar su cabeza, calmar la maquinaria de su mente y hacer kilómetros conduciendo era algo que le ayudaba. Puso en bucle su música favorita en la radio del coche y su subconsciente la llevó de regreso a Sevilla, a su ciudad. Su lugar favorito. Había conducido casi tres horas, llegó a altas horas de la madrugada y caminó por las calles de Sevilla sin un rumbo fijo. Un olor a azahar la llevó hacia el puente de Isabel II, en dirección al barrio de Triana. Sonrió al ver la alegría de los jóvenes con los que se cruzaba en su camino, era viernes y se notaba en el ambiente las ganas de fiesta. Los jóvenes galantes se vestían con sus mejores vaqueros y se rociaban excesivamente con alguna colonia barata, mientras que las chicas, se ponían sus mejores galas y se maquillaban, preparadas para divertirse durante toda la noche. El ambiente de diversión flotaba en el aire, contagiando a Jimena de tal manera, que no pudo evitar sonreír al ver la intención de comerse la noche con la que aquellos jóvenes paseaban por las calles de Triana. Caminó por el borde del Guadalquivir, llegó hasta la basílica de La Macarena, paseó entre los jardines del parque de María Luisa, recorrió todo Sevilla y consiguió despejar su mente, y lo más importante, se deshizo de la presión que habitaba en su interior desde hacía varios días. El sol volvía a despuntar en el horizonte, había pasado la noche entera paseando y cuando los rayos de sol iluminaban las calles, detuvo los pasos y decidió su próximo destino. El más acertado. Sus pasos la llevaron hasta la puerta de la casa de sus abuelos, sonrió al descubrir que aquella puerta de madera, seguía manteniendo el mismo brillo que recordaba de pequeña. Tocó el timbre y al entrar, sus pasos la llevaron hasta un patio lleno de geranios. Macetas pintadas a mano llenas de flores con mil colores, le dieron la bienvenida que necesitaba. Caminó hasta llegar a la mesa camilla en medio del patio, donde se encontraba su abuela Carmen leyendo alguna de sus novelas. Esos libros que habían vivido durante toda su vida en las viejas estanterías del salón principal y que su abuela no se cansaba nunca de leer una y otra vez.

—Hola abuela… — Jimena saludó a su abuela con un beso sonoro en la mejilla y forzando la sonrisa.

—Hija, no te esperaba — Carmen cerró aquella novela que tenía entre las manos y miró fijamente a su nieta — ¿Qué sucede, Jimena?

—Nada… — Jimena desvió la mirada y se centró en las baldosas que decoraban el suelo del patio central de la casa.

—A tu abuela no le digas mentiras — Carmen señaló la silla junto a ella y esperó hasta que Jimena obedeciese para continuar — está muy feo… — puso su mano sobre la mano de Jimena — además no sirve de nada, tu abuela sabe cuándo te pasa algo… así que cuéntame — su abuela le sonrió y su mirada derribó cualquier armadura que Jimena tuviese.

—He discutido con Laura — confesó al fin.

—¿Solo es eso? — volvió a preguntar Carmen sin dejar de mirar a su nieta.

Jimena la miró confundida, en ese momento no sabía a donde pretendía llegar, pero lo que no podía negar es que la conocía bien, demasiado bien.

—Bueno… — Jimena miró el suelo, dibujando con la punta de su pie, las líneas que dibujaban

las juntas de los azulejos — es complicado, abuela…

—Las cosas del corazón siempre lo son, hija — Carmen soltó la mano de su nieta y se acomodó en su silla.

—Bueno, abuela… — Jimena miró sus manos y comenzó hacer un nudo entre sus dedos con la tela de su camisa — ya sabes que mi vida amorosa… — miró a su abuela — sobre Lucca… tengo que decirte que… todo fue una farsa… ya sabes cómo es mi padre…

—Que lista eres para unas cosas y qué sonoro en la mejilla y forzando la sonrisa.

—Hija, no te esperaba — Carmen cerró aquella novela que tenía entre las manos y miró fijamente a su nieta — ¿Qué sucede, Jimena?

—Nada… — Jimena desvió la mirada y se centró en las baldosas que decoraban el suelo del patio central de la casa.

—A tu abuela no le digas mentiras — Carmen señaló la silla junto a ella y esperó hasta que Jimena obedeciese para continuar — está muy feo… — puso su mano sobre la mano de Jimena — además no sirve de nada, tu abuela sabe cuándo te pasa algo… así que cuéntame — su abuela le sonrió y su mirada derribó cualquier armadura que Jimena tuviese.

—He discutido con Laura — confesó al fin.

—¿Solo es eso? — volvió a preguntar Carmen sin dejar de mirar a su nieta.

Jimena la miró confundida, en ese momento no sabía a donde pretendía llegar, pero lo que no podía negar es que la conocía bien, demasiado bien.

—Bueno… — Jimena miró el suelo, dibujando con la punta de su pie, las líneas que dibujaban las juntas de los azulejos — es complicado abuela…

—Las cosas del corazón siempre lo son, hija — Carmen soltó la mano de su nieta y se acomodó en su silla.

—Bueno, abuela… — Jimena miró sus manos y comenzó hacer un nudo entre sus dedos con la tela de su camisa — ya sabes que mi vida amorosa… — miró a su abuela — sobre Lucca… tengo que decirte que… todo fue una farsa… ya sabes cómo es mi padre…

—Que lista eres para unas cosas y que tonta para otras… — Jimena sonrió ante el comentario de su abuela — ¿crees que no me he dado cuenta lo que pasa entre tú y Macarena?

—Abuela yo… — Jimena miró al techo y aguantó todo loe tonta para otras… — Jimena sonrió ante el comentario de su abuela — ¿crees que no me he dado cuenta lo que pasa entre tú y Macarena?

—Abuela yo… — Jimena miró al techo y aguantó todo lo que pudo para no derramar las lágrimas que albergaba en sus ojos.

—Mira hija, yo sé que entre tú y el *buenoparanada* de tu hermano Gonzalo… — Carmen puso las manos sobre su regazo — hay una guerra eterna que te destroza…

—Es muy complicado… — Jimena se sentía avergonzada al saberse descubierta por la persona que más respetaba y quería.

—Hija, te empeñas en algo… — Carmen levantó un tono su voz y dejó de ser un tono que rozaba el susurro — te escondes detrás del qué dirán y te estás perdiendo algo maravilloso por descubrir.

—Abuela, yo… yo no creo que de nada… solo un malentendido… — Jimena miró a su abuela buscando consuelo — una confusión.

—Tienes que mirar más allá, déjate llevar por lo que sientes ahí dentro — Carmen puso su mano en el pecho de su nieta, justo en la zona del corazón — es una buena chica y estoy segura de que, ella también te quiere.

—Abuela… me he portado fatal… — Jimena se sentía abatida, llegada a este punto — no sé

qué hacer — escondió la cabeza entre sus manos.

Un sentimiento de culpa invadió su pecho, había mentido a una de las personas más importantes de su vida, sin embargo, su abuela había sido la única que se dio cuenta de lo que realmente sucedió entre Macarena y ella.

—Acompáñame dentro, hija… — Carmen se levantó y cogió el libro que estaba leyendo cuando Jimena llegó a su casa — hay que ver como refresca por las mañanas… y quiero desayunar…

Jimena obedeció y la acompañó hasta la puerta de la cocina, las dos caminaron en absoluto silencio.

—Abuela, buen provecho… voy a casa de mis padres, dormiré un poco y volveré a Málaga… esta noche tengo un compromiso… — Jimena le dio un beso de despedida, pero Carmen no la dejó marcharse sin terminar de decir lo que llevaba dentro.

—Jimena, busca a esa chica, quítate la venda del corazón, permítete ser tú misma y estar con quien te ve como realmente eres, no con quien te dicen que debes estar… — le correspondió con un sonoro beso en la mejilla — te quiero hija, pero estás perdida, te empeñas en ver el árbol que tienes delante y no te permites ver el bosque entero.

—Yo también te quiero abuela — Jimena sonrió y se despidió de su abuela con cariño.

Jimena se fue pensativa de casa de su abuela, las palabras que le dedicó antes de despedirse en la cocina, le habían calado. Carmen era una mujer sabia y sus palabras fueron las más directas y acertadas.

Laura miró la pantalla de su móvil y resopló al comprobar la hora que era, le quedaban menos de tres horas para la cena de los Premios a los Empresarios del año de Málaga. Evento al que no le apetecía ir y, mucho menos, le apetecía pasar toda la noche como acompañante de Jimena. Dejó el móvil sobre la mesa de una forma brusca, perdiendo la delicadeza en sus gestos y bebió un trago bastante largo de su cerveza, mientras Macarena la mirada atenta sin entender su actitud. Esperaba expectante algún tipo de explicación a su cambio tan repentino después de ver su móvil, miró completamente desconcertada a Laura y sonrió.

—¿Sabes quién va a la cena en el Palacio El Limonar? — preguntó Laura con un tono que desprendía ironía.

—¿La cena de los Premios a los Empresarios del año? — preguntó Macarena con los ojos entrecerrados.

—Sí — Laura asintió un poco sorprendida de que Macarena conociese ese evento — ¿sabes cuál es?

—Mi padre es uno de los galardonados… — la explicación de Macarena fue interrumpida por Laura, que no le permitió finalizar.

—Pues mi estudio está invitado… — Laura volvió a beber de su cerveza — y voy con Jimena.

Macarena rompió a reír a carcajadas, Laura ladeó la cabeza sin entender donde encontraba la gracia de lo que acababa de contarle.

—Yo también voy — confirmó Macarena entre risas.

—Genial… — Laura volvió a beber de su cerveza — bollodrama a la vista… — contagiada por las risas de Macarena, finalmente rompió a reír también — esto cada vez se pone más interesante…

—Y tanto… — Macarena se recuperó del ataque de risa — y yo que no quería ir, pero ahora me muero por estar allí.

—Esta cena va a ser divertida… — dijo Laura con tono divertido — pues te digo una cosa… resulta que tengo un vestido que va a quitarle la respiración a cualquiera en esa cena.

—Entonces, tendré que estar a la altura de la ocasión — dijo Macarena con una amplia sonrisa y levantó su vaso para brindar con Laura, luego miró su reloj y se apresuró a recoger sus cosas — Laura nos quedan dos horas, si no queremos llegar tarde, nos tenemos que ir ya.

Ambas se bebieron de un trago la cerveza que les quedaba en sus vasos y salieron del lugar a toda prisa. El evento que tenían esa misma noche, se había convertido en algo completamente irónico, pasó de ser una cena aburrida, a una noche llena de provocaciones hacia Jimena. Laura intentaba entender todavía por qué su amiga se había comportado así con ella y, sobre todo, porque estaba siendo tan cobarde.

¿Quién es esa?

Esta noche era importante tanto para Laura, como para Jimena, darse a conocer en una cena tan importante, sería muy beneficioso para su estudio, tendrían la ocasión de conseguir algún que otro proyecto importante. Así que, Laura se prometió a ella misma, que intentaría evitar a toda costa cualquier enfrentamiento con Jimena, debía ser profesional. Por otra parte, Macarena no dejaba de recordar las dulces caricias que los labios de Jimena dejaron sobre los suyos, las suaves caricias que profesaban una sinceridad aplastante. Eso era imposible que lo hubiese fingido. Jimena fue capaz de provocar un tornado que arrasó con su cordura y puso su vida patas arriba, simplemente con sus besos. Antes de salir de casa, Macarena llegó a la conclusión de que debía bloquear esos recuerdos, si quería salir ilesa de esa cena, así que, con un complejo mecanismo de autoprotección, despejó su mente liberándola de cualquier recuerdo. Supervivencia pura y dura para no morir en el intento.

El karma fue caprichoso y les brindó la mejor de las suertes para obtener un encuentro fortuito a las viejas amigas. Laura y Jimena se toparon en la entrada del evento, junto a la mesa de protocolos, las dos esperaban a que la joven azafata les indicase cuál era su mesa. Se miraron fijamente y durante unos segundos, sus ojos se llenaron de lágrimas por la añoranza que se tenían.

—Hola Jimena — musitó Laura con un tono neutro.

—Hola Laura — Jimena, usó un tono reconciliador — ¿Cómo estás?

—Bien — Laura era tajante en sus contestaciones — ¿ya sabes en qué mesa estamos? — a pesar de las veces que se prometió a ella misma, que sería cordial por una noche, cada vez que los recuerdos de Jimena estrellando contra ella toda su rabia volvían a su mente, no tenía fuerza de voluntad para cumplir su promesa.

—No, la chica está buscando nuestros nombres… — Jimena se mostraba tímida — Laura, yo…

—Mesa quince, a la izquierda del pasillo principal — la azafata las interrumpió, dejando a Jimena con las ganas de sincerarse con su amiga.

—Muy bien, gracias — contestó Jimena con una sonrisa resignada.

Jimena y Laura entraron al evento en completo silencio, pero a pocos metros de sus asientos, Laura desvió sus pasos y se alejó de Jimena. Ella, al ver el gesto de su amiga, caminó cabizbaja hasta la mesa quince y tomó asiento. Laura apareció a los pocos minutos con una copa en la mano y cara de pocos amigos, separó de la mesa la silla contigua a la de Jimena y sin mediar palabra, sonrió amablemente a su amiga y se acomodó en la silla colocándose la servilleta de tela sobre su regazo.

—Macarena… — Jimena pronunció aquel nombre con dificultad, al ver como la mujer que se había colado en su mente desde hacía varias semanas, tomaba asiento junto a Laura.

—Hola, Jimena… — Macarena saludó de una forma educada — ¿Qué tal Laura? — pero enseguida desvió toda su atención a Laura.

Durante la cena, Laura y Macarena no dejaron de hablar entre susurros y se sonreían cómplices, ignorando por completo a Jimena. Estaba claro del nivel de confianza que había

crecido entre ellas y la disfrutaban sin dejar de sonreír, risas que contrastaban con las malas caras de Jimena. Después de un largo rato, soportando las confidencias secretas que se dedicaban Laura y Macarena, Jimena comenzó a sentir como poco a poco en su interior aparecía un calor que la hacía montar en cólera, porque no soportaba verlas así de bien. Su torrente sanguíneo ardía y dejaba quemaduras por donde pasaba.

—¿Por qué no os buscáis un hotel? — espetó Jimena con desdén.

—Laura, ¿me acompañas? Me gustaría presentarte a alguien — esta fue la forma elegante de Macarena, para acabar con la discusión y no dar pie a un enfrentamiento absurdo.

Jimena observó cómo se alejaban juntas de la mesa y, desde su silla, vio como Macarena posaba cariñosamente su mano en la espalda de Laura y la guiaba hasta la barra.

—¿Qué quieres tomar? — la voz de Macarena sonó amable y atenta.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? — Laura seguía alterada por el comentario de Jimena.

La mala relación que continuaba existiendo entre ellas, era visible y casi palpable.

—Laura, no le voy a dar el gusto de verme mal o afectada — a pesar de que Macarena continuaba sonriendo, su mirada era triste y tenía brillo apagado — disfrutemos de la noche, además luego viene alguien que quiero que conozcas… creo que os llevaréis muy bien… — sonrió al ver el gesto lleno de picardía que lucía Laura.

—Entonces, quiero un gin-tonic — espetó Laura con un cambio de actitud.

—¡Hecho! — Macarena sonrió contagiada por la actitud de Laura — camarero, por favor…

Laura y Macarena estaban disfrutando de la fiesta, después de un par de copas, habían conseguido dejar atrás cualquier mal rollo que le nublase la noche. A esas horas de la noche, Macarena y Jimena estaban muertas de la risa en medio de la pista mientras bailaban los últimos éxitos musicales. La diversión que prodigaban sus bailes, no dejaba indiferente a nadie, todo el mundo sonreía contagiándose de su alegría. Desde una distancia prudencial, Jimena las observaba casi sin parpadear, los celos y la envidia comenzaban a apoderarse de ella. Ver como Laura recibía todas las atenciones de Macarena, solo provocaba un huracán en su interior, generando una rabia difícil de gestionar.

Jimena se apoyó al final de la barra, era un sitio estratégico, ya que, desde su posición, podía captar cada detalle de la complicidad que existía entre ellas, de sus gestos, sus risas y sus movimientos, mientras su cólera iba aumentando. El calor que nacía en su interior, le descubría las ganas que tenía por ser ella la que estaba en la pista, se moría por vivir eso, por recibir todas las atenciones que Macarena deleitaba a Laura. La destreza y maestría que mostraba Macarena en cada movimiento de su baile, encendía a Jimena de la misma manera que lo había hecho la noche de la despedida de su hermano, el remolino que destrozaba su cordura volvía a generarse violentamente. Jimena aprovechó la proximidad de una de las camareras y comenzó a hablar con ella, fue un intento casi desesperado para desviar su atención de los movimientos de Macarena junto a Laura. La música era ochentera, todos los éxitos de la movida madrileña que cambiaron el panorama musical de España, sonaban uno detrás de otro, creando un ambiente simpático después de la seriedad de la entrega de premios. Jimena decidió centrarse en la conversación con la camarera, la escena que estaba sucediendo en medio de la pista de baile, estaba resultando ser una tortura. Intentó centrarse en el humor raro de la camarera, una huida desesperada por distraerse, le reía las gracias a la joven, pero continuaba sin entender nada de lo que decía. Ponía todo su esfuerzo en intentar seguir la conversación con la joven camarera, pero su subconsciente la traicionaba y desviaba su mirada buscando a Macarena, descubriendo, en más de una ocasión, que ella también le dedicaba una mirada intensa. Aguantaron estoicamente sus miradas durante unos segundos, el brillo por la sorpresa del encuentro fortuito y catastrófico de esa noche,

continuaba bailando en sus miradas. Se avecinaba una hecatombe, dos fuerzas de la naturaleza coincidían en el mismo lugar. Volvieron a desviar su atención al sentirse abrumadas por la intensidad que desprendían.

Minutos después, Jimena buscó inconscientemente a Laura, intentando evitar otra mirada con Macarena que le cortase la respiración, pero no había rastro de su amiga. Sin embargo, en medio del recorrido visual por toda la pista, descubrió a Macarena hablando, en un ambiente muy cariñoso, con una chica joven. La chica no dejaba de sonreír, era una chica con una melena larga, morena y de piel blanca. Las dos sonreían, desde la lejanía, aparentaban que estaban en una situación cariñosa, llena de confianza. Macarena descubrió, por casualidad, la atenta mirada de vigilancia que Jimena ejercía sobre ella, sonrío al detectar el interés que le profesaba. Decidió jugar al juego de la provocación, deseaba descubrir cuáles serían los efectos causados en su atenta admiradora, tenía una curiosidad urgente por conocer sus límites. Macarena acercó su cuerpo al de la chica morena de una forma que rozaba la ilegalidad y con una intención indudable, le susurró al oído y ambas rieron fuerte, aquella escena provocó en Jimena, unos celos que la devoraban lentamente por dentro. Macarena y aquella joven, comenzaron a bailar de manera despreocupada, con movimientos divertidos y sin dejar de sonreír, transmitiendo la alegría en cada baile. Jimena continuaba sin poder apartar la mirada de ellas, así que, Macarena quiso apostar todo a una simple idea, aumentó de forma exponencial, la sensualidad en cada uno de sus movimientos junto a la joven. Jimena se removió incómoda sobre su asiento al ser testigo de tal espectáculo. Macarena respondió a la mirada llena de ira por parte de Jimena y sonrió con arrogancia, volvió a jugar a la provocación y se acercó todavía más a la chica que le acompañaba, le susurró de nuevo algo al oído y la joven no pudo contenerse ante aquellas palabras y lanzó sus manos a recorrer con destreza toda la espalda de Macarena, fueron bajando hasta el punto de estrujar sus nalgas y pegarse al cuerpo de Macarena todavía más. Jimena gruñó siendo testigo, sin querer, de un acto lleno de deseo, Macarena sonrió victoriosa al ver su reacción, se separó de la joven y se fue hacia el baño sonriente, orgullosa por lo que había sido capaz de provocar en Jimena. La chica joven continuaba sola con sus movimientos de baile en medio de la pista, mientras esperaba el regreso de Macarena. La rabia de Jimena comenzó a recorrer velozmente su interior al descubrir la sonrisa complaciente que lucía la joven después de un baile lleno de sensualidad. Un calor abrasador presionaba su garganta casi ahogándola, se disculpó con la camarera de forma rápida y atropellada, y siguió los pasos de Macarena que la conducían hacia el baño.

—¡¡Tú!!… — Jimena señaló con un dedo a Macarena, mientras ella se lavaba inocentemente las manos — ¡¡¿Cómo te atreves?!! — dio varios pasos con decision, disminuyendo la distancia entre ellas.

—Jimena… cálmate, no tienes derecho… — Macarena tragó saliva con dificultad al ver como Jimena se acercaba decidida a ella con paso firme.

Se acercó tanto a ella, que sus cuerpos se rozaban, agradecidos por el contacto.

—¿De verdad crees que esa niñata estará a la altura de tu deseo? — Jimena recorrió con su dedo índice todo el borde del escote de Macarena sin pudor alguno, su tono era desafiante y su mirada era fuego.

—Bueno, se le ve con ganas de aprender… — Macarena sonreía arrogante.

—No será capaz de saciar el deseo que despierta en ti… — la mano de Jimena bajó lentamente hasta llegar al centro de Macarena, notando por encima de la fina tela, la humedad que emanaba de él.

—¿Quién ha dicho que lo despierta ella? — Macarena susurró tan cerca de los labios de

Jimena, que sus alientos se mezclaban.

Jimena miró fijamente a los ojos de Macarena, descubriendo la oscuridad de deseo que habitaba en ellos. Pasó su lengua lentamente por su labio inferior y los ojos de Macarena observaron atentamente aquel gesto. Dio dos pasos y la acorraló contra la pared que tenía tras ella, sus alientos chocaban contra sus labios, quemando la suave piel a su paso por el calor que desprendían. Continuaban mirándose fijamente, desafiándose por el deseo que crecía violentamente en su interior. Era un verdadero huracán arrasando con todo. Jimena comenzó a disminuir el espacio entre ellas lentamente, llegando a ese punto, donde solo queda matar la pequeña distancia que queda y devorar sus labios de una forma salvaje para satisfacer su apetito. Se quedaron mirándose fijamente a los ojos durante unos segundos, Jimena pudo observar la falsa calma que sus ojos guardaban. Los ojos color miel de Macarena, se convirtieron en unas lagunas oscuras y profundas por el deseo, Jimena estaba decidida a hundirse en una oscuridad tan sublime que desprendían esos ojos. Sus movimientos lentos y profundos eran un auténtico suplicio. Macarena sostuvo el cuerpo de Jimena al borde del precipicio durante lo que pareció toda una eternidad. Con la pasión de Jimena al límite, Macarena le acarició tan lentamente que parecía un acto de magia, iba dejando un camino de besos húmedos sobre su cuello, bajando lentamente para deleitarse con la piel que rodeaba sus pechos. Jimena jadeaba en susurros al sentir las manos de Macarena haciéndose dueñas de su cuerpo. Estaba destrozando su cordura y coherencia a su paso, aumentando su ritmo cardíaco, consiguiendo desear más y más. La lengua de Macarena se apoderó con descaro del hueco que existía entre la clavícula y el cuello de Jimena, ella no pudo contener el placer al sentirla y enredó los dedos en su pelo haciendo presión sobre su piel. El deseo que sentía oscureció sus ojos, mostrando una calidez inmensa por Macarena. Su respiración era irregular, alterada, estaba perdida en la mirada de Jimena que la consumía como el fuego lo consume todo. Decidió que era el momento perfecto para llevarla al éxtasis, se abrió camino sin previo aviso entre su ropa interior e introdujo dos dedos en el interior de Jimena, provocando un jadeo hambriento que nacía de lo más profundo de su garganta. Su cuerpo se deshizo entre sus brazos con incontrolables temblores, que solo pudo sujetarse con fuerza, intentando aguantar la avalancha de placer. No pudo contener la marea que crecía en su interior, cuando su cuerpo se estremeció con los primeros temblores del orgasmo, Macarena se limitó a seguir a Jimena por el precipicio. Abrazada a ella, la sujetó contra su cuerpo, su respiración también estaba agitada, susurraba gemidos sordos contra la piel de Jimena. La besó salvajemente, mordiendo su labio inferior en un intento de acallar sus gemidos cuando el orgasmo la derribó. Jimena notaba latir a su corazón con tanta fuerza que temía que se le saliese de su pecho, su respiración se fue ralentizando hasta llegar casi a su desaparición. El calor que irradiaba su cuerpo, descontrolaba sus sentidos y emociones, ante todo lo que sentía, solo pudo sonreír. No fue suficiente para Jimena, así que, una vez más, poco a poco volvió a encender el fuego de Macarena. Arrastró su mano hasta llegar a su centro, sintiendo leves espasmos coletear por el intenso orgasmo. Con un simple roce en la zona aún sensible, provocaron que los ojos de Macarena destellasen con asombro y deseo. La sonrisa de Jimena desprendía maldad, volvió a llevarla lentamente a su límite una vez más. Quería mostrarle todo lo que existía en su interior, a la mujer que se había deslizado con sutileza en su camino, más allá de las defensas de su corazón dañado. Solo un beso le bastaría para derrumbar esos muros, Jimena le pidió la entrega completa a Macarena, y ella, finalmente, llevó su cuerpo a un punto de agotamiento delirante.

—¿Macarena…? — la voz de la joven con la que Macarena estaba bailando en la pista, las interrumpió de forma tan brusca como inoportuna.

Con un gesto rápido, Jimena consiguió zafarse de entre los brazos de Macarena y dio un paso

atrás. Macarena, al darse cuenta del gesto de Jimena, se colocó delante de la joven y miró con ternura a Jimena.

—Jimena, te presento a Lorena… mi pareja de esta noche — la sonrisa que ambas mujeres lucían, contrastaba con la cara de asombro que lucía Jimena.

Esto sí que era un giro inesperado de los acontecimientos. Jimena salió de allí como alma que se lleva el diablo, caminaba deprisa, sentía que, si detenía sus pasos, todo sería más real de lo que ya lo estaba siendo. Esquivaba a los invitados en su huida con una aguda destreza, una lágrima la traicionó y rodó sin permiso por su mejilla. Un giro rápido a la derecha, otro a la izquierda y, de pronto, sintió como su cuerpo chocó contra otra persona deteniendo su intención de huida, la persona que se interpuso en su camino, la sujetó del brazo con una amabilidad inesperada.

—Jimena… — la mirada de Laura era una mezcla de tristeza y sorpresa — ¿qué pasa?

—¡¡Te habrás divertido!! — Jimena escupió toda la rabia que revoloteaba en su interior contra ella.

Con un movimiento rápido y contundente, Jimena se libró de la suave sujeción de Laura y salió de allí decidida a alejarse de lo que acaba de suceder. De ese acto rápido y vertiginoso donde saciaron su deseo, de la provocación durante toda la noche por parte de Macarena, de la novia de Macarena y todo lo que significaba eso. Bajo la atenta mirada de Laura, llena de sorpresa mientras continuaba estática en el mismo sitio, Jimena se alejó de allí sin que su amiga fuese capaz de entender lo que acababa de suceder.

¡Espera!

Caminaba sin rumbo fijo, sin saber, ciertamente, hacia donde ir, solo intentaba hacer tiempo para no coincidir con Jimena en el estudio. Pasar tiempo con ella en la misma habitación, era lo último que a Laura le apetecía después de los comentarios hirientes que Jimena, le dedicaba cada vez que se cruzaban. Cuando recordaba su mirada llena de odio, sentía una necesidad de alejarse para salvar su salud mental, además, continuaba sin tener ganas de hablar con ella. Laura no era capaz de reconocer en quién se había convertido su amiga, su entendimiento estaba saturado intentando encontrar una explicación a todo lo sucedido. Después de casi dos horas callejeando, llegó hasta un parque y se quedó observando a unos niños jugando y corriendo, mientras sus abuelos y padres, los vigilaban sentados al sol. Se sentó delante de una fuente y se dejó acariciar por el sol, fue un momento lleno de paz, de sosiego para sus pensamientos, momento que fue interrumpido por el sonido de su teléfono. Adiós a la magia.

—¿Sí? — descolgó la llamada sin mirar de quién se trataba.

—Llamaba para pedirte perdón, anoche me fui sin despedirme… — la voz de Macarena sonaba triste — pero tuve un encontronazo con Jimena…

—Ya, y yo también… — Laura se recostó sobre el banco y dejó que el sol calentase su rostro — y no acabó muy bien…

—¿Contigo? ¡¡¿Por qué?!! — preguntó Macarena.

—Pero, ¿sabes qué?... — Laura cerró los ojos y levantó la cabeza — me da igual, estoy harta de intentar entenderla… parece una niña malcriada, que se apañe, paso…

—Laura, es muy duro lo que me estás diciendo… — esta vez, la voz de Macarena sonó sorprendida ante el cambio de actitud de Laura.

—Lo sé — Laura respondió despreocupada mientras se encogía de hombros.

—¿Qué vas a hacer? — Macarena buscó alguna respuesta coherente para salir de todo aquel embrollo.

—¿Yo? Nada — Laura sonreía irónicamente.

—¿Dónde estás? — el tono de Macarena detonaba preocupación.

—Haciendo la fotosíntesis, necesitaba esta paz, esta tranquilidad, Macarena… — Laura seguía con los ojos cerrados con la cabeza elevada hacia el sol — Jimena hace sus elecciones… ¿Quién soy yo para contradecirle?

—La única persona que de verdad la quiere — Macarena mostró su lado más empático.

—Tú también la quieres — Laura fue rápida en su respuesta.

—A mí no me escuchará.

—A mí tampoco — abrió los ojos y sonrió al ver divertirse a los niños — te invito a un buen vino.

—Acepto — Macarena sonrió ampliamente ante la invitación — ¿dentro de una hora en el Bella Italia?

—Perfecto, allí nos vemos.

—Hasta ahora.

Laura se impacientaba, caminaba dando círculos por toda la oficina, visiblemente desesperada. Jimena siempre había sido una mujer puntual y responsable con su trabajo. Los clientes llevaban casi veinte minutos esperando en la sala de reuniones para ver la presentación oficial del proyecto *"Café Paris"*. Laura comenzaba a preocuparse seriamente, desbloqueó el móvil para llamarla y cuando empezó a marcar número a número, Jimena hizo su aparición al fondo del pasillo.

—Jimena, los del *"Café Paris"* llevan esperando casi media hora — Laura vio las ojeras a pesar del intento por ocultarlas bajo el maquillaje.

—Lo siento… — Jimena mantenía la mirada fija en el suelo — una mala noche…

—Si tienes noches descontroladas… — Laura se encogió de hombros — es lo que hay.

—Por favor Laura, dame un respiro — Jimena sonó más saturada de lo habitual, en su mirada se reflejaba una mezcla de cansancio y melancolía que conmovió a Laura.

—Hagamos la presentación del proyecto y luego hablaremos — Laura usó un tono de voz neutro, giró sobre sus talones y caminó hacia la sala donde les esperaban los clientes de *"Café Paris"*.

La presentación salió redonda, cuando trabajaban juntas, nacía entre ellas una complicidad de forma natural, sin importar el estado de ánimo del que disfrutaban en ese momento. Se sincronizaron de una manera tan profesional, que formaban un tándem perfecto. Cada una defendía las ideas de la otra como propias, con mucho entusiasmo y dedicación, eran capaces de convencer a cualquiera, de que sus ideas lo llevarían al éxito. Los clientes quedaron satisfechos con la presentación y hasta les convencieron de que su proyecto era el mejor, así que cerraron el trato allí mismo. Pero aquella victoria tenía un sabor agridulce.

—¡Eh! ¡eh! — Laura sujetó a Jimena del brazo, deteniendo su intención de marcharse del estudio sin despedirse — Jimena, ¿dónde vas?

—Laura, por favor… — la voz de Jimena sonaba derrotaba.

—Laura nada, vamos a hablar, te guste o no — Jimena no era capaz de mantenerle la mirada — Jimena, habla conmigo, por favor… — ese tono de ruego por parte de Laura, hizo que Jimena levantase la vista — ¿qué coño te pasa últimamente? Hace semanas que no eres tú… — movió los brazos exasperada.

—Supongo que no tengo escapatoria, vamos… — Jimena exhaló todo el aire que contenían sus pulmones y caminó rumbo hacia su despacho.

—Así me gusta, que colabores — Laura la siguió sonriente.

Se refugiaron en el despacho de Jimena, la idea de que se sintiese más cómoda en su zona de confort, convenció lo suficiente a Laura para no rebatir esa decisión. Se sentaron una enfrente de la otra y Jimena suspiraba con la mirada perdida, en su cabeza palpitaba la necesidad de sacar todo lo que albergaba en su interior y que le presionaba el pecho desde hacía varios días. Se sirvió un chupito de tequila bajo la atenta mirada de Laura.

—Si vamos a empezar así de fuerte… — Laura puso su vaso frente a Jimena para que lo llenase igual que había hecho con el de ella — yo también quiero uno — Laura imitó el gesto de Jimena y se bebió de un solo trago el chupito — buuaajj, esto no sabe igual cuando lo último que has comido es una simple magdalena.

—A mí me sabe al cielo, llevo toda la noche bebiendo tequila — Jimena se sirvió otro chupito, pero antes de que fuese capaz de llevárselo a la boca, Laura le sujetó la mano deteniendo su intención.

—Un momento, Jimena, tú no eres una alcohólica — a pesar de la intensidad de su mirada, Laura desprendía ternura al ver a su amiga tan hundida — ¿por qué has estado bebiendo toda la

noche?

—Porque mi vida es una mierda — los ojos de Jimena se llenaron de lágrimas — si quieres que te lo cuente todo, necesito otro — Laura le soltó la mano, la mirada llena de derrota de Jimena, la conmovió.

—Sírveme otro entonces, para que te acompañe, amiga… — Laura empujó su vaso acercándolo a Jimena — no te voy a dejar beber sola.

—Tú nunca me has dejado sola… y yo… yo solo hago que lastimarte… — las lágrimas de Jimena comenzaron a rodar por su rostro, sin que pudiese hacer nada para remediarlo.

—¿Me estás pidiendo perdón? — preguntó Laura después de beberse su segundo chupito de tequila.

—Sí… — Jimena miró la botella de tequila — y si me lo estás preguntando, es porque no lo estoy haciendo bien… ya ni pedir perdón sé hacer… — se limpió algunas lágrimas con el dorso de la mano, pero no hizo nada para detener las siguientes.

—Para ahí, no te castigues más… — Laura miró fijamente a Jimena, no le gustó nada la actitud de su amiga — quiero que me lo cuentes todo, Jimena, ¿qué está pasando en tu vida?

—De mi mierda de vida, dirás… — se sirvió su tercer chupito — si soy capaz de decir todo esto en voz alta, se hará real… necesitaré varios de estos — Jimena levantó el pequeño paso y sonrió de medio lado — estoy confundida…

—¿Estás así por qué te has enamorado de Macarena?

—¿Me estás diciendo que me he enamorado de la novia de mi hermano Gonzalo?

—Claro, te lo estoy diciendo yo, porque haberte enrollado con Macarena varias veces, no te da ninguna pista… — Laura sonrió ante la ironía de la respuesta.

—No reconozco de dónde vienen mis impulsos… — Jimena no desvió su mirada de la botella de tequila mientras continuaba conversando con Laura.

—Jimena, ¿quién se mueve en tu interior? — Laura buscó la mirada de su amiga esperando una respuesta llena de sinceridad.

—Macarena, ella es quien me desarma, me hipnotiza con su mirada… — Jimena levantó su mirada y permitió que todas sus lágrimas rodasen por su mejilla — la he jodido… me enamoré… me enamoré de ella, Laura — y cuando iba a beberse el quinto chupito, Laura la detuvo de nuevo.

—No te destroces, todo tiene solución, da los pasos correctos y arréglalo… — Laura sonreía transmitiéndole todo su apoyo — yo estoy contigo.

—¿Cómo? — Jimena miró a su amiga completamente desahuciada — me lo he jugado todo y he perdido…

—No has perdido — Laura sonrió tímidamente — aún no… estoy segura de que Macarena …

—Follé con ella… — soltó de golpe Jimena sin respirar — anoche… en el baño de los premios…

—Solo tienes que hablar con ella, Jimena… — Laura sujetó la mano de su amiga — créeme…

—Tiene novia — Jimena miró por la ventana mientras hablaba — me la presentó anoche, después de… ya sabes… — no pudo contener más sus lágrimas y se entregó al sentimiento de tristeza.

—Esa no es su novia — Laura sonreía de medio lado.

—Pues lo disimulaban muy bien — Jimena desvió su mirada hacia Laura.

—No es su novia, solo es una chica que conoció, necesitaba descubrir que tan real era lo que sintió contigo… ha sido muy difícil para ella descubrir lo que era capaz de sentir por una mujer — Laura sujetó sus manos entre las suyas — estoy segura de que la llevó a los premios para

darte celos…

—Pues su plan funcionó a la perfección.

—¿Qué vas a hacer? No puedes quedarte aquí llorando.

—Pues, no sé… igual… — Jimena calló sus palabras al oír como la puerta de su despacho se abría.

—Perdón por interrumpir… venía a buscarte, Laura… — Macarena apareció en el momento más oportuno — no estabas en tu despacho y tampoco me cogías el móvil.

—Macarena… — Jimena pronunció cada letra de su nombre mientras su sonrisa se ensanchaba con cada golpe fonético.

—Siento presentarme así… — Macarena tartamudeaba levemente — pero había quedado para comer con Laura.

Laura observó detenidamente a Jimena y Macarena, siendo testigo de la intensidad de sus miradas, era evidente el amor que se profesaban entre ellas.

—Estoy pensando que me voy a comer con Massimo — Laura se levantó y besó en la mejilla a Jimena antes de irse — y vosotras os quedáis aquí solucionando… — hizo lo mismo con Macarena cuando pasó por su lado — lo que sea que debáis solucionar.

Laura las dejó a solas en el despacho de Jimena y cerró la puerta tras ella, una vez que había salido, confiando en que serían capaces de resolver todos los malentendidos que las distanciaban.

—Macarena…

—Jimena…

Las ganas por declarar todo lo que llevaban en su interior, las empujaron a hablar al mismo tiempo, se miraron sinceramente y sonrieron tímidas.

—Macarena… — Jimena se levantó y caminó hacia ella con decisión — no quiero joderte la vida… espero que te vaya bien con tu novia — pasó por su lado y con dos grandes zancadas llegó hasta la puerta.

—¡Espera! — Macarena alzó la voz antes de que fuese capaz de cruzar la puerta — Jimena, tenemos que hablar… bueno… yo quiero hablar — Jimena giró sobre sus talones y Macarena se acercó a ella, quedando a una peligrosa distancia una de la otra — Lorena… no es mi novia… es una chica que conocí la tarde anterior… solo pretendía descubrir… — desvió su mirada hacia todos los lados, sin ser capaz de mantenerla fija en los ojos de Jimena — creo que la idea de llevarla a los premios… solo fue con la intención de fastidiarte…

—¿Y te sientes mejor así? — Jimena ya no sabía que dolía más, haber creído que aquella chica era su novia o saber que todo era un montaje para darle celos.

Jimena volvió a girarse hacia la puerta con la intención de irse y sujetó el pomo de la puerta, pero la voz rota de Macarena, la detuvo una vez más.

—No te vayas — las lágrimas de Macarena comenzaron a caer en cascada humedeciendo su rostro a su paso — por favor, quédate… — susurró con hilo de voz que iba desapareciendo lentamente.

Las piernas de Macarena lucharon contra toda la tensión acumulada y perdieron toda su fuerza. Se precipitó frente a Jimena y cayó de rodillas al suelo, su cuerpo estaba gobernado por un remolino de sentimientos que revoloteaba en su interior.

—Eeeehhh, no llores… — Jimena le cogió las manos y la levantó del suelo — no me pienso ir — musitó una vez que la puso de pie junto a ella — ssshhh… me quedo… me quedo contigo — la rodeó con sus brazos y la estrechó contra ella lo más fuerte que pudo.

Macarena sintió como, rodeada por aquellos brazos, se sentía en paz. Sin duda, eran su remanso de paz.

—No debí mentirte — Macarena la miró a los ojos — nunca debí detener aquel beso… no separaría mis labios de los tuyos, nunca…

Jimena acunó el rostro de Macarena entre sus manos y besó lentamente sus labios como nunca antes lo había hecho. Cada roce entre sus labios, cada respiración sobre la suave piel, descubría las ganas que se profesaban. Unas ganas surrealistas. Ninguna de las dos había deseado así nunca a nadie, con ese fervor, con esa fiereza que era como el rugir de un león. Jimena tenía que admitir que el fetiche de tener sexo en su despacho, se le había pasado por la cabeza más de una vez, pero jamás pensó que pudiese hacerlo realidad. Macarena, por su parte, jamás pensó que podía llegar a desear a una mujer así, y mucho menos enamorarse, pero el sentimiento que calentaba su pecho, era muy real. Jimena separó sus labios unos centímetros y miró fijamente a Macarena, descubriendo que sus ojos de cerca, eran todavía más increíbles, sonrió de medio lado y Macarena lo entendió como una invitación llena de tentación. Pasó la lengua lentamente rozando su labio inferior, se llevó todo el color de su pintalabios, pero le dio igual, solo quería besarla y degustar aquella boca tan apetecible, para luego seguir bajando por su cuello y seguir hasta donde Jimena le permitiese. Continuaban mirándose fijamente como si hubiesen congelado la imagen de ellas dos juntas, en ese exacto momento donde se perdían en la profundidad de sus ojos. En los oídos de Jimena, retumbaba la respiración de Macarena y su primer impulso ante ese sonido, fue cerrar los ojos para dejar el sentido de la vista de lado y simplemente dedicarse a sentirla. Pudiendo así, experimentar la sensación de su deseo de todas las formas posibles, no solo la física. El perfume de Macarena era denso, profundo y con unos matices a cítricos que lo convertían en un olor sexy. Ese olor penetraba por sus fosas nasales y perduraba mucho tiempo en su interior, revolucionando todo su sistema nervioso, al igual que lo hacía su presencia, era una intensidad imposible de olvidar. Jimena se separó después de unos segundos pegada a ella, echó un paso atrás y descubrió en Macarena una sonrisa casi perturbadora, con muy poca sutileza, se lanzó a besarla de nuevo y Jimena pensó que era una maravilla sentir como su cuerpo se adaptaba a la perfección al suyo mientras continuaba pegada a sus labios. Macarena se acercó todo lo que pudo a ella sin separar sus labios, lentamente pasó la mano por su nuca, con los dedos acarició la piel y sintió que era similar a la suavidad de la seda. Incluso más suave. Jimena notó como su deseo creía exponencialmente ante cada caricia, le dedicó una sonrisa tímida y ligeramente ruborizada, para luego lanzarse a besarla. Macarena, sin ningún pudor, coló sus manos por debajo de la camisa de Jimena y la agarró por la cintura, apretándola moderadamente contra ella, pero lo suficiente para hacerle sentir como nunca antes nadie le había hecho sentir. Jimena sentía millones de cosas en su interior con tan solo el roce de sus dedos y cada vez que sus dedos se hundían en su piel sujetándola con firmeza, solo deseaba que Macarena lo hiciese mucho más. Se fundieron en un beso indescriptible que duró varios minutos. La humedad de sus lenguas, la suavidad de sus labios, su saliva confundiéndose con la otra, solo hacía que aumentar sus excitaciones a cada segundo. De ese beso nació el mundo, su mundo. Un mundo aún por explorar y en el que podrían vivir eternamente.

—Mmmm… cada vez me gustan más nuestras conversaciones — la sonrisa que lucía Macarena era la descripción perfecta de felicidad.

Jimena se separó con dificultad unos centímetros de Macarena, salió de su abrazo y rodeó su mesa de escritorio, se sentó en su silla en un intento de poner una barrera de distancia prudencial entre ellas para poder hablar.

—Macarena, tenemos que hablar — Jimena intentó sonar seria mientras se abrochaba el botón de su camisa.

—Ven, dímelo a la boca — Macarena apoyó las dos manos sobre la mesa y se inclinó hacia

delante, su sonrisa era más que suficiente para corromper su cordura — vamos Jimena… — se humedeció los labios — sabes que si tienes miedo de intentarlo, es porque lo estás deseando… tanto como yo.

—Yo no te puedo dar lo que tú quieres… — Jimena miraba a Macarena completamente hipnotizada.

—¿Y si te pido menos? — la sonrisa de Macarena ardía en picardía.

—Macarena… — la mirada de Jimena desprendía deseo — esto no es fácil… yo… — respiró profundo.

—Tienes derecho a no tener nada claro… a no saber… — el brillo en los ojos de Macarena, no daban tregua.

—Sé lo que quiero, pero… — Jimena la interrumpió, se inclinó sobre su silla sin dejar de mirar a Macarena fijamente — es una situación complicada.

—¿Y qué quieres, Jimena? — Macarena se inclinó un poco más ante una clara provocación.

—A ti — Jimena no dudó en sus palabras, su tono era claro y decidido.

Macarena se levantó de su apoyo sobre la mesa y contoneando las caderas alrededor del escritorio, se acercó a Jimena. Giró la silla bruscamente y se sentó a horcajadas sobre ella.

—La vida es muy corta para hacer cosas que no nos gustan… — Macarena besó a Jimena en los labios dejando un beso húmedo — para estar con gente que no nos gusta… — la volvió a besar — para forzar lazos que ya no funcionan… — y con esas últimas palabras profundizó más el beso.

—Macarena, ¿tienes algo que hacer ahora? — pronunció Jimena sobre los labios de Macarena.

—Se me ocurren varias cosas… — Macarena sonrió sobre sus labios y dejó un beso rápido — pero no, ¿por qué?

—Vámonos de aquí, salgamos a… — Jimena sonrió y su mirada se oscureció por el deseo — vayamos a comer.

No eres mi secreto

Macarena hizo pasar a Jimena y cerró la puerta tras ellas.

—Cuando me has dicho que conocías un sitio tranquilo… — Jimena miraba todo a su alrededor mientras caminaba hacia el interior de la casa — imaginaba una cafetería por el centro o algo así… no tu casa.

—Bueno, he pensado que no estarías tranquila sabiendo que alguien podría vernos juntas — Macarena pasó por su lado y fue directa junto al sofá invitando a Jimena a sentarse con un gesto amable.

—¿Me estás diciendo que traerme a tu casa no esconde intenciones oscuras? — Jimena entrecerró los ojos y sonrió.

—No, yo no he dicho eso… — Macarena negaba con la cabeza de forma enérgica y divertida — tengo muchas intenciones contigo… — sonrió ampliamente — pero, de momento, te ofrezco un buen vino y hablar… creo que lo necesitamos.

—Aceptaré ese vino, encantada — Jimena se relajó y se recostó en el sofá.

Cuando Macarena entró en el salón con la botella de vino y dos copas, se sentaron en la alfombra y se apoyaron en el sofá. Disfrutaban del buen vino, pero ninguna se atrevía a hablar primero. Macarena sonrió suavemente, y con un movimiento lento, le retiró a Jimena un mechón de pelo que le tapaba los ojos. Jimena cerró los ojos ligeramente ante el suave tacto de sus dedos, un millón de preguntas llegaron a su mente. Necesitaba saber lo que realmente sentía Macarena por ella. Durante todo este tiempo, Jimena se había sentido como un barco a la deriva. Necesitaba descubrir si Macarena era su tierra firme o su barco naufragaría con el sentimiento más intenso y verdadero que había sentido nunca.

—Macarena, ¿qué es esto para ti, realmente? — los ojos color miel de Macarena se abrieron sorprendidos, aunque era una pregunta que en algún momento iba a surgir, formularla tan pronto fue inesperado. Jimena alzó rápidamente su dedo índice y tapó los labios de Macarena — por favor no me mientas, se sincera conmigo… y sobre todo contigo.

Jimena la miró como si fuera a salir corriendo, Macarena reconoció la expresión de terror y movió sus dedos para acariciar tiernamente su mejilla. Después apoyó su mano sobre la de Jimena, que descansaba sobre su muslo. Jimena bajó la mirada a la mano que cubría la suya y, de pronto, se sintió terriblemente saturada, cansada. Cansada de vivir una vida que no era suya y hacer lo que le decían que debía hacer. Sentía que esa mentira había consumido demasiada energía y comenzó a preguntarse por qué o por quién lo hacía. Después de unos largos momentos, Jimena levantó la mirada colmada de lágrimas y casi enmudeció al perderse en el brillo que desprendían los ojos de Macarena. Aquellos ojos verdes contenían tanto amor como preocupación y Macarena supo que tenía que decir la verdad.

—¿Soy una aventura? — preguntó dulcemente Jimena, sorprendiendo a Macarena por segunda vez.

—No — respondió Macarena rápidamente mientras sus lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¿Entonces? — Jimena secaba las lágrimas de Macarena con su pulgar.

—Estoy enamorada de ti — susurró Macarena casi para sí misma.

Esas palabras fueron capaces de ordenar el jaleo que vivía en la mente de Jimena, que continuaba limpiando las lágrimas sobre las mejillas de Macarena a su paso. Su miedo diezmó al ver la cara de dolor y preocupación que tenía Macarena, acababa de abrir su corazón, le había entregado su alma.

—Macarena, cariño… — dijo Jimena y esperó a que los preciosos ojos color miel de Macarena se encontrasen con los suyos — yo también me he enamorado de ti.

Macarena se acercó lentamente a Jimena, quedando a escasos centímetros de su rostro, se inclinó ligeramente y rozó su boca con sus labios. El beso descubrió destellos tiernos en sus inicios, pero Macarena fue subiendo de intensidad conforme Jimena confesaba con su respuesta que no tenía intención de detener ese beso. Mientras la pasión y el deseo, le ganaba la batalla al control de Jimena, Macarena descubrió que el beso que habían compartido hacía casi una hora, era pura inocencia en comparación a este. Pequeños gemidos surgían de la garganta de Jimena, mientras presionaba con más firmeza los labios de Macarena, que se dejó caer al vacío ante la intensidad de las sensaciones que provocaba aquella boca en su cuerpo. No encontró manera de contener el deseo que mantenía escondido en la profundidad de su ser. Jimena paseó sus manos por la nuca de Macarena para acabar enredando los dedos con su pelo, y así, poder presionarla contra ella para profundizar todavía más el beso. Sus manos fueron descendiendo hasta llegar a la altura de los definidos brazos de Macarena, usó toda su fuerza y logró tumbarla sobre el sofá. El rápido movimiento sorprendió a Macarena, que sintió como Jimena dejaba caer su cuerpo sobre el suyo, experimentando lo dulce que puede llegar a ser sentir una presión así. Involuntariamente, abrió las piernas y estrechó a Jimena contra ella con más fuerza. Las manos de Macarena no pudieron contenerse y comenzaron a moverse hasta deslizarse por debajo de la camisa de Jimena y se perdieron ante la suavidad de la piel de su espalda.

—Oh, Dios... — gimió Macarena, arqueando la espalda y echando la cabeza hacia atrás, mientras Jimena liberaba sus labios para besar y morder la piel de su cuello.

—Macarena… — Jimena envolvió su boca con un profundo beso — te quiero… — susurró al oído de Macarena.

—Otra vez... — suplicó Macarena entre besos — dímelo otra vez...

—Te quiero... — repitió Jimena sin aliento, pero esta vez lo hizo sobre sus labios y sin apartar la mirada de sus ojos.

—Oh... sí... — suspiró Macarena, sintiéndose completamente indefensa mientras sentía cómo los botones de su camisa estaban siendo desabrochados con maestría y mucha destreza.

Jimena movió una de sus rodillas y la acomodó firmemente entre las piernas de Macarena, provocando un agudo gemido al notar la fuerza del contacto. Cerró sus ojos ante el éxtasis que producían los labios de Jimena, que iban dibujando un sendero por toda la piel que iba quedando descubierta mientras sus dedos luchaban con cada uno de sus botones. De repente, Macarena sintió como Jimena sonreía dentro del beso que acaba de estrellar contra su piel, pero sin separar los labios de su cuerpo.

—¿Qué? — susurró Macarena, curiosa por el gesto travieso de Jimena.

—Tu olor… lo tengo grabado a fuego desde la noche en las caballerizas… — musitó Jimena con una sonrisa, dando un beso en el abdomen descubierto de Macarena.

—Yo no he podido olvidar cada detalle de esa noche... — Macarena rio con fuerza y dejó caer su cabeza hacia atrás de nuevo, apoyándose contra el respaldo del sofá.

Macarena se adueñó del momento y sorprendió a Jimena sujetándola fuertemente por la cintura y volteándola, para invertir así, las posiciones. Se apoyó sobre su codo para mantener la mayoría de su peso en el aire, movió sus piernas con destreza para no caerse del sofá, se colocó a

horcajadas sobre Jimena y su mano se deslizó por debajo de su camisa, reconociendo el tacto de seda a cada paso por su cuerpo. Se inclinó hasta llegar a un límite peligroso y selló la boca de Jimena con frenesí, sus dedos acariciaban a conciencia cada pedacito de piel a la que podía acceder desde su posición. Volvió a susurrar sobre sus labios las palabras que habían dado comienzo a todo.

—Te quiero, Jimena...

Jimena se detuvo y miró con sus ojos cristalinos a los que bullían en un brillo ardiente frente a ella, levantó sus dedos y acarició los labios que habían emitido esa poderosa declaración de amor.

—Tengo miedo... — murmuró Jimena suavemente — tengo miedo de que esto sea el final.

—¡Oh! No cariño... — respondió Macarena mientras su mano libre se movía acariciando tiernamente el perfil bien definido de Jimena — ahora que sé que también me quieres… — la besó con vehemencia — esto no va a terminar nunca… así que tócame… — susurró con una voz repleta de deseo.

—Joder, sí... — gimió Jimena.

Desde donde estaban sentadas en medio del salón de la casa de Macarena, el suave rumor de la brisa que se colaba por los grandes ventanales ligeramente abiertos, acariciaba sus cuerpos perlados por el sudor. Macarena acunó el rostro de Jimena entre sus manos y la miró fijamente a los ojos, encontró su reflejo en ellos y algo comenzó a aletear en el interior de su pecho. Ese calor la empujó a besar una y otra vez esos apetecibles labios, siendo dueña de su boca. Jimena no fue capaz de dominar sus manos al desprender a Macarena de su camisa, sus finos dedos se deslizaron por cada una de sus curvas dibujando un perfil casi perfecto. Dejó caer su cabeza hacia atrás, rendida ante tantas sensaciones despertadas por cada caricia que los dedos de Jimena le otorgaban. Sus manos se deslizaban recorriendo su espalda con un objetivo claro, los pequeños enganches que mantenían el sujetador todavía abrochado. Jimena lo soltó con maestría y deslizó lentamente con sus dedos los tirantes, recorriendo sus brazos hasta deshacerse de la prenda con un fácil movimiento.

—Preciosa... — murmuró Jimena y luego se lanzó a devorar la piel desnuda del pecho de Macarena.

—Jimena, cariño... — dijo Macarena casi sin aliento — un momento... hay algo…

—¿En serio? — preguntó Jimena, abriendo el botón de los vaqueros de Macarena — ¿crees qué es el mejor momento para detenernos aquí?

—Es que... — Macarena la detuvo e intentó recuperar su aliento para decirle algo que para ella era importante — hay algo que quiero que sepas…

—Si me quieres confesar que eres virgen… te prometo que seré delicada — Jimena se detuvo, colocó las manos en su cintura y la miró con un encantador brillo en sus ojos.

Macarena dejó escapar una gutural risa, contagiando a Jimena.

—Te has convertido en una mujer perversa — dijo Macarena entre risas.

—Cariño, ¿qué sucede? — Jimena se incorporó y prestó toda su atención a lo que Macarena quería decirle.

—Espero que esto no sea algo esporádico… — Macarena musitaba cada palabra casi en un susurro — significa mucho para mí.

—Te voy a demostrar lo que significas tú para mí — Jimena dejó un beso sobre la piel descubierta sobre su pecho, pero sus ojos continuaban fijos en los suyos.

Macarena soltó un audible suspiro de alivio y envolvió con sus brazos a Jimena, acercando la cara a su cuello, dejó un sendero de besos que llegó hasta el oído de Jimena.

—¿Qué habré hecho para merecerte?... — susurró Macarena.

Jimena se giró dentro de su abrazo y se deslizó para continuar el contacto de sus labios con su piel, dejando besos sutiles a su paso. Abrió, por fin, el botón de los vaqueros de Macarena, descubriendo el final de su abdomen, exploró esa piel con la punta de su lengua, mientras tiró de los vaqueros y se deshizo de ellos lanzándolos lejos. Los gemidos de Macarena, pregonando sus atisbos de placer que, combinados con los roces de su lengua, la declaraban al borde del precipicio, estaba a punto de explorar en un orgasmo en ese preciso momento.

—Jo-der… — murmuró Jimena trepando por su cuerpo.

Jimena hundió la cara en el valle donde sus pechos convergen, lamiendo cada centímetro de piel y gimiendo de placer al comprobar la reacción de sus actos en los endurecidos pezones de Macarena entre sus labios. Macarena hundió los dedos en el pelo de Jimena, empujando, sin mucha sutileza, su cabeza con más fuerza contra su cuerpo. Jimena captó la indirecta y succionó sus pechos con más intensidad, causando un inmediato gemido entre jadeos, que se fueron transformando hasta sonar a frustración ante la perdida de contacto de los labios de Jimena con sus pechos. Se desvió para retomar su tarea anterior y sus manos descendieron con fieles caricias por su abdomen, deslizó las manos a cada lado de su cintura de Jimena hasta toparse con la tela del vaquero, tiró con suavidad y la dejó desprovista de cualquier prenda. Jimena fue testigo de cómo Macarena, salivó inconscientemente al observar detenidamente el cuerpo desnudo frente a ella, sonrió con malicia al aceptar todas las ideas calientes que invadían su mente. Se lanzó hacia Jimena y chocó sus cuerpos, sus manos viajaron directamente hasta su cintura y con una habilidad pasmosa, cambió las posiciones de nuevo y se sentó a horcajadas sobre ella. Había llegado el turno de ir cumpliendo cada una de las ideas que anidaban en su mente.

—Levanta el culo — ordenó Macarena.

No le quedó otra que ser obediente ante la serenidad de su petición, Jimena levantó las caderas y permitió que Macarena se deshiciese de su ropa interior, imitando el mismo gesto que hizo Jimena con ella. Lanzó lejos de ella la ropa y observó el cuerpo desnudo de Jimena sobre el sofá, se arrodilló frente a ella, sus largas piernas la invitaban a acercarse y morir entre ellas. Macarena apoyó cada una de sus manos en la parte superior de los muslos de Jimena y con los dedos completamente abiertos, deslizó las manos con una firme caricia de forma ascendente, sintiendo un ligero temblor bajo su tacto. Tenía sus ojos clavados en el verde oscurecido por el deseo de los ojos de Jimena y cuando sus manos llegaron a un límite que rozaba la indecencia, sus labios recorrieron el mismo camino que sus manos habían marcado. Macarena separó tiernamente sus piernas un poco más y se deslizó más cerca de su palpitante sexo. Su aliento chocando contra su piel fue demasiado para Jimena y se removió anticipando sus ganas, pero Macarena la sujetó con fuerza, impidiéndole cualquier movimiento. El olor que desprendía la excitación de Jimena, paralizó a Macarena durante unos segundos, cerró los ojos y respiró profundamente hasta llenar de aire al máximo sus pulmones, mientras sus dedos continuaban acariciando la piel desnuda de Jimena. Su boca salivó ligeramente ante la visible humedad de la que era dueña y sin pensarlo durante más tiempo, hundió la cabeza entre sus piernas y mortificó a Jimena con su lengua, recorriendo lentamente cada pliegue de su sexo, mientras respirada de forma agitada contra su sensitiva piel.

—Aahhh.... ahhhh.... — jadeó Jimena, agarrando con firmeza el pelo de la Macarena y hundiéndola más contra su sexo.

El sonido de la voz de Jimena, temblando en cada uno de sus jadeos y llenos de deseo, provocó que la sangre de Macarena corriese más rápido por sus venas y su interior comenzase a arder. La pasión de Jimena, mientras disfrutaba de sus caricias, la excitó tanto que perdió

completamente el control y, al mismo tiempo, sujetaba con firmeza sus caderas porque comenzaban a moverse a un ritmo frenético. Macarena pensó que era el momento idóneo para atreverse a introducir la lengua en su sexo y con el pulgar, comenzó a acariciar el clítoris con vigorosidad. Desde su posición, estaba siendo testigo de cómo el pecho de Jimena, subía y bajaba de una forma muy agitada, su cuerpo comenzó a convulsionar ligeramente, advirtiendo que estaba al borde del orgasmo. Jimena intentó luchar contra las sensaciones que le estaba provocando los acertados toques de Macarena, finalmente se rindió dejando que las llamas de su interior la consumieran. Macarena levantó la cabeza de su lugar favorito, recientemente descubierto, para mirar a los ojos a Jimena, que lucía una sonrisa que brillaba. Lentamente, comenzó a incorporarse, lo estaba haciendo tan despacio que sus cuerpos seguían rozando piel con piel. Las manos de Macarena se anclaron sobre sus caderas con fuerza, guiando a Jimena en sus movimientos más intensamente, esbozó una deliciosa sonrisa y permitió que el tembloroso cuerpo de Jimena, se relajase contra el sofá. Su dedicación fue inmediatamente recompensada con un beso cargado de erotismo que la excitó avivando su deseo a unos niveles incontrolables. Jimena fue deslizándose por su cuerpo, sintió el sexo de Macarena completamente empapado contra su abdomen y ante tanta excitación, sintió unas fervientes ganas de devorarla, enterró su cara entre sus pechos y lamió cada rincón deleitándose con su piel sin ninguna prisa. Jimena dejó que sus labios se presionaran contra la dura piel del pezón, apretándolo con la punta de su lengua a su vez. Continuó deslizándose sin separarse de su cuerpo, besó cada rincón a su paso hasta colocarse en la misma posición en la que Macarena había estado dos minutos atrás. Se arrodilló entre sus piernas, ya que había llegado su turno. Macarena arqueó su espalda, generando más presión contra el cuerpo de Jimena.

—Por favor... por favor… Jimena... — Macarena jadeó e impulsó sus caderas con una visible necesidad cargada de urgencia.

Jimena no necesitó ningún tipo de permiso más, descendió su mano y deslizó dos dedos en la resbaladiza entrada del sexo de Macarena, siguiendo el mismo recorrido con su boca y lamiendo alrededor de todo su sexo. El profundo y suave gemido de satisfacción que salió de entre sus labios, provocó que Jimena succionara con más profundidad entre los pliegues de su centro. Deslizó otro dedo y los introdujo profundamente dentro del palpitante cuerpo de Macarena, que impulsando sus caderas al mismo ritmo provocó más accesibilidad y más profundidad en cada uno de sus movimientos.

—Oh... Jimena... — fueron las únicas palabras que Macarena pudo jadear mientras se sujetaba al respaldo del sofá.

Frenó de golpe el ritmo de sus caderas, permitiéndole a Jimena toda la autoría para hacerla caer por aquel precipicio tan deseado. Sintió los primeros espasmos anunciando la llegada del orgasmo, y de pronto, un potente estallido hizo que Macarena comenzase a derretirse por dentro. Jimena apoyó la cabeza en la cara interna de su muslo y levantó la vista, quería verla mientras llegaba a la cima del éxtasis, sin embargo, observó cómo dos lágrimas se escapaban de los ojos cerrados de Macarena y se precipitaban rodando por su piel.

—Eeehhh, ¿estás bien? — Jimena se movió para intentar liberar sus dedos, que todavía permanecían enterrados dentro de su sexo, pero Macarena se movió rápidamente para sujetar con su mano la muñeca de Jimena e impedir que abandonase su cuerpo.

—Por favor, quédate dentro… — imploró Macarena — ven aquí…

Jimena detuvo su intención y simplemente trepó por su cuerpo hasta quedar de frente a Macarena, ella pasó una de sus piernas por encima de las caderas de Jimena. Besó su boca caliente y húmeda, saboreando su propio sabor y jadeó dentro del beso. Jimena secó, al mismo

tiempo que la besaba, los restos de las lágrimas con su pulgar y luchó contra las suyas propias al ser testigo de las de Macarena.

—Lo siento… — murmuró Macarena contra sus labios — era un poco... ha sido increíble… tan intenso — pasó su lengua recorriendo los labios de Jimena.

—Lo sé — dijo Jimena con un tierno beso.

Macarena estrechó aún más a Jimena contra cuerpo, mientras ella continuaba deleitándose de la sensación de seguir dentro de Macarena. Podía sentir los temblorosos y agitados músculos de Macarena, que empezaban a relajarse mientras la besaba por el cuello, recreándose con su suave piel. Macarena descubrió los músculos del brazo de Jimena completamente eróticos, mientras deslizaba su mano desde el hombro hasta la muñeca, y cuando llegó ahí, presionó la mano de Jimena contra su sexo un poco más. Saboreó el exquisito tacto de los suaves y cálidos labios de Jimena que se paseaban descaradamente por su cuello, cerró los ojos para disfrutar completamente de la sensación. No pudo evitar mover sus caderas contra la mano de Jimena, que no tardó en unirse a sus movimientos en un deliberado y ritmo lento. Los labios de Jimena encontraron los suyos y Macarena sintió un ardiente calor nacer desde el interior de su sexo. Sintió cómo la besaba con toda el alma, su dulzura mezclada con una increíble pasión, provocó el nacimiento incipiente de una nueva humedad cubriendo su propia mano mientras introducía sus dedos más profundamente en su sexo. Jimena mantuvo sus movimientos durante el tiempo preciso, la sensual fricción causó que las paredes internas del sexo de Macarena, revelaron una nueva oleada de suaves convulsiones, mientras ella guiaba su mano en profundas embestidas, su pulgar buscó el endurecido clítoris, generando así que su clímax fuese más intenso esta vez.

—Oh… sí... — jadeó Macarena.

Dejó caer la cabeza hacia atrás mientras su cuerpo convulsionaba y se estremecía, liberando la ola de calor que nacía en su interior. Jimena deslizó sus dedos lentamente fuera de su sexo y se los llevó hasta sus labios para saborear la excitación de Macarena que llevaba su autoría. Macarena presionó su cuerpo contra el de Jimena y sintió como presionaba con una urgencia apremiante sus caderas contra ella. Los gemidos que comenzaban a escaparse de su garganta y fueron acallados por los labios hambrientos de Macarena, para luego devorar muy despacio su cuello y hacer un recorrido lento hasta llegar a su oído. Comenzó a susurrar algunas palabras con una entonación erótica apropiada, con el único objetivo de provocar todavía más su interior. Su húmedo aliento mezclado con la forma de moverse tan sensual, provocó que Jimena temblase incontroladamente. Los dedos de Macarena bailaban alrededor de los firmes pechos de Jimena, hasta que se atrevió a pellizcarlos tiernamente sus suaves pezones.

—Mmmm... — Jimena jadeó y Macarena la miró con adoración mientras se endurecían bajo su tacto.

—Me encantan como responden a mi tacto — susurró Macarena sobre su piel.

Trazó amplios círculos alrededor de los pezones con la lengua, rodeándolos en círculos cada vez más y más pequeños, hasta que Jimena se estremeció ante su ardiente aliento y Macarena alargó la punta de su lengua para lamer los pezones de una forma muy seductora. Su mano se deslizó bajando por el abdomen de Jimena hasta hundirse entre sus muslos y ella abrió sus piernas con ansiedad. Macarena se quedó sin aliento ante la sensación de humedad que emergía de su sexo. Esa humedad le pertenecía, la había provocado ella. Jimena gimió ligeramente cuando sintió los dedos de Macarena deslizarse, recorriendo todo su sexo con la presión exacta, pero, de pronto, alejó los dedos de la excitada piel y se dirigió a succionar sus pezones que también solicitaban su atención. Jimena arqueó su espalda y le ofreció un acceso ilimitado para sus apetecibles pechos.

—Por favor... — suplicó Jimena al sentir como alejaba los dedos de su sexo.

Macarena lamió y succionó los pezones con voracidad, mientras movía sus dedos acariciando el clítoris de Jimena con pequeños círculos. Ese gesto casi provoca que su cuerpo se derritiese por los espasmos que causaba el deseo que sentía. Sonrió y Jimena descubrió que era una sonrisa totalmente traviesa, liberó el pezón y dejó que su lengua crease un sendero que ardía por donde su tacto pasaba. Saber lo que Macarena estaba pensando hacer, provocó que una nueva ola humedad se uniese a la que ya existía. Separó aún más sus piernas mientras Macarena lamía la parte interna de sus muslos.

—Macarena... yo... — las caderas de Jimena se movieron involuntariamente, buscando un contacto más íntimo y necesitado.

Macarena deslizó el dedo índice, tocando la parte interna de sus muslos y sintiendo el torrente de humedad que los cubría. Cerró los ojos ante el increíble sabor cuando lamió su propio dedo, Jimena se excitó, aún más, ante esa imagen.

—Oh... joder… te necesito tanto… por favor... — jadeó Jimena con voz suplicante, Macarena había deseado escuchar miles de veces, esas mismas palabras.

La cabeza de Macarena se inclinó y lamió tiernamente el regalo que le estaba entregando Jimena, sin reserva alguna. No fue rápida, ni demasiado suave, sino una firme y lenta exploración del sabor que pertenecía a la mujer de la que estaba enamorada. Ese primer sabor fue suficiente para que Macarena perdiese la razón y el control que había mantenido hasta ese momento. Macarena cedió ante las desesperadas súplicas de Jimena, que enredaba sus dedos en su pelo y con una experimentada lengua y unos vigorosos dedos, sació el deseo de Jimena que tan insistentemente le pedía. Jimena gritó su nombre cuando el orgasmo explotó en su interior, su cuerpo se arqueó mientras oleadas de placer deshacían su interior, sus músculos se estremecieron mientras las convulsiones del orgasmo recorrían todo su cuerpo. Macarena repartió besos rápidos por todo el pecho de Jimena mientras observaba como su respiración comenzaba a relajarse, dejando atrás la agitación cuando el clímax la venció en su propio juego. Continuaron abrazadas hasta que el cansancio se apoderó de sus cuerpos, durante esos instantes, todo el mundo que existía alrededor de ellas se paralizó, en sus mentes se disiparon todas las dudas y su corazón por fin podía gritar lo que de verdad sentían. Macarena se removió apretando el cuerpo de Jimena contra el suyo, la luz tenue que apenas se abría paso entre las cortinas, se reflejaba en los ojos de Macarena, molestando lo suficiente para que no pudiese abrirlos con claridad. Besaba la frente de Jimena mientras sonreía recordando todo lo sucedido, tan solo unos momentos antes.

—¿Nos podemos quedar aquí para siempre? — murmuró Jimena besando suavemente el cuello de Macarena.

—Bueno, yo vivo aquí… — respondió Macarena mientras apretaba sus manos contra su cuerpo.

—Muy graciosa… — Jimena buscó su boca para devorarla — te ha vibrado el móvil varias veces.

—¿Ahora me controlas el móvil? — Macarena sonreía mientras paseaba el dedo por el contorno de su pecho.

—No soy esa clase de chicas — Jimena le devolvió la sonrisa.

—¿Posesiva? ¿Celosa? — preguntó divertida Macarena.

—Secretaría — sentenció y rompieron a reír a carcajadas.

Macarena se aferró a la cintura de Jimena y giró sobre su espalda para quedar sobre ella. Sus pieles desnudas se mimetizaban a la perfección, su tez perlada por el sudor, era testigo de una entrega sincera y sin barreras.

—Imagino que será Laura, me dijo que me escribiría… — musitó Macarena despreocupada.

—O Lorena… — Jimena miró fijamente a Macarena esperando su reacción al escuchar ese nombre — estará buscándote como una loca.

—Lo siento… — Macarena miró fijamente a Jimena con la sinceridad bailando en sus ojos.

—Todos hemos sido el secreto de alguien en algún momento de nuestra vida — Jimena se encogió de hombros.

—Tú estás muy lejos de ser mi secreto — Macarena abrazó con fuerza a Jimena y rodó por el sofá hasta que las posiciones se invirtieron — no tengo nada que ocultar…

Macarena pasó la lengua por su cuello hasta llegar a su mandíbula, dio un suave mordisco en el lóbulo de la oreja y fue directa hasta su boca para robarle un beso intenso y lleno de deseo.

—Dios… he creado un monstruo — pronunció Jimena con tono divertido — eres insaciable.

—La culpa es tuya… — Macarena besó a Jimena con vehemencia — para qué me enseñas lo divertido y placentero que puede resultar el sexo entre mujeres.

A pesar de ser un beso desesperado, no era de pasión desenfrenada, era de sentimiento verdadero, puro. Era un beso necesitado, de confianza y de promesa.

—Por mucho que me apetezca… — Jimena intentaba zafarse de su agarre — creo que mi cuerpo no me acompaña, me has dejado cao — miró el reloj sobre la pared del salón — además, creo que debería irme… — Jimena se incorporó y buscó su ropa interior por el suelo.

—Quédate — Macarena la sujetó por la muñeca y tiró de Jimena con tanta fuerza que cayó sobre ella — no te puedes ir sin comer nada.

El trato

Al día siguiente, unos rayos de sol, despiadados, entraron sin permiso, golpeando en su cara. Se removió sobre las sábanas y rozó levemente el cuerpo desnudo de Macarena, que dormía profundamente junto a ella. Sonrió al recordar el desafío en cada caricia que mantuvieron durante toda la noche, sin duda, con Macarena había experimentado un nivel de entrega que nunca antes nadie le había ofrecido. Sonrió al comprobar que la suavidad de su piel no la había soñado, era real. Quería quedarse a vivir en ese mismo instante, el mismo en el que la montaña rusa llega a su punto más alto, ni antes, ni después. Jimena sentía como caía en el juego de la dulce tentación que yacía a su lado. Dejó varios besos a lo largo de su espalda y cuando se disponía a dejar un suave mordisco en una de sus nalgas, la vibración del móvil de Macarena la interrumpió deteniendo su intención. Echó la vista sobre la mesilla de noche, hasta localizar el lugar exacto donde descansaba el móvil de Macarena y se quedó helada al descubrir el nombre que brillaba en la pantalla. Un mensaje de Gonzalo iluminaba el móvil de Macarena. Se levantó con un salto enérgico de la cama y comenzó a caminar en círculos por toda la habitación, en su mirada se reflejaba la desesperación que le provocaba toda esta situación.

—Jimena… — Macarena abrió los ojos — ¿qué sucede? — preguntó completamente asombrada por su actitud. Jimena parecía un animal salvaje enjaulado.

—Macarena… — Jimena susurró su nombre y frenó de golpe sus pasos — tenemos que terminar con esto… — dijo desesperada, mientras Macarena la miraba completamente incrédula — yo… yo no… — era incapaz de pronunciar nada coherente — no puedo… no quiero esto…

—¿Qué te pasa? — Macarena caminó de rodillas por encima de la cama, que estaba completamente revuelta, siendo testigo de la pasión que se dedicaron durante toda la noche, llegó al borde del colchón y alcanzó a sujetarla de las manos — tranquila, cariño…

Jimena la miró a los ojos al oír el apelativo cariñoso, no pudo negar todo lo que había removido en su interior, pero no se podía tomar a la ligera el mensaje cariñoso que Gonzalo le había enviado. De pronto, otro mensaje llegó a su móvil, la pantalla se iluminó y dejó al descubierto el contenido, “Guapa, voy a comprar croissants antes de subir a tu casa, gracias por lo que hiciste ayer, TQM”, el nombre de Gonzalo volvía a brillar en la pantalla iluminada. Jimena se soltó del suave agarre de Macarena de golpe y sus ojos se llenaron de lágrimas, se dio media vuelta y comenzó a vestirse de forma estrepitosa. Sus lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas sin permiso, miró una vez más a Macarena a los ojos, que continuaba inmóvil en el mismo sitio, pronunció la palabra “puta” en voz alta y salió de la habitación sin mediar alguna palabra más. Cuando el ruido del portazo invadió la habitación, Macarena se dejó caer sobre el colchón completamente deshecha en lágrimas.

Laura observó detenidamente la llegada de Jimena al estudio, una sombra casi morada, adornaban sus ojos, un detalle que le hacía parecer un oso panda. Sonrió de medio lado, pensó que esas ojeras podrían ser consecuencia de una larga noche de pasión y lujuria con Macarena para celebrar el reencuentro, pero su semblante serio y la ausencia de una sonrisa llena de satisfacción, la desconcertaba completamente.

—Buenos días, Jimena — musitó Laura con cautela, esperando la respuesta de su amiga.

—¿Son buenos? — contestó Jimena con rabia en sus palabras.

—¿Qué pasa? Jimena — Laura se cruzó de brazos, saturada por la mala actitud que su amiga estaba acostumbrando a volcar sobre ella.

—Nada, no pasa nada — Jimena ni tan siquiera la miró.

—¿Nada? Algo pasará para que vengas con esa cara… — Laura continuaba estática en su sitio, solo se dedicaba a observar los gestos bruscos de su amiga — sé que anoche estuviste con Macarena…

—¡¡Ah!! ¿Tú también lo sabes? — Jimena braceaba de forma exagerada — ¡¡¿Qué pasa, ha salido en todos los periódicos?!!

—Quieta, fiera… — Laura dio dos pasos atrás con las manos levantadas en señal de defensa — que yo solo sé que Macarena se quedó para intentar hablar contigo… y luego fuisteis a su casa.

—¿Así qué tú lo sabías? — Jimena se levantó de su silla y caminó hacia su amiga de forma amenazante — ¡¡¿también sabías que todo fue un plan para darle gusto a Gonzalo?!!

—¡¡¡¿Qué?!!! — gritó Laura.

—Macarena sigue viéndose con Gonzalo… no soy más que un peón de su juego… ¡¡la amante de la novia de mi hermano!! — Jimena se sujetaba la cabeza con las dos manos — seguro que todo ha sido un plan para que Gonzalo continúe con sus amenazas… con esto se asegura de que no vuelva a Sevilla nunca más…

—Eso no puede ser, Jimena… escúchame — Laura ladeo la cabeza incrédula por lo que le estaba contando — Macarena me dijo que sentía cosas por ti, que estaba enamorada de ti…

—Ha recibido un mensaje de Gonzalo esta mañana… — los ojos de Jimena brillaban de pura rabia — iba a comprar el desayuno antes de ir a su casa….

—¿Estás segura? — Laura negó con la cabeza completamente desconcertada — ¿están juntos? Eso no tiene por qué significar…

—Le agradecía todo lo que había hecho… y firmaba con un “TQM” — Jimena espetaba cada palabra con desdén — no hay muchas definiciones a eso… ¡¡¡son cómplices para joderme la vida!!!

—¿De verdad crees que Macarena ha fingido todo lo que te ha hecho sentir?

—No… — las lágrimas invadieron sus ojos de nuevo — no lo sé…

—Jimena, ¿qué vas a hacer? — Laura caminó alrededor de la mesa de Jimena y se colocó junto a ella.

—No lo sé… Me fui de allí hecha una furia… — Jimena escondió su cabeza entre sus manos — lo peor de todo es que no le dije nada, no pregunté, solo le llamé puta y me fui…

—Vamos Jimena, siempre has sido una mujer de recursos… — Laura consolaba a su amiga.

—Si todo lo que he vivido con ella… es el resultado de un plan de mi hermano para joderme la vida… — las lágrimas de Jimena rodaban sin cesar humedeciendo su rostro — no sé qué voy a hacer…

Laura y Jimena se fundieron en un abrazo que les reseteo a ambas, su amistad seguía intacta a pesar de todo lo sucedido. Después de ese abrazo, Jimena descubrió que su amistad era

incondicional, siempre había contado con el apoyo de Laura y se sentía con la fuerza suficiente para afrontar lo que fuese necesario. Laura arrastró a Jimena junto a ella y se sentaron en el sofá de su despacho, dejando el trabajo de lado, fue una jornada laboral de confesiones muy necesaria. Jimena desnudó su alma frente a su amiga, confesándole que se había enamorado de Macarena y lo mucho que le destrozó ver el mensaje de Gonzalo. Un miedo aterrador invadió su mente, provocando que su cuerpo temblase levemente de vez en cuando. Ella conocía los límites de su hermano y sabía que no tenía. Jimena verbalizó las pocas fuerzas que le quedaban para enfrentarse a Macarena y descubrir la verdad de lo sucedido. Estaba rota en mil pedazos, la situación le sobrepasaba de tal manera, que se sentía al borde de sentir un ataque de ansiedad allí mismo. Laura le prometió que hablaría con Macarena y llegaría al fondo de todo, jurándole que no iba a permitir que su hermano Gonzalo utilizase lo que había sucedido con Macarena para seguir mortificándola después de tantos años.

Unas horas más tarde, Jimena estaba centrada en varios proyectos pendientes para no pensar en nada más, todos aquellos proyectos se convirtieron en su salvavidas para su salud mental. Laura le propuso salir a comer, pero Jimena prefirió quedarse en su despacho y así poder adelantar algunos de los proyectos que tenía más atrasados, no tenía ánimo para salir de allí. Laura respiró profundo varias veces mirando a su amiga y decidió no insistir más, se fue de su despacho prometiéndole que le llevaría su plato favorito del restaurante de Massimo, no podía estar todo el día trabajando y sin comer nada.

Laura llegó afectada al restaurante Bella Italia, no dejaba de pensar en Jimena y en todo lo que le estaba sucediendo en su vida. Se conocían desde hacía muchos años y se le partió el corazón cuando descubrió el miedo reflejado en su mirada, Jimena volvía a sufrir pensando que Gonzalo había conseguido suficiente información para volver a atormentarla y Macarena había sido su cómplice. Necesitaba buscar una solución para ayudar a su amiga. Laura jamás imaginó que Macarena fuese capaz de jugar de esa manera con Jimena, para darle el gusto a Gonzalo, fue capaz de confesarle que se había enamorado de Jimena y sus palabras parecían reales, pero después de lo que Jimena le había contado, nada tenía sentido. Se sentó en el taburete que había junto a la barra y esperó a que Massimo saliese de la cocina para recibirla. Miró a la puerta después de que uno de los camareros le confirmase que avisaría a Massimo, pero su sorpresa fue enorme e inesperada. Massimo cruzó la puerta muy risueño y sonriente junto a Macarena.

—¡¡TÚ!! ¡¡todo esto es por tu culpa!!... — Laura se fue directa hacía Macarena señalándola con su dedo acusador — ¿era necesario vengarte? ¿Cuándo va a acabar esta guerra absurda?

—Un momento, amore… — Massimo intentó intervenir al ver a su novia hecha una furia.

—Tú ni me hables traidor… — Laura señaló con su dedo a Massimo cuando él decidió intervenir para intentar poner paz — no deberías dejar entrar a esta arpía en tu restaurante.

—Laura… no estoy entiendo nada… hablemos por favor… — Macarena estaba confundida, Laura siempre se mostró amable con ella y jamás tuvo un mal gesto.

—¿No lo entiendes? Pues te lo voy a explicar, guapita… — Laura dejó el bolso en la barra y dio un paso al frente — jamás pensé que fueses tan hija de puta…

—Amore per favore, estás montando un circo — Massimo se puso entre Laura y Macarena,

acariciaba dulcemente el brazo de su novia para intentar calmarla.

—Sentémonos por favor y hablamos de lo que quieras… — los ojos de Macarena derramaban piedad y sinceridad.

—Amore, tranquilízate per favore… — las palabras cariñosas de su novio y su tono conciliador, consiguieron conmover a Laura, que lo miró a los ojos y se fue calmando poco a poco.

—Massimo… vale, tranquilo amor… no gritaré más…— Laura le dio un beso rápido en los labios — necesitaremos vino… mucho — caminó directa hacia una mesa al fondo del restaurante.

Macarena respiró resignada y siguió sus pasos.

—¿Qué es eso de que sigues con Gonzalo? — Laura no tenía ni tiempo ni paciencia para dar rodeos, así que preguntó directamente.

—Yo no sigo con Gonzalo — Macarena miró a Laura con el ceño fruncido.

—Pero esta mañana iba a tu casa a desayunar, ¿verdad? — Laura miró fijamente a Macarena, curiosa por cómo reaccionaría ante tal argumento.

—Sí — Macarena asintió tranquila — pero al final le dije que no viniese…

—¿Y te parece bien? — Laura se inclinó sobre la mesa y su mirada era retadora. El bienestar de su mejor amiga estaba en juego.

—No estoy entendiendo lo que intentas decirme, Laura…

—¿No? Pues no es tan difícil… — Laura gesticulaba con sus manos de una forma casi desesperada — ¿te has acostado con Jimena para ayudar a Gonzalo con su venganza?

—¡¡¿Qué dices Laura?!! — exclamó Macarena sorprendida — no estoy ayudando a Gonzalo con ninguna venganza… y mucho menos en contra de Jimena…

—Y entonces, ¿qué estás haciendo?

—¿Yo? Nada — Macarena se encogió de hombros — mi historia con Gonzalo terminó mucho antes de la boda de Cristóbal, solo lo acompañé por hacerle un favor… — bebió de su copa y continuó — quiero a Jimena y quiero estar con ella.

—¿Y por qué Gonzalo te dio las gracias después de acostarte con Jimena? — Laura continuaba con su mirada inquisidora.

—Así que es eso… — Macarena comenzó a reír dejando completamente desconcertada a Laura — podría haber preguntado antes de llamarme puta y salir corriendo de mi casa…

—¿No estás jugando con Jimena para que Gonzalo la siga torturando?

—No sé si sentirme ofendida por la desconfianza… — Macarena amplió su sonrisa — o sentirme alagada por mi capacidad de conspiración.

—Esto no es una broma… — dijo Laura, visiblemente ofendida.

—No, no lo es… — Macarena bebió de su copa y continuó — Gonzalo me tiene que agradecer muchas cosas… pero Jimena también… — Laura frunció el ceño — he conseguido que hagan a Gonzalo accionista de la empresa de distribución, con eso, él se ha asegurado un puesto de ejecutivo para toda la vida… va a renunciar al puesto de vicepresidente de la empresa familiar…

—¿Cómo que va a renunciar? — Laura ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Ese “te quiero mucho” que ha visto Jimena y que ha encendido su ira, era un te quiero lleno de violencia… — Macarena continuaba el relato mientras Laura la miraba expectante por sus palabras — Gonzalo no se va a atrever a chantajear más a Jimena… — Macarena sonrió ampliamente tras sus palabras — tengo una grabación donde confiesa negocios bastante turbios… le he obligado a hacer un pacto o lo destruiré profesionalmente y su familia lo

repudiará para siempre — su sonrisa derrochaba satisfacción al revelar que su estrategia había salido a la perfección — ¿Ahora si me crees cuándo te digo que estoy enamorada de ella?

—Qué gilipollas sois… — Laura relajó su postura y sonrió.

—Gracias — Macarena lucía una sonrisa divertida al recibir el insulto de Laura.

—Ella siente lo mismo que tú — Laura bebió de su copa y miró de reojo a Macarena.

—Veo que ella se quemó con el mismo fuego que yo… — respondió Macarena con una sonrisa enorme.

—¿Y qué hacemos con Gonzalo?

—Nada — Macarena ladeó la cabeza sin dejar de sonreír — ya le he explicado que estoy enamorada de Jimena y que lo hundiré si se le ocurre dedicarle una palabra fuera de tono.

—¿Y por qué no has hablado con Jimena? — Laura volvió a beber de su copa.

—Por dos razones — Macarena se inclinó sobre la mesa y miró fijamente a Laura — la primera, es que esto ha pasado esta misma mañana y aunque no te lo creas, no me ha dado tiempo… — bebió de su copa y continuó — y segundo, me ha llamado puta por segunda vez… — sonrió — no sé si podré soportar que me llame puta otra vez.

Macarena miró su copa y sintió como un ápice de vergüenza se apoderaba de ella, al decir en voz alta que no había tenido tiempo para solucionarlo, le sonó a mentira, pero tenía varias razones para pensar antes de actuar.

—Macarena, habla con ella, arréglalo… — Laura estiró su mano por encima de la mesa y cogió la mano de Macarena — Jimena está destrozada… piensa que todo ha sido mentira y que Gonzalo va a continuar humillándola y alejándola de su familia.

Laura descubrió en los ojos de Macarena un brillo que detonaba emoción, pero también se podía diferenciar algunos destellos de rabia. Macarena salió del restaurante con un paso ligero, estaba decidida a resolver todas y cada una de las dudas que Jimena tuviese. Laura le propuso que era el mejor momento para hacerlo, ya que se había quedado sola en el estudio y que estaría en su despacho trabajando.

Jimena estaba inmersa tras una montaña de planos completamente desordenados, centrarse en su trabajo era la única forma que encontró para evitar que su cabeza estallase. Después de hablar con Laura y confesarle como se sentía por todo lo que había pasado con Macarena, sentía un alivio que le calentaba el pecho, pero en el mismo momento que, la imagen de Macarena recibiendo un mensaje de Gonzalo, volvía a su mente, los celos aumentaban provocando que su torrente sanguíneo circulase más deprisa. ¿Había fingido todo lo que vivieron juntas? Libraba una encarnecida batalla en su interior, por un lado, estaba todo lo que había vivido con Macarena, un sentimiento difícil de fingir, por otro lado, los celos de saber que Gonzalo continuaba en su vida, un pensamiento que le quemaba a la par que la aterrorizaba y, además, por otro lado, existía una culpabilidad llena de frustración, que presionaba su pecho agitando su respiración. La culpa por llamarla puta, sin permitirle que le diese una explicación, la atormentaba. La puerta de su despacho se abrió sin anunciar de quién se trataba.

—Menos mal que has llegado… — Jimena escribía notas en el margen de un documento sin apartar su atención de lo que estaba escribiendo, ya que daba por hecho de que se trataba de

Laura con su comida — quiero comer ya… me muero de hambre.

—¿Qué pretendes comerme, exactamente? — preguntó Macarena con un tono lleno de provocación.

Jimena levantó la vista de inmediato al oír la voz de Macarena y, allí estaba, plantada frente a ella, luciendo una sonrisa que ardía en picardía.

—Macarena… — musitó Jimena completamente sorprendida.

—¿Decepcionada? — Macarena rodeó el escritorio desplazándose con sigilo como un felino cuando sabe que tiene a su presa al alcance de sus garras.

—Eehh… sí… no… — Jimena sacudió su cabeza intentando ordenar su mente — claro que no… — su voz titubeaba a medida que Macarena se acercaba más a ella con decisión.

—Menos mal… — Macarena puso sus manos a cada lado de la silla, dejando a Jimena presa entre sus brazos — porque pretendo follarte sobre el escritorio, sobre esa alfombra y… sobre el sofá también — Macarena continuaba mirando fijamente a Jimena mientras anunciaba sus intenciones.

Su respiración se aceleraba exponencialmente y sus ojos se abrieron al máximo al escuchar una confesión llena de perversas intenciones. Desvió su mirada y la fijó en los oscuros ojos de Macarena, descubriendo un brillo que bailaba de deseo en ellos.

—Macarena…— dijo Jimena sin apartar sus ojos — tenemos que hablar sobre…

Macarena le dio un corto, pero cálido beso, se separó a unas milésimas de su rostro para continuar hablando sobre los labios de Jimena.

—No tengo nada con Gonzalo… — se mordió el labio inferior y luego dejó otro beso igual que el anterior — rompí con él, la semana antes de la boda de tu hermano Cristóbal… sabe que no tiene nada que hacer conmigo… y tú también deberías saberlo… — volvió a besar los labios de Jimena — y lo de esta mañana… solo ha sido un malentendido… Gonzalo va a renunciar a ser el vicepresidente de la empresa familiar hoy mismo — Jimena frunció el ceño y ladeó la cabeza — lo tengo contra las cuerdas… así que no creo que se atreva a decir una mala palabra sobre ti… — dejó otro beso sobre sus labios — por qué entonces, seré yo, quien le joda la vida a él — dejó otro beso sobre sus labios, pero esta vez, subió la intensidad — y ahora… ¿Me vas a decir algo que Laura no me haya dicho ya?

—Pues… espero que sí… — la sonrisa de Jimena ardía en picardía.

—¿El qué? — preguntó Macarena tan cerca sus labios que notaba su aliento cálido chocar contra su piel.

—Fóllame — sentenció Jimena.

Los ojos de Macarena se abrieron hasta sobrepasar su límite, el deseo que sentía, los oscurecía de tal manera que perdía cualquier ápice de su color original. Jimena mordió su labio inferior y suspiró lentamente, permitiendo que su aliento impactase contra su boca. Macarena se lanzó a besarla salvajemente, dejando caer parte de su cuerpo sobre la silla donde estaba sentada Jimena. Esta vez, no tenía ninguna intención de ser delicada, su lado más primitivo era quien marcaba la necesidad y la urgencia. Jimena pasó su brazo rodeando la cintura de Macarena, mientras la otra mano se enredaba en su pelo, cuando se convenció de que la sujeción era la correcta, se levantó acorralándola contra la pared que había detrás de su escritorio. Sus labios fueron bajando por el cuello de Macarena, dejando besos húmedos, inhalaba profundamente el aroma que aún perduraba de su perfume, volviendo más seductora cada caricia. Macarena sonrió sorprendida por el arrebato de pasión tan inesperado y que solo conseguía aumentar más su excitación. Jimena vacilaba en sus gestos, burlándose de Macarena al perder el dominio, lamió su cuello, alterando aún más su respiración y mordió suavemente su mandíbula, provocando un susurro

reprimido en Macarena. Acunó con su mano uno de sus pechos, delineando con el pulgar el pezón, incitando a su rigidez, posicionó la pierna en medio de las suyas, generando una presión firme en su sexo, logrando así que arqueara su espalda. Macarena arañaba la pared buscando desesperadamente un apoyo inexistente, movió lentamente su pierna ocasionando una placentera fricción. Jimena posicionó suavemente su mano sobre el cuello de Macarena, colocándolas estratégicamente para impedir cualquier intento de movimiento por su parte, suprimiendo cualquier posibilidad de huida. Un gruñido ahogado en su garganta, provocó una sonrisa maléfica en Jimena, satisfecha por el logro de su éxito. La besó salvajemente, conociendo cada rincón de su boca, disfrutando del roce de su lengua, aflojando cada uno de sus agarres por puro placer, gesto que Macarena aprovechó para sujetarla con fuerza e invirtiendo los papeles. Era su turno. Ahora, era Macarena quien dominaba el juego, la tumbó sobre el escritorio y se colocó sobre ella, sujetó cada una de sus manos, colocándolas por encima de su cabeza y presionó sus rodillas a cada lado de sus piernas, impidiendo lo más mínimo de que fuese capaz de moverse. Sus pupilas se expandieron completamente, oscureciendo sus ojos por el deseo que le invadía, se acercó lentamente para hablar sobre los labios de Jimena, provocando que su aliento le quemase la piel por la cercanía.

—No vuelvas a someterme… — musitó Macarena casi con rabia.

—No te estaba sometiendo… — los labios de Jimena pintaron una sonrisa ardiendo en picardía — buscaba provocar esto…

La mano de Macarena recorrió lentamente todo el contorno de su cuello, delineó la clavícula con su dedo índice e hizo un camino descendente entre los pechos de Jimena. Acarició con determinación los músculos delineados de su abdomen, hasta que llegó a la cintura del pantalón que, con un movimiento rápido, logró meter los dedos por debajo de la tela y continuó su camino, pero se detuvo al sentir la humedad de su sexo por encima de la tela. Liberó el gemido que tenía contenido en su garganta, para luego besarla con una necesidad desesperada, excitándola de una forma tan salvaje, que sus ojos comenzaron a cristalizarse por el deseo y la lujuria. El placer comenzaba a ser un tornado que arrasaba con toda su cordura, Jimena metió sus manos por debajo de la camisa de Macarena, acariciando la piel de su espalda lentamente. Cuando Macarena marcó con sutileza los dientes sobre su cuello, Jimena arrastró las uñas dejando una leve marca en su espalda, sostuvo con fuerza el borde de su camisa y tiró de ella, comenzando a desnudarla poco a poco. Macarena colaboraba en sus movimientos, pero seguía con la insistencia de besar cada rincón de su cuerpo y ella mordía su labio inferior, intentando contener el huracán de su interior. Macarena bajó del escritorio para terminar de desnudarse frente a la atenta mirada de Jimena, que le clavaba con descaro sus ojos mientras hacía un recorrido detallado por toda su anatomía. Su mirada la estaba devorando, era una mirada adoradora, extasiada. La respiración de Jimena estaba agitada, acelerada y descompasada, su corazón latía en un galope desenfrenado. A Jimena le resultaba jodidamente excitante ver como Macarena se acercaba lentamente a su cuerpo, colocándose sobre ella de una forma tan acertada, que no había un solo centímetro de su cuerpo que no se rozase. Sus sentidos estaban desorientados, su cuerpo solo reaccionaba a sus caricias y a sus besos. Macarena se incorporó sin perder del todo el contacto físico y con una maestría única, terminó de desnudar a Jimena dejándola en igualdad de condiciones. Acunó sus pechos con ambas manos y la besó con fuerza, Jimena gimió cuando notó la incipiente humedad de Macarena contra su centro. Introdujo una mano entre sus cuerpos y con sus diestros dedos, comenzó a recorrer todo su sexo, provocando que Macarena arquease su cuerpo a unos límites imposibles. El aire que se atascó en su garganta, amenazaba con salir transformado en un fuerte gemido, imposible de retener. Jimena devoró con

vehemencia su boca, callando cualquier sonido impropio, dejándole una sensación placentera cada vez que el fuerte gemido de Macarena vibraba en su boca. Se olvidaron del lugar donde se encontraban, se entregaron al deseo sin reservas. Macarena chupó dos de sus dedos y los mandó directos a la entrada del sexo de Jimena, besó sus labios mientras la penetraba sin ser delicada, quería hacerla suya, necesitaba hacerla suya y su lado más salvaje se apoderó de todo su ser. Una súplica ahogada y quebrada salió de la garganta de Jimena al sentir la primera embestida, no supo de dónde sacó las fuerzas para hablar, su mente, su cuerpo y todo su ser estaban desconectados y alejados de la razón y la coherencia.

—Sí… fóllame… — susurró Jimena entre jadeos ahogados y desesperados.

Macarena aumentó el ritmo y la profundidad de sus movimientos, cuando sintió los dedos de Jimena recorrer sus pliegues en busca de su placer. Su cuerpo se tensó, su espalda se dobló y sus piernas se apretaron a cada costado, clavó sus dientes castigadores y crueles sobre la piel sensible del hombro de Jimena, dejando una pequeña marca. El siseo que se escapó de su boca, era de dolor mezclado con una nota de gratificante placer, sintió como sus paredes se contraían alrededor de los dedos de Macarena, que con esfuerzo continuaba moviéndolos, arrastrándola a las olas de su orgasmo. Su gemido se oía lejano e inentendible, convirtiéndose en un susurro, pero Macarena solo era capaz de oír los fuertes latidos de su corazón, ese sonido se mezclaba con el sonido desesperado de su jadeo en busca de aire. El cuerpo de Jimena tembló levemente, recorriéndolo de arriba abajo con réplicas de los espasmos de su orgasmo. Abrió los ojos en el momento que sintió como el brazo de Macarena la envolvía protectoramente sosteniéndola contra su cuerpo, sus movimientos lentos y amables, le ayudaban a bajar de su estado catatónico, hasta lograr salir de ella. Estaba tan sensible, que el arrastre de su mano para poder salir de ella, fue una sensación abrasadora, generando un nuevo espasmo que hizo retorcerse por la sensación que despertó. Jimena se aferró con fuerza al cuerpo desnudo de Macarena, escondiéndose en su cuello, absorbiendo su aroma, sintiendo el confort que tanto necesitaba. Fue dejando un camino de besos lentos y húmedos hasta llegar a sus suaves labios, la besó con ferviente deseo y amor, la miró con absoluta veneración.

—¿Sigues teniendo hambre? — pronunció Macarena con una sonrisa enarbolada entre sus labios, al oír el sonido que salía de su vientre.

—¿Ya puedo comer? — la sonrisa de Jimena imitaba a la de Macarena — porque según tú… — Jimena la besó arrastrando sus dientes por el labio inferior — aún nos queda follar sobre la alfombra y sobre el sofá.

—Soy consciente de mis palabras… — Macarena la besó de la misma forma que ella lo había hecho segundos antes — pero también soy consciente… — le dio otro beso — de que si no te alimentas, no me aguantarás ni un asalto más… y tengo muchas cosas en mente… — la volvió a besar — créeme…

La advertencia era clara y peligrosa. Los ojos de Jimena reflejaban la excitación que sus palabras generaron, los de Macarena resplandecían con un brillo lleno de determinación y deseo, la sutileza de su sonrisa era enigmática y adictiva. Las manos de Jimena viajaron hasta envolver su cintura, sus labios fueron dejando besos esporádicos desde su hombro hasta su cuello. Macarena sonrió con picardía mientras se fue acercando peligrosamente a sus labios, sus ojos estaban llenos de una voracidad límite, oscurecidos por el deseo. Jimena abrió las piernas, permitiendo que Macarena se pudiese colocar entre ellas, mientras sus labios continuaron con su labor de no dejar ni un centímetro sin besar. Las manos de Macarena se movieron instintivamente, recorriendo sus piernas para terminar rozando sus glúteos, se inclinó y besó ávidamente la suave piel del cuello de Jimena, para luego descender con la clara intención de

provocar que su espalda se moviese a su capricho, dándole un acceso completo a sus pechos. Su lengua hizo un recorrido con un tacto sensual hasta llegar a uno de sus pezones, cerrando los labios alrededor, Jimena jadeó fuerte por la sensación de la insistencia al succionarlo. Macarena soltó una de sus manos para llevarla hasta la boca de Jimena e intentar silenciar el fuerte gemido, al morder levemente su pezón. La respuesta de Jimena fue morder la palma de su mano y Macarena la miró con una sonrisa caliente y perversa. Así que, al sentir los dientes, presionó con más fuerza la mano contra su boca, aumentando la excitación de Jimena de una forma acelerada y gimiendo contra su piel. Macarena se movió en busca de su boca, su beso estaba lleno de deseo, imitando un beso salvaje, primitivo. Jimena la abrazó, estrechándola al máximo contra su cuerpo, cuando sintió el contacto de su piel contra la de Macarena, sus caderas se movieron de forma inconsciente buscando más placer. Macarena descendió por su cuello besando con fogosidad cada centímetro de su piel, Jimena giró su cabeza para darle mejor acceso, descubriendo la imagen de sus cuerpos en plena batalla, reflejados en el cristal de la ventana, brindándole un recuerdo sensual y erótico que quedaría grabado a fuego en su memoria. Entre jadeos y gemidos, Macarena continuó con su propósito y arrastró su lengua con delicadeza y mucha lentitud, arrasando en su camino con la cordura de Jimena para llegar a una meta clara. Toda esa delicadeza desapareció cuando su lengua chocó contra la incipiente humedad de su centro. Jimena mordió el dorso de su mano para detener de alguna manera los gritos que quemaban en su garganta, el toque que desprendía Macarena con su lengua contra su sexo, resultaba tan atroz que Jimena sentía que iba a desfallecer en ese preciso momento. Cada uno de sus movimientos, iba acompañado de una sinfonía completa de jadeos y gemidos intercalados, advirtiendo de la inminente llegada del clímax.

Como ya era costumbre, Laura abrió la puerta del despecho de Jimena sin tocar. Sin previo aviso. Entró por la puerta sonriente, impaciente de que su amiga le contase como había ido la conversación con Macarena, tenía la esperanza de que hubiesen sido capaces de solucionar los malentendidos entre ellas. Y como un deseo de navidad, esa misma esperanza se hizo realidad al descubrir la cabeza de Macarena entre las piernas de Jimena, mientras su amiga gritaba de placer tumbada sobre su escritorio.

—Perdón… perdón… perdón… — gritó Laura luciendo un sonrojo más que notable en sus mejillas.

—¡¡¡Laura!!! — gritó Jimena mientras hacía un movimiento desesperado para cubrir el cuerpo desnudo de Macarena.

—¡Lo siento! — espetó Laura antes de salir del despecho cerrando de un portazo y poniéndose a salvo en su propio despacho por la vergüenza de interrumpir una escena como esa.

—¡¡Mierda!! — musitó Jimena cuando fue consciente de lo que acababa de ocurrir — ¿y tú de que te ríes? — preguntó casi molesta al ver una sonrisa divertida en los labios de Macarena.

—Dime qué te jode más, ¿qué Laura nos haya pillado o que no hayas llegado al orgasmo? — Macarena se inclinó hasta llegar a una distancia mínima de sus labios, mezclando sus alientos a propósito.

Jimena se escapó de la provocación de Macarena, con una fuerza de voluntad forzada, aquella imagen era demasiado tentadora, así que tuvo que hacer un sobreesfuerzo para controlarse, pero debía comprobar cómo se encontraba Laura después de la inoportuna interrupción. Jimena se levantó con mucha habilidad del escritorio y fue recuperando prenda a prenda toda su ropa mientras, al mismo tiempo, le iba lanzando a Macarena las suyas y ella se iba vistiendo sin dejar de sonreír. Una vez que estuvo completamente vestida, rodeó su propio escritorio y se quedó frente a Macarena, que continuaba con una sonrisa en su boca.

—No pienses que te vas a librar de esto… — Jimena besó a Macarena mientras ella se abrochaba el pantalón — vas a venir conmigo a ver como esta Laura.

Macarena simplemente asintió y sus pasos seguían fielmente a los de Jimena, por supuesto que la acompañaría, era tan responsable de sus actos como ella.

Cuando llegaron hasta la puerta del despacho de Laura, Jimena colocó la mano sobre el pomo de la puerta y desvió su vista hacia Macarena buscando su aprobación, esta asintió y entraron en la oficina.

—Laura… ¿Podemos entrar? — preguntó Jimena con mucha precaución.

—¡Claro! — Laura levantó los brazos haciendo espavientos — como puedes ver, no tengo a nadie comiéndome el coño sobre mi mesa…

Macarena rompió a reír a carcajadas, el humor tan pícaro de Laura siempre le gustó, pero Jimena, en vez de reír, se sonrojó recordando como las había descubierto en su despacho.

—Laura, disculpa… nosotras… — Jimena no era capaz ni de mirarla.

—¿Estás bien? — Laura interrumpió con tono serio a su amiga, ganándose la mirada de ambas, completamente llena de sorpresa — Macarena, deberías saber que, si no llega al orgasmo, se pone de muy mala ostia porque pierde durante más de una semana cualquier rastro de libido.

—Entonces volvamos a tu oficina para terminar… — Macarena sujetó a Jimena por la muñeca y tiró levemente de ella — Laura, ¿nos disculpas? En quince minutos volvemos.

Jimena las miraba atónita mientras su sonrojo aumentaba tanto que notaba como le ardían las orejas. De pronto, Laura y Macarena rompieron a reír a carcajadas, relajando la tensión que se respiraba en el ambiente.

—Sois gilipollas… — musitó Jimena.

—Me voy para que habléis a solas… — Macarena le dio un beso de despedida a Jimena — nos llamamos más tarde…

—¿Nos vemos esta noche? — susurró Jimena cerca de sus labios.

—Me encantaría… créeme — le dio otro beso, sabía que lo que le iba a confesar no iba a ser de su agrado — pero esta noche tengo la inauguración del restaurante de un cliente en Sevilla y debo viajar… — Macarena la rodeó por la cintura y volvió a besarla con una lentitud llena de intenciones — Gonzalo también está invitado… pero no hay nada de lo que debas preocuparte — Macarena confesó completamente despreocupada sin darse cuenta del huracán que acababa de dejar libre.

—Vale — musitó Jimena con un tono poco convincente.

Cuando el olor a cítricos tan característico de Macarena invadió sus pulmones, su mente la traicionó proyectando imágenes de ella y Gonzalo durante su estancia en casa de sus padres. Recordó cómo su propio hermano, había sido dueño de cada curva de su silueta, de pronto, sintió como a pesar de tenerla junto a ella, sentía a Macarena más lejos que nunca. Laura, que estaba siendo testigo de toda la escena, observaba detenidamente a Jimena, la conocía muy bien y fue capaz de descubrir la desazón que la confesión de Macarena, había causado en ella.

—Volveré esta misma noche, pero no sé a qué hora… — la mirada tierna de Macarena no fue capaz de conmover a Jimena — ¿desayunamos mañana?

—No puedo, ya había quedado con Laura, tenemos una reunión importante a primera hora — Jimena ni se molestó en parecer convincente.

Macarena miró a Laura buscando algún tipo de confirmación, ella se encogió de hombros, demostrándole así, que se mantendría neutral, pero apoyaría ciegamente a su amiga.

—De acuerdo, de todas formas, buscaré la manera de que podamos vernos — Macarena fue a dejarle otro beso, pero Jimena ladeo la cabeza en el último momento y el beso cayó en su mejilla.

Macarena se dio media vuelta y se despidió de Laura cariñosamente, volvió a mirar a Jimena, pero solo recibió una mirada fría. Se fue del despacho de Laura y cabizbaja salió del estudio, pensando en encontrar la forma de hacerle entender a Jimena que, entre ella y Gonzalo, ya no existía nada, una simple relación laboral. Jimena observó en silencio cada uno de los pasos que alejó de allí a Macarena.

—No te ha gustado mucho que Macarena se vaya a ver esta noche con Gonzalo, ¿verdad? — preguntó Laura al ver el cambio de actitud de su amiga.

Jimena ni tan siquiera respondió, se limitó a mirar a su amiga con una mueca de desagrado y los ojos en llamas de pura rabia.

—Tenemos trabajo pendiente… — Jimena se cruzó de brazos sin dejar de mirar a Laura — hay que terminar el proyecto del local de copas del centro.

Jimena salió del despacho de Laura evadiendo la conversación incómoda sobre los planes de Macarena esa misma noche. Tras un par de horas frente a los planos, Jimena fue incapaz de adelantar lo más mínimo, no se podía concentrar en su trabajo y eso era lo que más le frustraba. El proyecto del local de copas estaba muy retrasado, sería un milagro entregarlo a tiempo. Gruñó y se levantó de su mesa, comenzó a caminar sin rumbo definido por todo su despacho, daba vueltas para intentar sosegar la ira que anidaba en su cuerpo, buscaba como alimentar alguna idea para poder acabar el proyecto a tiempo. Se apoyó sobre el gran ventanal que había detrás de su escritorio, se quedó en silencio observando la vida de la gente que caminaba por la calle. De pronto, se abrió su puerta y giró levemente la cabeza.

—Aquí tienes una idea sobre el proyecto del centro, si te gusta lo que he hecho… — Laura dejó una carpeta sobre su escritorio, sin apartar su mirada — solo debes comprobar que las proporciones son las correctas y listo.

—Gracias… de verdad… — Jimena continuó mirando por la ventana con un semblante serio. Su mirada estaba llena de rabia.

—Sí, ya, lo que digas… — susurró Laura — Jimena, sabes que te quiero, ¿verdad? — esas palabras lograron ganarse su atención, Jimena se giró para mirar fijamente a su amiga — pero eres tonta.

—¿Debo decir gracias? — preguntó irónicamente Jimena al escuchar su insulto.

—¡Vete, búscala! — Laura gesticulaba con los brazos haciendo grandes aspavientos — Habla con ella, dile como te sientes…

—No puedo, Laura… — Jimena bajó la mirada — no es tan fácil…

—Jimena… — Laura bajó su tono y apoyó las dos manos sobre el escritorio — si tienes miedo de intentarlo… es porque lo estás deseando.

Jimena volvió a girarse y miró fijamente por la ventana de nuevo, estaba callada, pensativa, completamente sumergida en sus pensamientos, intentaba encontrar la fuerza que necesitaba para afrontar, no solo los celos que sentía, sino también, reconocer el hecho de que se había enamorado de Macarena. La misma mujer que había salido durante un tiempo con su hermano Gonzalo. Por su mente paseaban diversas imágenes de ellas dos juntas, todavía era capaz de recorder, con sumo detalle, las sensaciones que despertaron en su interior cada caricia que Macarena le dedicó. La forma en la que Macarena se entregó la primera vez en las caballerizas, su determinación en cada gesto, su arrojo y valentía para desnudar su alma de esa forma, entregarse sin reservas por primera vez, pero Jimena solo podía descifrar de todos esos actos, que Macarena también sentía lo mismo. Así que se armó de valor, dejando los miedos de lado, estaba decidida a hablar con ella, incluso, había llegado el momento de no tener miedo a salir del armario.

—Esto no va a acabar bien… — susurró Jimena mientras recogía sus cosas bajo la atenta mirada de Laura.

—Pues amiga, si no tiene que acabar bien… — Laura sonreía — haz todo lo posible para que no acabe.

Jimena la miró y sonrió, gesticuló un “gracias” entre sus labios y se fue corriendo de su despacho. No quería pararse a pensar dos veces sobre el impulso que la empujaba a buscar a Macarena, estaba haciendo malabares entre lo que sentía y lo que debía hacer. Por primera vez en su vida, dejó que sus sueños fuesen más grandes que sus miedos, así que sus acciones, debían ser más fuertes que sus palabras. Una capacidad de inhibición inesperada, actuó con la suficiente rapidez para frenar ese torrente de interrogantes, antes de que le invadiese de nuevo el miedo. Jimena reconocía que se le habían escapado muchas oportunidades a lo largo de su vida por culpa de sus miedos. Las había dejado irse entre sus dedos y entendió en ese preciso momento que, Macarena se iba a convertir en eso, en instantes, en sonrisas. Macarena se convirtió en la forma más triste y bonita a la vez, que tuvo la vida para enseñarle que no se podía tener todo en la vida.

Valentía

Jimena caminó hasta colocarse frente a Macarena, sus fuertes caracteres se hicieron presentes a través de sus miradas y una imponente presencia corporal. La mirada de Macarena se volvió desafiante al ver a Jimena a su lado, pero al mismo tiempo, Jimena fue consciente del temblor de sus manos y un frío recorrió su cuerpo cuando Macarena se negó a apartar su mirada. Jimena continuaba sin decir todavía nada, siendo consciente de los matices llenos de dulzura de los cítricos que desprendía su perfume. Un perfume que solo lo reconocía en ella, una combinación tan extraña como deliciosa que transportó a Jimena a la noche en las caballerizas. La primera noche que pasaron juntas y que lo cambió todo. La respiración de Jimena desapareció súbitamente, sus ojos se empañaron de la cantidad de lágrimas que anidaban en ellos, su garganta se cerró, tosió para intentar disipar la gran avalancha de lágrimas que amenazaban con sepultar sus intenciones. Macarena pensó, por un momento, que no iba a ser capaz de decir nada y no estaba dispuesta a renunciar a la oportunidad que Jimena le estaba brindando. Nunca fue una chica romántica, pero necesitaba escuchar de los labios de Jimena, lo que sus ojos le estaban gritando. Jimena no fue capaz de emitir una sola palabra, a pesar de que su garganta estaba llena de ellas, ninguna de ellas hacía justicia a lo que la simple presencia de Macarena provocaba en ella. Tampoco existía ninguna a la altura de lo que Jimena sentía al descubrir que realmente era correspondida. Ni juntándolas todas, se acercaban a esa magia que habitaba en su interior. Macarena chasqueó la lengua mientras la paciencia se le esfumaba. Estaba inmersa en la necesidad de tener su imagen a todas horas en la cabeza, necesidad de sentirla, de escucharla en susurros, de observarla detenidamente, de anhelar su propio perfume y de saborear sus labios. Era casi alarmante las veces que los recuerdos de alguna sesión subida de tono junto a Macarena, bombardeaba su mente, convirtiendo en más que obvio, su deseo de avanzar con ella en la dirección correcta. Jimena estaba muerta de miedo por la magnitud y la trascendencia de sus intenciones.

—Yo… — Jimena consiguió que su garganta comenzase a emitir sonidos, aunque algo descoordinados — te iba a escribir… pero la escritura es para gente con cordura… así que por eso he venido…

—Jimena… vives en una burbuja paralela a la realidad para protegerte… — Macarena pronunciaba cada palabra sin dejar de sonreír, pero su mirada no brillaba de la misma forma — son tus miedos quienes dominan tu vida.

Jimena bajó la mirada, era incapaz de aguantar la intensidad de la profunda mirada de Macarena.

—Me cerré en banda… — Jimena tenía la actitud de una niña de cinco años cuando confiesa que ha hecho alguna trastada — pero tú no tiraste la puerta abajo… — levantó la mirada — tú te sacaste un llavero de debajo de la manga y fuiste abriendo cada puerta que yo interponía entre nosotras… — un amago de sonrisa apareció entre sus labios — como si nada… como un auténtico juego de malabares.

Macarena ensanchó su sonrisa y se movió levemente, acortando la distancia entre ellas.

—No soy la clase de mujer que finge interés… — musitó Macarena sin dejar de sonreír — o

se comporta como una cabrona… — el brillo en sus ojos había vuelto — si alguien me gusta, voy a por todas.

Macarena le regaló una sonrisa altanera y casi despectiva, con algunos destellos de orgullo en ella, era como si viese algo en Jimena que le hiciese sentirse bien. El interior de Jimena se desorganizaba con una vergonzosa facilidad, con tan solo una sonrisa así. Le resultaba infinitamente complicado, inhibir sus impulsos más primarios, se hacían más presentes con cada segundo que se veía reflejada en sus ojos color miel, aquel impulso incontrolable no dejaba de susurrarle una y otra vez "bésala, así de simple". Llevaba varias semanas derrumbándose, como si todo sucediese a cámara lenta, sin pausa, pero sin prisa. La adrenalina de Jimena subió un nivel cuando la media sonrisa de Macarena, pasó a ser una sonrisa completa y encantadora. Era lo único que estaban haciendo, mirarse, desde que se conocieron en casa de los padres de Jimena, a veces tan solo hacían eso, mirarse intensamente. A Macarena le fascinaba fundirse por dentro con sus verdes ojos y parecía que Jimena también disfrutaba perdiéndose en los suyos. Jimena se perdía en sus ojos cada vez que Macarena la miraba como si no quisiera dejar de hacerlo nunca. En su mirada descubrió un "por favor, convénceme" que no estaba muy bien escondido. Ese momento estaba siendo un cambio brutal de dirección en el camino de toda su vida. Jimena descendió sus ojos, comenzando una cuenta atrás en silencio, observando sus labios hasta el último milisegundo, porque con ella disfrutaba del riesgo.

—Quiero que entiendas, que no me haces faltas… — Jimena gesticulaba mucho con las manos y hablaba muy deprisa, casi sin respirar — soy una mujer libre de miedos… que te elijo cada día… que te elijo a ti… — su sonrisa cada vez era más grande y más sincera.

—No sabes el infierno que es tenerte delante y no poder quitarte la ropa — Macarena se mordió el labio inferior y dio un paso más al frente.

Jimena acunó la cara de Macarena y un impulso la dominó, pegó la frente a la suya y lamió el labio inferior de Macarena, fue un roce lento, pero suave.

—Jimena… — susurró Macarena, sorprendida ante la valentía de su gesto frente a todos los invitados a la inauguración del restaurante.

—Voy a hacerlo… — dijo Jimena, completamente decidida.

—¡¿Qué dices?! — Macarena intentó dar un paso hacia atrás, a pesar de que se moría por besarla, no quería que Jimena cometiese un error, impulsada por un deseo.

Cuando Macarena lucía una mirada como aquella, Jimena sentía como sus neuronas sufrían un cortocircuito, colapsando así su razonamiento, así que, se dejó llevar por el impulso de profundizar el beso antes de empezarlo. Recortó con sutileza el poco espacio que les separaba, pero antes, dio un buen repaso a toda su anatomía, comprobando que sus recuerdos no eran erróneos. La capacidad de autocontrol de Macarena, comenzaba a hacerse pedazos, su sonrisa desapareció, pero no de golpe, fue desapareciendo gradualmente, manteniendo, en todo momento, el contacto visual. La mirada de Jimena era cómplice y su sonrisa estaba resultando devastadora. Jimena ensanchó su sonrisa, acunó delicadamente su cara entre sus manos y se lanzó a devorar la boca de Macarena, estrelló sus labios contra los de ella, con poca delicadeza, pero con muchas ganas. La sobrecarga que sentía cada vez que la besaba, reseteaba sus sentidos. Fue un beso lento, despertando una dulce tortura que acabaría dominando su cordura. No les importó donde se encontraban, fueron presas de la locura que arrasaba en su interior y se hacía dueña de su razón. Una locura transitoria que tenía todo el sentido del mundo, en ese preciso momento. Macarena cerró los ojos y se dejó guiar conociendo que los límites no existían. Jimena abandonó cualquier resto de miedo y se perdió en cada caricia que los labios de Macarena dejaban sobre los suyos. Todos aquellos pensamientos se agolpaban en su mente de una forma

completamente desordenada y descarada. No tuvo más salida que rendirse ante la evidencia. Sentir las curvas de Macarena contra su cuerpo despertó cada una de las terminaciones nerviosas de su anatomía. Existía una brutal atracción entre ellas en todos los sentidos, pero disfrazada por aquel tira y afloja que las dos disfrutaban tanto. La forma en la que había comenzado a necesitarla, no era suficiente para su deseo, tenía frente a ella la prueba de fuego para terminar de convencerse. Estaba resultando un beso extremadamente desconsiderado, de esos que se bañan con connotaciones sexuales, descubriendo como la lujuria se iba apoderando de sus cuerpos. Macarena había captado a la perfección, que el "fóllame ya" que iba implícito en cada roce de sus lenguas, no era una sugerencia, descubriendo que tenía tantas ganas de hacerle todo lo que no podía retener más en su interior. Aquel lenguaje corporal hablaba medio en broma, medio en serio, perpetuando la forma tan íntima de tantear el terreno sin ser demasiado obvio. Aquel susurro tan erótico, todas esas caricias inocentes, estaban originando una calma inusual, pero generando una gran expectación.

Inmersas en el huracán de sensaciones que estaba causando ese beso, no eran conscientes de la desaparición dramática y brutal de su mundo, completamente inesperada, se acercaba un adiós al perfecto universo al que dieron comienzo. Nunca nadie las había visto así. Se avecinaba, irreversiblemente, una desgracia de proporciones bíblicas, iba a ser una catástrofe sin precedentes en sus vidas. Dos conceptos que se crearon para que estuviesen totalmente incomunicados, encerrados en realidades paralelas y muy lejanas. Se acercó a ellas con paso firme y decidido, ignorando por completo la conversación íntima que estaban manteniendo. Harto de ver las muestras de cariño entre ellas, caminó lleno de malas intenciones hacia las dos mujeres. A cada paso que daba frente a la imprudencia de sus intenciones, los celos lo devoraban. Su alma era maquiavélica y su espíritu muy ruin.

—Eres una circunstancia con la que me toca convivir… — la voz de Gonzalo las interrumpió abruptamente — pero no te soporto… — hablaba con la dentadura apretada y los ojos inyectados de cólera — ¿qué te crees que estás haciendo? — dijo mirando fijamente a Jimena.

—¿Sabes Gonzalo? — Jimena hablaba calmada y luciendo una sonrisa casi perturbadora — a veces, recuerdo que no tengo que dar explicaciones a nadie de lo que hago o dejo de hacer.

—No me pongas en una posición en la que pueda mostrarte lo insensible que puedo llegar a ser… — Gonzalo se acercaba de una forma muy amenazante a Jimena — nunca volverás a verme de la misma forma, créeme.

—Cuando alguien te desafía… — Macarena intervino al ver la desesperación en los ojos de Gonzalo — no te vale con ganar, tienes que destruirlo.

—Veo que sabes a quién te enfrentas — el tono de Gonzalo era una mezcla de desafiante y prepotencia.

—La cuestión es… — esta vez fue el turno de Jimena — si sabes a quién te enfrentas tú — Jimena cogió de la mano a Macarena.

—¿Qué te pasa hermanita? — los ojos de Gonzalo desprendían destellos rojos — ¿eres de metabolismo lento?

—¿Cuánto tengo que sufrir para que tú seas feliz? — Jimena se enfrentaba, por primera vez, a las amenazas de su hermano y lo hacía estoicamente.

—Jimena, hija… — la voz de Rafael, el padre de Jimena, provocó un escalofrío en cada uno de los tres allí presentes — si llego a saber que vendrías con… una amiga… le digo a tu madre que me acompañe a este compromiso.

—Papá… — Jimena había encontrado el valor de enfrentar incluso a su padre — Macarena no es mi amiga… — sujetó con fuerza la mano de Macarena y no consintió desviar su mirada de la

mirada inquisidora de su padre — ella es mi pareja.

Rafael continuó con la mirada clavada en los verdes ojos de su hija, en completo silencio. Nadie de los presentes encontraba el valor suficiente para intervenir, ni tan siquiera Gonzalo.

—Por fin encuentras a alguien que vale la pena… — dijo Rafael relajando su gesto y acercándose a Macarena para dejar un beso en su mejilla — enhorabuena Jimena, esta chica es una mujer magnífica.

—Pero papá… — Gonzalo intervino con un tono visiblemente nervioso — Macarena era mi novia primero…

—Y mira si lo hiciste mal, que se ha ido con tu hermana… — Rafael sonrió con complicidad a Jimena — nunca has sabido tratar bien a una mujer — miró con un poco de desdén a su hijo.

Rafael había sido testigo de toda la conversación entre Gonzalo y Jimena, al escuchar las amenazas de su propio hijo hacia su hermana, ató todos los cabos con los que llevaba años lidiando. Ignoró cualquier arrebató de niño mimado por parte de Gonzalo y se movió al encuentro de su hija, invitándola a estrecharla entre sus brazos. En aquel abrazo, Jimena pudo sentir que la tormenta había acabado y para siempre. Jimena desvió su atención a Macarena y descubrió que sus ojos anegaban algunas lágrimas ante la emoción del momento.

—Jimena, dilo… — susurró Macarena con un brillo en sus ojos que gritaban “te quiero”.

—Cuando me hablas así… — Jimena la atrajo hacia ella y la beso con vehemencia — me derrito… — la volvió a besar.

Era un beso sensual y tierno a la vez, pero el beso más valiente que había dado en toda su vida. Jimena era libre, completamente libre. Un gemido sincero se escapó de la garganta de Macarena y de los labios de Jimena surgió una media sonrisa en medio de aquel beso. Siendo el beso, el principio de una vida diferente.

Fin.